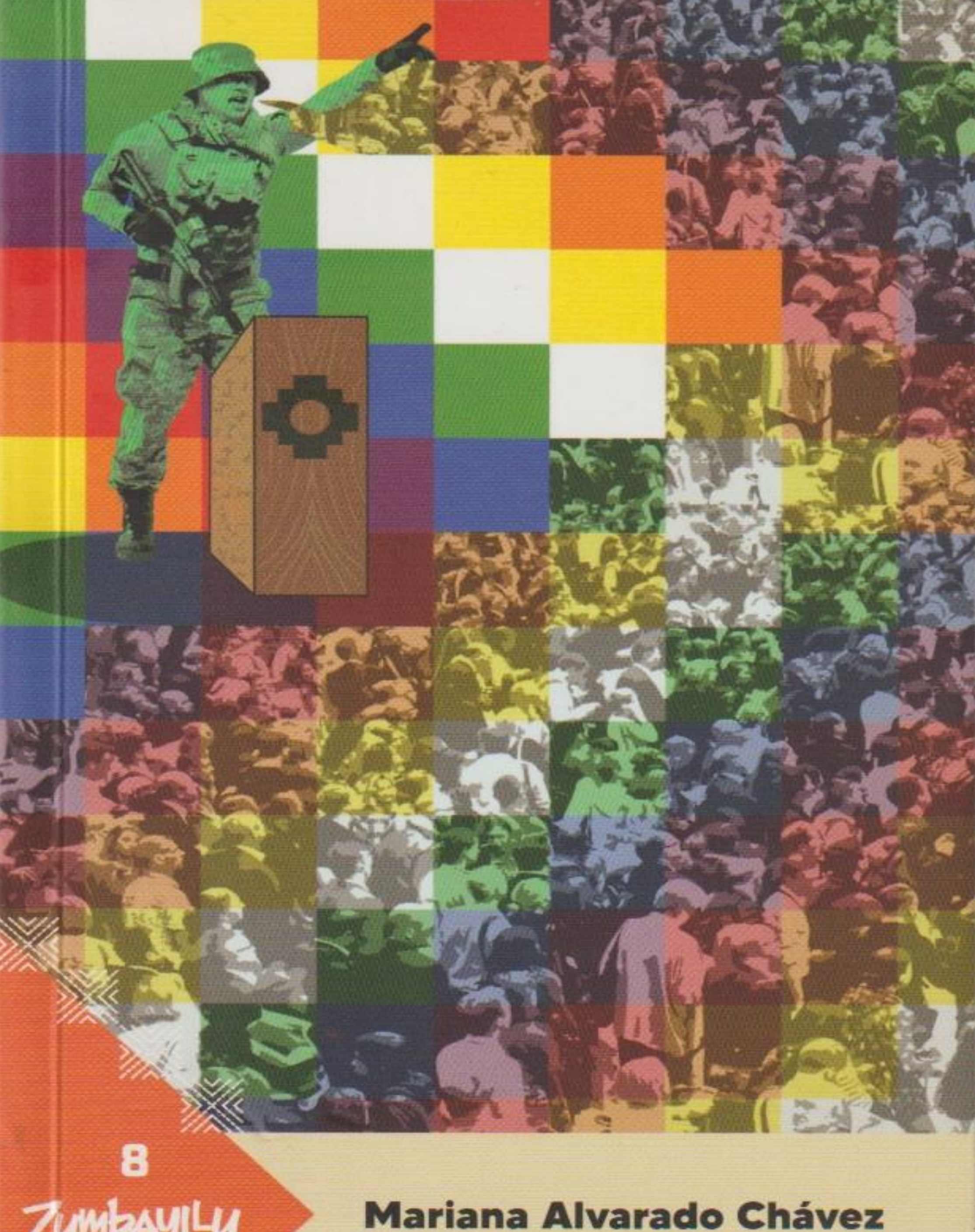


8

Zumbayllu

Mariana Alvarado Chávez

Populismo radical en el Perú:

la invención del etnocacerismo

MARIANA ALVARADO CHÁVEZ

POPULISMO RADICAL EN EL PERÚ: LA INVENCIÓN DEL ETNOCACERISMO

Serie Zumbayllu



Populismo radical en el Perú: la invención del etnocacerismo
Serie Zumbayllu 8

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Imagen de portada: Francisco Pretell y Alessia Rosasco
Diseño de logo de serie: Augusto Patiño
Dirección de Comunicación Institucional (DCI) de la PUCP

Diseño, diagramación, corrección de estilo y cuidado de la edición:
Fondo Editorial PUCP
Primera edición: diciembre de 2022
Tiraje: 1000 ejemplares

Hecho el Deposito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2022-12946
ISBN: 978-612-317-815-4

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Contenido

PRESENTACIÓN

«El canto del zumbayllu se internaba en el oído,
avivaba en la memoria la imagen de los ríos,
de los árboles negros que cuelgan en
las paredes de los abismos».

José María Arguedas, *Los ríos profundos*

¡¡¡Zumbayllu!!! ¡¡¡Zumbayllu!!!, resuenan los gritos alborotados que sacan al niño Ernesto de la desazón, la melancolía, la soledad, el aislamiento y la incertidumbre que lo agobian en el internado donde lo ha dejado abandonado su padre.

¡¡¡Zumbayllu!!! ¡¡¡Zumbayllu!!!

¿Qué podía ser el zumbayllu?

El zumbayllu da título a uno de los capítulos más hermosos de *Los ríos profundos*. Como explica la estudiosa Isabelle Tauzin-Castellanos: «es un trompo al que Ernesto atribuye poderes mágicos. La danza del juguete restablece la comunicación entre los alumnos mientras lo contemplan, alzando el vuelo y bañado por la luz del sol»*.

Un trompo que da vueltas interminables sobre su eje. Y en su incesante movimiento, canta. Y en su incesante movimiento, brilla. Y en incesante movimiento, recoge la luz. Nos lleva del pasado al futuro, comunica, dialoga.

El Fondo Editorial PUCP presenta una nueva serie de ensayos cortos, en un formato de bolsillo y a un precio asequible, con el fin de que la voz de nuestra comunidad llegue a todas las personas que aman al Perú.

En el año del bicentenario les presentamos nuestra serie Zumbayllu.

Fondo Editorial PUCP

---

* *El otro curso del tiempo. Una interpretación de Los ríos profundos*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos y Lluvia Editores, 2008, p. 34.

¡Mamacita los Cholos reservistas
nos van a fusilar!
¡Sí los queremos desaparecer del mapa,
como a todo virus maldito!
¡Somos, nosotros los indios etnocaceristas,
el antibiótico de la Nación! [...] ¡Disputaremos
por colgar al último congresista con las tripas del
último vladigeneralillo!
[...] [El Perú] ¡Es un corral de humanoides!
Y nosotros, los reservistas etnocaceristas,
¡lo regeneraremos en una Nación de ciudadanos!

Yuyali, 2004.

INTRODUCCIÓN

Desde sus primeras apariciones, hace ya más de veinte años, los principales medios de comunicación de la capital han tratado al etnocacerismo con una mezcla de desprecio y burla. Apelativos como «payasada», «iluminados», «aprendices de dictadores», «activista fascista» y hasta «anormal» han aparecido en las páginas (e incluso en los editoriales) de uno de los periódicos más serios del país. Sin embargo, el tratamiento de este fenómeno político no ha sido muy serio. Se ha recurrido con demasiada insistencia al ataque personal y se ha dejado de lado, salvo en contadas ocasiones, el análisis de la propuesta y los contenidos del etnocacerismo, en los que debería basarse una crítica fundamentada.

Por su parte, los análisis políticos y académicos también han escaseado: se han desarrollado pocos, y estos se han concentrado en los levantamientos etnocaceristas y en el examen de su coyuntura para explicarlos. No se ha prestado suficiente atención al movimiento etnocacerista, a sus propuestas y a su trayectoria política.

Este tipo de aproximaciones, tanto las periodísticas, que reducen el etnocacerismo a un fenómeno folclórico, cuando no risible; como las académicas, que se limitan al análisis de coyuntura, no contribuyen lo suficiente a su conocimiento, y distraen la atención de un debate serio en torno a él. Pese a sus características singulares, o precisamente debido a ellas, el etnocacerismo no ha sido analizado de manera cabal y desapasionada. No obstante, sus orígenes y propuestas, si bien inusuales, podrían estar indicándonos situaciones nada desdeñables. Su aparatosa construcción podría estar mostrándonos el desarrollo de un movimiento político novedoso. O podría tratarse simplemente de una nueva versión de un proyecto ya conocido. Sin embargo, eso solo lo podremos saber luego del análisis y esto es precisamente lo que pretendo hacer en este ensayo, con el fin de contribuir a una comprensión más mesurada y completa del etnocacerismo.

¿QUÉ ES EL ETNOCACERISMO?

El etnocacerismo es un movimiento político peruano cuyo origen inmediato se encuentra en el conflicto armado interno del periodo 1980-2000. Durante el conflicto, los sectores de Infantería del Ejército fueron los encargados de poner en práctica una estrategia contrasubversiva inspirada en los Estados Unidos que sustituyó «la falta de conocimiento por la definición de una población genérica como el presunto enemigo: los ayacuchanos, los quechuahablantes»[1]. Frente a esta situación, un grupo de tenientes de Infantería liderado por los hermanos Antauro y Ollanta Humala conformaron, en 1989, un movimiento de oposición a la estrategia contrasubversiva llamado la «Logia Etnocacerista». Ellos reaccionaron reivindicando el bagaje cultural de las poblaciones maltratadas y presentándolas como herederas de una cultura milenaria que era necesario recuperar en lugar de eliminar.

Desde ese momento, los etnocaceristas desarrollaron un discurso ecléctico al que se sumaron elementos, en un proceso de construcción largo y sensible a la influencia del entorno. Como veremos, a partir del primer levantamiento,

[1] Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), 2003a, p. 334.

en octubre de 2000, se empezó a construir, de manera consciente y organizada, un proyecto político. En ese sentido, resulta difícil interpretar el significado real que tuvieron ciertos acontecimientos en el momento en que fueron realizados, ya que la versión etnocacerista que estudio en este ensayo supone ya un proceso de reinterpretación y presentación interesada de los mismos.

Lo que sabemos es que a la disconformidad con la estrategia contrasubversiva se sumaron elementos como la oposición a Montesinos y su influencia corruptora sobre la cúpula de las Fuerzas Armadas. Un par de años después, se incorporó la idea del antagonismo racial entre las élites gobernantes y las masas empobrecidas. Esto no solo estableció una especie de panandinismo, que promovía la integración de las naciones con una alta densidad demográfica andina, sino también la idea de una oposición entre «blancos» y «cobrizos». Este factor étnico será el elemento distintivo del etnocacerismo, el cual combinará el nacionalismo étnico, el marxismo y el darwinismo social para sostener que es necesario recuperar la identidad de la etnia cobriza con el fin de fortalecerla, ganar la lucha contra los blancos y poder construir una verdadera nación.

Este discurso, que plantea una oposición radical entre los blancos y los cobrizos, sostiene que los primeros han subyugado a los segundos hasta ahora, pero que estos tienen la capacidad necesaria para ganar la lucha por la supervivencia, como lo demuestra su pasado imperial. De este modo, se construye una versión de la historia en la que se ensalza el pasado incaico, se presenta a la conquista y a la colonización como un periodo que dura hasta la actualidad y se destacan ciertos hitos en la lucha cobriza contra esta «globocolonización» (Tupac Katari, Tupac Amaru, Rumi Maqui, Velasco, entre otros). A partir de esta lectura, se concluye en términos milenaristas, que el triunfo del etnocacerismo y la recuperación de la raza cobriza son inevitables.

El propósito de este movimiento es entonces conquistar el poder, ya sea por las armas o por la vía electoral, para desde allí ejecutar las reformas necesarias para refundar los sistemas político, económico, social y cultural sobre una base verdaderamente nacional (es decir, cobriza). Como parte de su trayectoria, los etnocaceristas han protagonizado dos levantamientos que han ayudado a situar su proyecto político en la escena política peruana. El primero de ellos tuvo lugar en la provincia de Locumba (2000) y estuvo

liderado por los hermanos Humala. El segundo tuvo lugar en la ciudad de Andahuaylas (2005), bajo el liderazgo de Antauro Humala, y provocó la progresiva diferenciación de los proyectos políticos de los hermanos. Estos levantamientos ayudaron a dar visibilidad a la propuesta política del etnocacerismo y el último marcó su refundación bajo el liderazgo indiscutido del mayor (r.) Antauro Humala.

Esta historia permitió al etnocacerismo formar una base de apoyo integrada principalmente por reservistas y licenciados del Ejército, quienes difundieron su programa a lo largo y ancho del país a través del periódico de circulación nacional *Antauro*[2]. A partir de este fundamento inicial, el etnocacerismo consiguió apoyo en los sectores más radicalizados de la sociedad. Ellos han organizado comités regionales y escuelas de adoctrinamiento en diversas ciudades del país, lo cual permitió difundir la propuesta etnocacerista a pesar del encarcelamiento de su líder desde enero de 2006.

---

[2] Este periódico, fundado en 2002, se llamó inicialmente *Ollanta*, pero cambió de nombre en febrero de 2006, como resultado de la diferenciación de los proyectos de cada hermano. Vale la pena destacar que, si bien cambia el nombre, el carácter personalista del movimiento se mantiene.

Objetivo de este ensayo

¿Qué tipo de proyecto político representa el etnocacerismo?, ¿cuál es su relación con las doctrinas y la experiencia del Ejército peruano?, ¿cuál ha sido su trayectoria y cómo se relaciona esta con sus propuestas?, ¿cuáles son las ideas fuerza de su discurso y cómo afectan a su posibilidad de expansión? Estas son las preguntas que guiarán este ensayo. Con ellas quiero ubicar, en primer lugar, el contexto en el que surge el etnocacerismo, entendido en términos tanto económicos y sociales como institucionales. En segundo lugar, entender cómo este contexto se vincula con los contenidos y características del etnocacerismo. Por último, analizar el tipo de proyecto que estas características configuran, el lugar que en él ocupan sus distintos componentes y los límites que encuentra.

Mi respuesta se basa en cuatro ideas. La primera idea es que el etnocacerismo es un tipo de populismo radical, y como tal presenta una particular combinación de aspectos arcaicos y modernos. Los aspectos modernos se encontrarían en la existencia de un liderazgo, un objetivo político claro, una organización y una estrategia populista para alcanzarlo. Los elementos arcaicos, como las referencias milenarias, el darwinismo y

el mesianismo del discurso serían eminentemente funcionales al logro de su objetivo, en la medida en que favorecerían el acercamiento a cierto sector de la población.

La segunda idea rescata el papel jugado por el Ejército en el surgimiento del etnocacerismo. Así, sostengo que la recurrencia de intervenciones militares en la política nacional es fruto de una doctrina militar que destaca el rol tutelar de las Fuerzas Armadas y de su desencuentro con el papel asignado a ellas en una democracia. Asimismo, afirmo que la trayectoria política y militar del Ejército durante el gobierno de Fujimori explica la desactivación del rol político institucional del mismo, el desarrollo de sectores descontentos y el protagonismo de los soldados políticos. Por otro lado, creo que los sentimientos de afinidad que desarrollan los licenciados y reservistas entre sí, y hacia las instituciones castrenses, así como las posiciones que ocupan en sus comunidades, los convierten en medios ideales para la transmisión del mensaje etnocacerista.

La tercera idea asevera que el etnocacerismo, como proyecto político, explota las condiciones de fragmentación, exclusión y resentimiento que persisten en el país. Para ello, reconoce esta situación, ofrece una explicación de su carácter

injusto y propone una vía de reivindicación que potencia la animadversión existente dándole un carácter liberador. Al hacerlo, no solo profundiza los clivajes[3] sociales históricos, sino que introduce un nuevo clivaje étnico para intentar lograr el apoyo del sector que considera mayoritario: el de los llamados cobrizos. De este modo, inventa una nueva identidad e intenta aglutinarla sobre la base de su oposición a un enemigo común —los blancos—, a través de un discurso radical que incita a la violencia.

La cuarta idea explica los motivos por los que este movimiento no ha tenido éxito electoral hasta la actualidad. Las características hasta ahora presentadas, si bien sirven para acercarse a cierto sector de la población, también determinan los límites de expansión del etnocacerismo a otros sectores. Las características radicales y excluyentes de su discurso le impiden llegar más allá de una estrecha base de apoyo. No obstante, en un contexto de alta fragmentación política, no

[3] El término «clivaje» se utiliza para describir las líneas de fractura que dividen a la sociedad en grupos con intereses similares. Tradicionalmente se utiliza para referirse a divisiones sociales o culturales determinadas históricamente y de naturaleza relativamente estable, como la división urbano-rural. Sin embargo, cualquier clivaje o división social puede politizarse, convirtiéndose en uno político.

podemos descartar la posibilidad de que Antauro Humala, nuevamente en libertad, juegue un rol electoral importante sobre la base de esta minoría radicalizada. Otra posibilidad, dada la fluidez que caracteriza su discurso, es que en los próximos años este sea modificado con el objetivo de alcanzar a un público más amplio.

Estas ideas son desarrolladas a lo largo de cinco capítulos. En el primero analizo al Ejército peruano como un ejército político con la intención de establecer la influencia de la historia y doctrina de esta institución en Antauro Humala y el resto de soldados políticos que lo apoyan. En el segundo capítulo reviso la trayectoria del etnocacerismo desde su formación, con el objetivo de mostrar el dinamismo de su proceso de creación y las variaciones que ha sufrido el proyecto desde sus orígenes. En el tercer capítulo analizo las principales propuestas del discurso etnocacerista, ofreciendo al mismo tiempo una interpretación de sus orígenes y finalidades. En el cuarto capítulo parto de los elementos presentados en los anteriores para argumentar que el etnocacerismo es un populismo radical. Por último, en el quinto capítulo desarrollo algunas conclusiones, así como algunas nociones y preguntas en torno al futuro del etnocacerismo.

ESTRATEGIA

Para responder a las preguntas planteadas líneas más arriba me he basado en fuentes escritas que cubren el periodo que va desde los orígenes del etnocacerismo hasta el año 2009. He elegido esta periodización porque mi objetivo es describir y analizar las acciones y discursos del etnocacerismo tal como se presentan a sus seguidores en los principales medios de difusión del proyecto durante su etapa de mayor dinamismo. En ese sentido, tomo como fuentes primarias el periódico y los libros de Antauro Humala, a través de los cuales transmite y reafirma sus ideas. Dos consideraciones adicionales influyeron en la elección de esta estrategia. En primer lugar, el hecho de contar, a partir de las fuentes mencionadas, con abundante material disponible para ser sistematizado y analizado. En segundo lugar, el convencimiento de que la realización de entrevistas al líder no me proveería de la información que buscaba, en la medida que su discurso estaría mediatizado. Como veremos más adelante, el discurso de Antauro Humala se caracteriza por su flexibilidad, por lo que es improbable que se mantuviera constante al margen de que su interlocutor fuera un reservista o una politóloga de la PUCP.

Mi fuente principal es entonces el libro de Antauro Humala *Etnonacionalismo, izquierda y globalidad (visión etnocacerista)*, publicado en el año 2006. Si bien Antauro publicó también el libro *Ejército peruano: milenarismo, nacionalismo y etnocacerismo* en el año 2001, privilegio el segundo libro en la medida en que plasma la visión etnocacerista en su versión más elaborada. El primer libro, al haber sido escrito en una fase inicial del movimiento (según Antauro, empezó a escribirlo en 1998), y antes de la ruptura con el hermano, no recoge los desarrollos posteriores del discurso etnocacerista.

Además de los libros, me baso también en los artículos escritos y las entrevistas concedidas por Antauro Humala, publicados en los distintos números de los quincenarios *Ollanta* y *Antauro*. Considero también las entrevistas realizadas a Antauro que figuran en el libro de Pedro Saldaña, *Conversaciones con Antauro Humala*. Por último, uso también los artículos escritos por los reservistas etnocaceristas y publicados en los quincenarios, bajo la presunción de que expresan la visión oficial, en la medida en que aparecen en el vehículo de difusión del proyecto.

Vale la pena destacar que para la reconstrucción de la trayectoria del etnocacerismo complemento

sus propias manifestaciones (en sus libros y artículos), con artículos de diarios publicados mientras duraban los hechos. Principalmente, me he basado en los artículos de *El Comercio,* bajo la presunción de que su transmisión de los acontecimientos es competente y fiable.

Utilizo como principales marcos de interpretación de la información recogida los conceptos de «ejércitos políticos», de Koonings y Kruijt; «invención de la tradición», de Hobsbawm; «comunidades imaginadas», de Anderson; y «populismo», de Vilas, Ianni, Weyland, De la Torre y otros. Asimismo, tomo la noción de «proyecto político» de Dagnino, Olvera y Panfichi, como herramienta analítica que me permite estudiar las ideas, intereses y cosmovisiones que orientan la acción política del etnocacerismo más allá de sus distintos formatos organizativos (logia, movimiento, partido, etc.)[4].

Por último, vale la pena destacar que aunque este ensayo se propone estudiar el etnocacerismo de una manera desapasionada, ello no implica desconocer el peligro del discurso radical, esencialista

[4] Koonings y Kruijt, 2003; Hobsbawm, 1983a y 1983b; Anderson, 1993; Vilas, 1994; Ianni, 1975; Weyland, 1996 y 2001, De la Torre, 2004 y 2007; Dagnino, Olvera y Panfichi, 2006.

y violento que promueve. Este tipo de propuestas no hacen sino potenciar y naturalizar las tensiones y divisiones existentes en el país, por lo que representan un obstáculo al encauzamiento pacífico de las diferencias que esperaríamos observar en el ámbito político.

1
SOLDADOS POLÍTICOS

Este capítulo recoge la literatura sobre los ejércitos políticos para plantear que el Ejército peruano ha sido, desde mediados del siglo XX, un ejército político. Con ello nos referimos, siguiendo a Koonings y Kruijt, a «aquellas instituciones militares que consideran su participación o control sobre la política interna y los asuntos de gobierno como parte central de sus legítimas funciones»[5]. Sin embargo, proponemos que esta trayectoria fue interrumpida durante el gobierno de Alberto Fujimori. Como veremos, sus esfuerzos por cooptar, corromper y subordinar a las Fuerzas Armadas para que no se opongan a su propio proyecto lograron retirar de los niveles

[5] Koonings y Kruijt, 2003, p. 25.

más altos de la jerarquía militar a los individuos más autónomos y críticos. Con ello, las Fuerzas Armadas como institución dejaron de ser un ejército político, pero los intereses y doctrinas que caracterizan a estos ejércitos continuaron presentes en la oficialidad, los mandos medios y bajos. Por tanto, proponemos que lo que tenemos ahora son soldados políticos, que siguen desarrollando proyectos no institucionales para incidir de distintas maneras sobre la política. Uno de estos soldados es Antauro Humala y su proyecto político[6] es el etnocacerismo.

El surgimiento de un proyecto como el etnocacerista desde entornos castrenses adquiere entonces mayor sentido si vemos la trayectoria del Ejército peruano como un ejército político, en el que se forman soldados políticos. La asunción de un rol político por parte de las instituciones militares suele plasmarse en doctrinas que justifican

---

[6] Utilizamos la noción de «proyecto político» para «designar los conjuntos de creencias, intereses, concepciones del mundo y representaciones de lo que debe ser la vida en sociedad, los cuales orientan la acción política de los diferentes sujetos» (Dagnino, Olvera & Panfichi, 2006, p. 43). Al adoptar esta idea optamos entonces por reconocer el papel de la agencia y la intencionalidad individual en la política. Asimismo, reconocemos que al intervenir en la política estos proyectos «expresan, vehiculan y producen significados que integran matrices culturales más amplias» (2006, p. 44).

y explican la intervención militar en la política nacional. Si bien esta intervención en muchos casos expresa una postura institucional de las tres fuerzas, ejército, marina y aviación, nos centraremos en el Ejército porque «casi siempre marca el tono [...] su capacidad para ocupar sitios estratégicos lo convierte en el actor clave al cual las otras armas tienden a seguir»[7].

En el caso peruano, el hecho de que 51 de 74 presidentes hayan sido oficiales muestra hasta qué punto nuestras Fuerzas Armadas tienen una tradición de interés y participación en la política. Si bien la mayoría de estos oficiales fueron presidentes en las etapas iniciales de la República, Antauro Humala reconoce haber ingresado al Ejército como una vía para desarrollar su proyecto etnocacerista. En ese sentido, asegura que en su familia jamás se «visualizó al Ejército como institución necesariamente incompatible con el camino de la revolución»[8]. Evidentemente, esta imagen revolucionaria y política de dicha institución se basa en las acciones del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas con el general Juan Velasco. De hecho, Velasco encabezó un ejército político que realizó las reformas

---

[7] De Kadt, 2003, p. 445.

[8] Humala, 2005a, p. 12.

más importantes del siglo XX en el Perú, y es uno de los mayores inspiradores del etnocacerismo.

Esta alta participación en la política se debe en parte a que los militares se encuentran excepcionalmente situados en la estructura del Estado para ejercer de guardianes de la política y el desarrollo nacional. Así, cuentan con una fuerte identificación «con el destino de la nación y sus valores centrales»[9], tienen el monopolio de la violencia legítima, son organizados y disciplinados, y en situaciones de crisis pueden ser la única institución viable y legítima capaz de gobernar. Cuentan entonces con motivos, medios y, en ocasiones, con oportunidad.

Desde la década de 1960, distintas tradiciones de estudio de los ejércitos políticos enfatizan algunos de estos aspectos para explicar sus intervenciones políticas. Yo me centraré en un análisis interno de la institución militar. De este modo, resaltaré sus doctrinas, formas de organización y las «variables del contexto social que los llevaron hacia intervenciones políticas sistemáticas y hacia alianzas cívico-militares particulares»[10]. En ese sentido, cobran relevancia su orientación

---

[9] Koonings y Kruijt, 2003, p. 36.

[10] Koonings y Kruijt, 2003, p. 48.

fundamental con respecto al destino de la nación, la plasmación de esta orientación en una doctrina militar, la identificación de los amigos y enemigos de la nación, y el establecimiento de alianzas cívico-militares.

La posición vigilante de los militares respecto a la política suele derivarse de «la noción de que los ejércitos políticos están en el centro de la construcción de la nación»[11]. Así, se ven y se presentan como responsables de la fundación de la nación y, por lo tanto, también de su destino. Estas concepciones se plasman en lo que se conoce como «el principio de primogenitura», que sostiene que si no fuera por los sacrificios de las Fuerzas Armadas la nación no existiría[12]. Como sabemos, este principio no necesariamente se basa en hechos comprobados (especialmente en América Latina, donde los ejércitos se forman una vez lograda la independencia), pero lo importante es que se considera cierto y funciona como base del rol tutelar de las Fuerzas Armadas.

En el Perú, la Independencia fue alcanzada el 28 de julio de 1821 «por el concurso de dos ejércitos extranjeros, de Argentina y Venezuela,

---

[11] Koonings y Kruijt, 2003, p. 470.

[12] Koonings y Kruijt, 2003, p. 50.

con una participación limitada de los peruanos»[13]. Las Fuerzas Armadas como institución militar profesional no se crearon formalmente hasta 1896, con la Misión Francesa. Sin embargo, cada año celebramos la Independencia, el 28 de julio, con un desfile militar que «presenta a las Fuerzas Armadas como las creadoras de la Nación, adicionalmente las "instituciones tutelares de la Patria"»[14]. Por su parte, el discurso institucional del Ejército considera el 9 de diciembre de 1824, día de la Batalla de Ayacucho, la fecha de su fundación. De este modo, pasan por alto el hecho de que esta batalla fue comandada por un general extranjero (Antonio José de Sucre), para asociar «el nacimiento del Ejército peruano con el evento que selló la Independencia de la república. Es decir, consideran a su institución como la forjadora de la patria libre y soberana y por ello sienten que tienen una responsabilidad para con ella»[15]. Así, los sucesos reales son oscurecidos para sostener el mito de la primogenitura.

Estos sucesos reales tienen que ver con la contratación de una Misión Francesa en 1896 para profesionalizar el Ejército tras la derrota en la

[13] Manrique, 2006.

[14] Manrique, 2006.

[15] Hurtado, 2006, p. 63.

Guerra del Pacífico (1879-1883). Como producto de esta misión se crean la academia militar y las escuelas de oficiales que funcionan hasta hoy[16], y se organiza la estructura de las Fuerzas Armadas y de los cuerpos de oficiales[17]. Asimismo, se burocratiza el Ejército, estableciendo reglas de ascenso estrictas y respetadas, y un alto grado de disciplina y de lealtad a la institución[18]. Gracias a ello, el Ejército se convierte en una institución profesional y autónoma y, como consecuencia, más poderosa e influyente políticamente[19].

No obstante, sobre la base del principio o mito de la primogenitura, los militares desarrollan una fuerte identificación con la nación y los «objetivos nacionales permanentes», lo que los lleva a considerarse sus guardianes. Este tipo de interpretaciones implican una alteración fundamental del papel de las Fuerzas Armadas, pasando «de un concepto de la seguridad territorial a uno político-institucional»[20]. Ello lleva a que las amenazas que tienen que enfrentar no sean solo externas sino también internas, que

---

[16] Méndez, 2006, p. 27.

[17] Kruijt y Tello, 2003, p. 73.

[18] Bourricaud, 1970, p. 20.

[19] Méndez, 2006, p. 27.

[20] Koonings y Kruijt, 2003b, p. 51.

pongan en peligro la estabilidad y continuidad del Estado. Esto contrasta con una concepción ideal del ejército profesional no político como «"empleados civiles en uniforme" [...] [cuya] "definición de misión" clásica invoca la ejecución técnica de la defensa del territorio nacional bajo la supervisión de la autoridad civil legítima»[21]. Vemos entonces cómo se amplía de manera sustancial el ámbito de lo que los militares consideran legítimamente como su jurisdicción, para incluir aspectos de política y desarrollo internos. Esta concepción, que constituye la esencia de los ejércitos políticos, deja abierta la puerta de la intervención militar en política.

Como adelantamos, estas creencias se plasman en doctrinas específicas que serán impartidas desde los centros de formación militar. Estas doctrinas suelen partir de «nociones idiosincrásicas sobre la historia y la identidad nacional» para desarrollar consideraciones sobre el orden social deseado, las «amenazas a la estabilidad, y la subsiguiente identificación de los "amigos y enemigos" de la nación»[22].

---

[21] Koonings y Kruijt, 2003, p. 50.

[22] Koonings y Kruijt, 2003, p. 52.

En el caso peruano, las doctrinas que ofrecen motivos, justificaciones y estrategias de intervención militar surgieron del Centro de Altos Estudios Militares (CAEM), creado en 1950. Su existencia es el resultado de los esfuerzos del coronel José del Carmen Marín por convencer al general Manuel A. Odría de la necesidad de dar una formación lo más amplia posible a los eventuales oficiales generales, de modo que entiendan que el éxito de un ejército depende de un esfuerzo nacional amplio, que va más allá de la calidad del armamento[23]. En el CAEM se desarrolla «una doctrina militar de seguridad nacional *sui generis* y de desarrollo nacional»[24] con una fuerte influencia del pensamiento geopolítico europeo.

El papel del CAEM es fundamental para explicar el establecimiento de cierto consenso al interior del Ejército, proporcionando «una ideología y un espíritu común a las jóvenes generaciones de oficiales». De este modo, logra «desenclavar ideológicamente al Ejército»[25], dotándolo de independencia y «una distancia cada vez más nítida respecto a las categorías dirigentes ("no tenemos que ser el perro de presa de la

[23] Bourricaud, 1970, p. 23.

[24] Kruijt y Tello, 2003, p. 71.

[25] Bourricaud, 1970, p. 23.

oligarquía")». Al mismo tiempo, se incrementa su nacionalismo, especialmente frente al «imperialismo» norteamericano y surge «una conciencia cada día más exigente de las tareas del desarrollo nacional»[26]. Esto se plasma en la pretensión de reducir el poder de la oligarquía a través de una reforma agraria, y del capital extranjero a través de la nacionalización de los recursos productivos para desarrollar una economía nacional fuerte y una sociedad más integrada. En ese sentido, se inspiran en las teorías de la CEPAL para desarrollar una doctrina con un fuerte componente nacionalista, reformista y desarrollista: «Progreso Nacional y Desarrollo Integral».

Para la década de 1960, el CAEM se había convertido en «el principal bastión del pensamiento geopolítico en el Perú»[27]. Este pensamiento, vinculado al concepto de «guerra total», ponía énfasis en una estrategia general, que atendiera a los aspectos geográficos, económicos, sociológicos y políticos de la seguridad nacional[28]. En ese sentido, el propio general Pinochet destacó que la ciencia geopolítica, que él enseñó

[26] Bourricaud, 1970, p. 21.

[27] Kahhat, 2007, p. 116.

[28] Kahhat, 2007, p. 110.

en la Academia de Guerra, prepara para estudiar las necesidades del país, sin limitarse a la esfera militar, por lo que muchas políticas aplicadas durante su gobierno, habían sido ya objeto de análisis en las academias militares[29]. De este modo, la instrucción que el CAEM ofrecía a los oficiales que pasaban por sus aulas los llevaba a interpretar como amenazas a la seguridad nacional elementos de ámbitos muy alejados del militar.

Como consecuencia de estas doctrinas, unidas a la tesis de la seguridad nacional promovida por los Estados Unidos durante la Guerra Fría, los ejércitos políticos «definen la intervención política como la extensión lógica de la acción militar»[30]. De acuerdo con Finer, estas intervenciones generalmente se dan en momentos de crisis interna[31] que puede deberse a una variedad de factores incluyendo conflictos sociales, ingobernabilidad, escándalos de corrupción, pérdida de legitimidad del régimen, agitación, limitaciones socioeconómicas, entre otros. En estos momentos, los ejércitos se basan en el principio de competencia, que sostiene que ellos son más competentes que los civiles «para hacerse

[29] Kahhat, 2007, pp. 111-112.

[30] Koonings y Kruijt, 2003, p. 56.

[31] De Kadt, 2003, p. 454.

cargo de los intereses nacionales y por lo tanto de los asuntos del Estado porque su organización y recursos se lo permiten»[32]. Las Fuerzas Armadas se consideran, así, superiores, ya que no participan «en la política menuda, las luchas entre facciones o la búsqueda de intereses particulares»[33], sino que actúan en pro de los intereses nacionales. Adicionalmente, frente a la lentitud e ineficiencia de gobiernos democráticos que se ven obligados a deliberar y crear consensos, ellos actúan bajo una lógica jerárquica, en la que las órdenes son ejecutadas. Por tanto, frente a unas Fuerzas Armadas eficientes, disciplinadas y organizadas jerárquicamente para cumplir sus objetivos, el gobierno civil se ve como «ineficiente, ineficaz y tal vez sobre todo corrupto, y que ese mal funcionamiento amenaza las instituciones del Estado mismo»[34].

De acuerdo con lo anterior, la situación crítica a la que ponen fin suele dotar a los gobiernos militares de algún grado de legitimidad inicial. Sin embargo, esta no será su única fuente de legitimidad, ya que los golpes militares suelen contar con el apoyo de un sector social, que contribuirá a dotar de

---

[32] Koonings y Kruijt, 2003, p. 52.

[33] Koonings y Kruijt, 2003, p. 51.

[34] De Kadt, 2003, p. 454.

legitimidad tanto a la intervención, como al nuevo gobierno militar[35]. En muchos casos, estos apoyos se basarán en la idea de que existen amenazas o necesidades frente a las cuales las Fuerzas Armadas, como representantes del conjunto de la nación (de los «intereses nacionales»), están mejor capacitadas para actuar.

Por consiguiente, el carácter de estos gobiernos dependerá tanto de la doctrina en que se basan, como de la coalición que los apoya. Por lo general, los objetivos de los ejércitos políticos en el poder incluyen «la lucha contra los enemigos internos [...] la búsqueda de un proyecto de desarrollo que incluye la estabilidad económica y el crecimiento, el bienestar social [...], y en algunos casos la integración social»[36].

EL GOBIERNO DEL GENERAL VELASCO

El gobierno del general Juan Velasco Alvarado (1968-1975) reúne muchas de las características de los ejércitos políticos que hemos mencionado. Sus objetivos fueron precisamente la lucha contra los enemigos internos (la oligarquía), el

[35] Koonings y Kruijt, 2003, p. 56.

[36] Koonings y Kruijt, 2003, p. 62.

establecimiento de un proyecto de desarrollo y la conquista de la integración nacional. Los líderes de este Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, al menos en su primera fase, estuvieron fuertemente influenciados por la perspectiva geopolítica del CAEM. De hecho, uno de los principales responsables políticos de este gobierno, el general Mercado Jarrín, era también uno de los más destacados pensadores geopolíticos del país[37]. Así, este gobierno expresa la preocupación de los militares por las necesidades del país y recoge las ideas nacionalistas, antiimperialistas y antioligárquicas del CAEM.

Se trata entonces de un ejército cuyos integrantes efectivamente se consideran «de la manera más natural del mundo obligados a querer hacerse oír sobre los grandes problemas de la actualidad nacional [...] [adoptando] una actitud de jueces y eventualmente hasta de justicieros respecto a una clase dirigente a la cual tienden a imputar la

---

[37] Kahhat, 2007, p. 135. El general Mercado Jarrín estudió en el CAEM en 1963, donde posteriormente fue profesor del curso de estrategia nacional. Fue también comandante general del Centro de Instrucción Militar del Perú y docente en la Escuela de Investigaciones de la Fuerza Aérea. Por tanto, es de suponer que sus ideas geopolíticas tuvieron una intensa y duradera influencia en la formación de los militares peruanos, más allá de su retiro tras la deposición del general Velasco.

responsabilidad —o la complicidad— del subdesarrollo peruano»[38]. Más aún, las preocupaciones que sobre el desarrollo nacional tenían las Fuerzas Armadas se habían hecho evidentes años antes, en 1962, cuando dos juntas militares asumieron consecutivamente el gobierno. Se trata de las juntas presididas por los generales del Ejército Ricardo Pérez Godoy y Nicolás Lindley, respectivamente, que gobernaron el país por poco más de un año. Entre sus principales iniciativas encontramos una reforma agraria limitada y la creación del Instituto Nacional de Planificación, responsable, como su nombre indica, de planificar el desarrollo del país. Finalmente, tras convocar elecciones, dejaron el gobierno en manos de Fernando Belaunde, a quien consideraron dispuesto a realizar las reformas necesarias.

Sin embargo, el primer gobierno de Fernando Belaunde Terry (1963-1968) se caracterizó por las huelgas y la incapacidad de ejecutar las tan ansiadas reformas. En este contexto surgen movimientos guerrilleros integrados por jóvenes de clase media que cuestionan el sistema político imperante y son reprimidos por el Ejército. Es el caso, por ejemplo, del Ejército de Liberación Nacional, que tenía en sus filas

[38] Bourricaud, 1970, p. 21.

al poeta Javier Heraud, o del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), fundado por Luis de la Puente Uceda. Esta campaña represora impacta a «los oficiales del Ejército, que habían peleado contra adversarios que no eran realmente sus enemigos»[39], mostrando la ambigüedad fundamental de un ejército que se presenta al mismo tiempo como fuerza de represión y de progreso[40]. En cualquier caso, la responsabilidad por la situación de enfrentamiento es atribuida a la ineptitud de los políticos civiles para reformar la «subdesarrollada economía y sociedad peruanas»[41] y se considera que de no intervenir sería inevitable el surgimiento de nuevas rebeliones. Es esta entonces la situación de crisis frente a la que reaccionan las Fuerzas Armadas con el golpe de Velasco y serán los oficiales que participaron en la campaña antiguerrillera quienes definan el programa de reformas del nuevo gobierno[42].

---

[39] Kruijt y Tello, 2003, p. 75.

[40] Bourricaud, 1970, p. 23.

[41] Kruijt y Tello, 2003, p. 75.

[42] Es oportuno destacar que, si bien el Ejército en general compartía ciertas nociones nacionalistas y antiimperialistas sobre las necesidades de desarrollo en el país, no había un consenso sobre las medidas que el gobierno militar debía tomar.

Mientras la decisión del golpe fue fruto de consultas, e incluso, de una votación al interior de la institución, las políticas

Aquí vale la pena adelantarnos para destacar ciertas similitudes y diferencias entre las condiciones que llevaron a la intervención de los militares en 19680 y aquellas que llevan al levantamiento etnocacerista del año 2000 —reconociendo, evidentemente, las obvias diferencias en la dimensión histórica de ambas experiencias—. En el caso del etnocacerismo también hay una campaña contrainsurgente en la que los oficiales del Ejército se enfrentan a población que no consideran su enemiga y terminan culpando de ello a la ineptitud de los políticos civiles. En ambos casos, las Fuerzas Armadas se enfrentan contra grupos hacia los cuales sienten cierta cercanía. En el caso de las guerrillas, se trata de una cercanía ideológica, ya que las Fuerzas Armadas compartían muchas de las preocupaciones que llevaron a la formación de las guerrillas. En el caso del conflicto armado interno, la cercanía hacia los campesinos indígenas es social y cultural, y

---

del nuevo gobierno no expresan necesariamente un consenso amplio (Bourricaud, 1970, p. 27). De hecho, existían sectores (los más antiguos) que se inclinaban por la criollización (entendida como la limitación de sus acciones y de su estadía en el gobierno) en lugar de la radicalización del golpe (1970, p. 28). Sin embargo, no vale la pena profundizar aquí en las correlaciones de fuerzas al interior del Ejército que finalmente llevaron al establecimiento del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas.

se ve acentuada por su larga duración. Ambos conflictos llevan entonces a integrantes de las Fuerzas Armadas a identificar como el enemigo interno no a las poblaciones reprimidas, sino a los políticos incapaces que los ponen en esa situación. Aquí cabe mencionar que entre 1962 (momento en que surgen las guerrillas) y 1980 (año en que empieza a actuar Sendero Luminoso) la situación de pobreza y desigualdad en el país continúa casi igual[43], presentándose como un factor estructural que lleva al radicalismo político.

Volviendo al gobierno de Velasco, su intervención en un momento de crisis política —producto del escándalo en torno a la página 11 del acuerdo de Belaunde con la International Petroleum Company— dotó de cierta legitimidad al gobierno. Sin embargo, su mayor fuente de reconocimiento fue su proyecto reformista, «concebido como una coherente estrategia nacional de desarrollo contra la pobreza»[44]. Esta estrategia parte de

[43] Es difícil encontrar datos comparables sobre pobreza en estos años. En cualquier caso, podemos tomar como referencia las cifras que Sheahan toma de la CEPAL: 50% de pobreza en 1970 y 46% en 1980 (2001, p. 149). Como podemos observar, no se hicieron grandes avances en la lucha contra la pobreza en este periodo.

[44] Kruijt y Tello, 2003, p. 76.

acabar con «un estado de cosas muy antiguo»[45], rompiendo la columna vertebral de la oligarquía y poniendo fin a la dependencia extranjera, para poder crear una nueva situación, sobre la base de la industrialización y la inclusión social y política. Con estas reformas se ganó el soporte de los sectores más desfavorecidos de la población, que se convirtieron en su principal base de apoyo.

Por tanto, este gobierno parte de la identificación de «la oligarquía como el enemigo del país y el ente que impedía su desarrollo»[46]. Además, crea una «fuerte economía "peruanizada" a través de expropiaciones y nacionalizaciones»[47] de recursos productivos en general. Asimismo, promueve el desarrollo de un gran sector público que implementara la «revolución desde arriba», y la integración social mediante políticas de reconocimiento de la cultura andina. Todo ello implica, en efecto, un giro a la izquierda y una fuerte ruptura con el pasado oligárquico de la política peruana[48].

Es necesario detenernos en el tema de la inclusión, que se plasmó en el desarrollo de una retórica

---

[45] Bourricaud, 1970, p. 49.

[46] Hurtado, 2006, p. 64.

[47] Kruijt y Tello, 2003, p. 76.

[48] Hurtado, 2006, p. 65.

integradora que incorpora lo andino y popular tanto en el discurso nacional como en el de las Fuerzas Armadas. En cuanto al primero, se trata de un intento por identificar elementos de unificación en tradiciones culturales andinas e indias, que se consideraban autóctonas. La referencia al imperio incaico se hace recurrente, y el rebelde Túpac Amaru II se convierte en la imagen oficial del gobierno. De este modo, y tal como suelen hacer los ejércitos políticos, se apela a nociones idiosincrásicas de la historia para convertir a lo andino en la expresión de lo nacional.

En cuanto al segundo, el Ejército se apropia de imágenes del pasado prehispánico e incorpora «en sus narrativas institucionales elementos asociados con lo andino y lo popular»[49]. Con la reivindicación de un pasado incaico glorioso, Hurtado afirma que busca revestirse de tradición y por tanto, de legitimidad histórica[50]. En ambos casos, esta nueva concepción se plasma en distintos discursos iconográficos. En términos nacionales, se observa en la presencia de personajes andinos o mestizos en emblemas, instituciones estatales, billetes y monedas[51]. En términos militares, el

[49] Hurtado, 2006, p. 61.

[50] Hurtado, 2006, p. 64.

[51] Hurtado, 2006, p. 65.

Inca Pachacútec, considerado el constructor del imperio de los Incas, se convierte en la figura emblemática del Ejército, cuyo himno resalta su herencia incaica. Aquí es necesario destacar que en la construcción de esta narrativa tanto nacional como institucional, el periodo colonial es pasado por alto, por lo que «el presente es depositario de un pasado incaico»[52].

Vale la pena detenernos brevemente en el himno del Ejército[53], escrito en 1973. Este presenta a la institución como heredera de los Incas, agente de la independencia, guardiana del honor nacional y garante de justicia social. En palabras de Hurtado, «expresa el sentir de una colectividad militar que tuvo entre sus manos un proyecto revolucionario [...] y que legitimó su presencia en el poder a través de un discurso inclusivo con los sectores populares». De este modo, a través de estrategias discursivas construye y fortalece la

[52] Hurtado, 2006, p. 66.

[53] La letra del himno del Ejército del Perú dice: «El Ejército unido a la historia / Por fecunda y viril tradición, / Se corona con lauros de gloria / Al forjar una libre nación. // Evocando un pasado glorioso / Del incario su antiguo esplendor, / Ayacucho, Junín, Dos de Mayo / Libertad conquistó con valor [...] // Las fronteras altivo defiende / Cual guardián del honor nacional / De su pueblo recibe las armas / Y es bastión de justicia social [...]» (Hurtado, 2006, p. 66).

idea de un «binomio Pueblo-Fuerza Armada»[54]. Como veremos más adelante, el etnocacerismo reivindica esta alianza y comparte muchas de las características enunciadas como propias de un ejército claramente político.

Como resultado de las reformas de Velasco, el Ejército, a diferencia de las otras instituciones armadas, termina convirtiéndose en «una institución más «chola», asociada con lo popular y lo andino»[55]. Esta identidad será posteriormente fortalecida por su proceso interno de «cholificación» —entendido como «la apertura del cuerpo de oficiales hacia los sectores populares del país»[56]—, del cual hablaremos más adelante. Sin embargo, aquí vale la pena destacar que tanto Velasco como varios de los oficiales que formaron parte de la Junta de Gobierno eran de origen humilde y habían ingresado al Ejército como soldados rasos, lo que muestra tanto el carácter más popular de la institución —respecto a la Marina o la Fuerza Aérea—, como su dinamismo.

Finalmente, al término del gobierno militar, «[e]n vez de ser un paso hacia un rol más moderno de las

[54] Hurtado, 2006, p. 67.

[55] Hurtado, 2006, p. 63.

[56] Hurtado, 2006, p. 69.

Fuerzas Armadas, la Constitución de 1979 elevó al rango de norma suprema del Estado la "función tutelar" de las Fuerzas Armadas»[57]. Así se certifica, en términos formales, la capacidad de las Fuerzas Armadas para cuestionar el potencial de los gobiernos civiles para lograr el desarrollo y asegurar la continuidad de la nación. Este tipo de cuestionamientos parten, además, de una formación que «no condena en modo alguno a los futuros oficiales a desinteresarse de cuanto sucede en el país»[58], sino que enfatiza el seguimiento de los problemas sociales, políticos y económicos por parte de las Fuerzas Armadas.

Este tipo de aproximaciones a los problemas nacionales persiste, por ejemplo, en 1984, durante el segundo gobierno de Fernando Belaunde, que sucedió al gobierno militar de Velasco y Morales Bermúdez. En este momento, el general Adrián Huamán, jefe del Comando Político Militar de la Zona de Emergencia, decide adoptar medidas no solo militares, sino también políticas y económicas en la lucha contra Sendero Luminoso. Este grupo terrorista había empezado la «guerra popular» en 1980, año del retorno a la democracia, con el objetivo de destruir el Estado y crear una nueva

[57] CVR, 2003, p. 254.

[58] Bourricaud, 1970, p. 26.

sociedad. Para enfrentarse a la amenaza terrorista, el general Huamán reorienta la inversión pública para favorecer a los campesinos, bajo el supuesto de que la única forma de obtener el apoyo de la población era cambiando sus condiciones de pobreza y exclusión. En ese sentido, entiende el terrorismo como una respuesta a la violencia estructural de un sistema político y económico anacrónico, injusto y excluyente, y afirma que son estas características las que deben ser combatidas[59]. Sin embargo, esta «posición ideológica reformista y desarrollista, seguramente compartida por muchos altos mandos del Ejército»[60] no se corresponde con la estrategia antisubversiva adoptada por el gobierno, por lo que el general Huamán es rápidamente removido de su cargo.

Esto nos lleva a pensar que mientras continúe la incapacidad del sistema político para solucionar las desigualdades y la exclusión en el país, y se sigan generando conflictos que deban ser reprimidos por el Ejército, este seguirá haciendo sus propios análisis y cuestionando la capacidad de los civiles. Asimismo, también nos hace preguntarnos hasta qué punto las Fuerzas Armadas, que como

[59] CVR, 2003, pp. 270-271.

[60] CVR, 2003, p. 270.

hemos visto cuentan con medios, motivos y ocasionalmente oportunidad para gobernar, aceptarán someterse a la autoridad civil. Parece ser que mientras persista una democracia débil e inestable, la amenaza de la intervención militar persistirá.

¿UN EJÉRCITO POLÍTICO EN LA ACTUALIDAD?

Koonings y Kruijt afirman que las posibilidades del establecimiento de un gobierno militar a inicios del siglo XXI no son tan bajas como cabría pensar. Si bien tras el fin de la Guerra Fría el contexto internacional es poco propicio para la irrupción de los militares en el gobierno, la persistencia de su autoidentificación como responsables del destino nacional, y las dificultades de la consolidación democrática, hacen que esta posibilidad permanezca latente. En ese sentido, los autores afirman que «nuevos problemas para la construcción de la nación y la formación del Estado han subido a la palestra a partir de la fragmentación étnica y social»[61]. En ese contexto, «¿No es acaso posible que, si las amenazas reales o imaginadas a la integridad social y política de

[61] Koonings y Kruijt, 2003, p. 27.

la nación son lo suficientemente fuertes, podría ocurrir un retroceso que podría llevar a los militares de vuelta a la política [...]?»[62]. De esta interrogante es importante destacar el hecho de que las amenazas no necesariamente tienen que ser reales para tener efectos reales en la política nacional. En ese sentido, basta con que las Fuerzas Armadas detecten lo que ellos consideran una amenaza para que se sientan motivados a actuar. Ahora bien, esta identificación de las amenazas y la tendencia a intervenir dependen en buena medida de las características y las doctrinas imperantes en los ejércitos actuales.

En el caso peruano, los acontecimientos políticos de los últimos años han ocasionado una ruptura en la trayectoria de las Fuerzas Armadas como actor político institucional. Así, el gobierno de Fujimori (1990-2000) desarrolló una política de cooptación y espionaje que llevó a la «subordinación gradual de las Fuerzas Armadas al régimen neopopulista»[63], renunciando en el proceso a su papel de guardianes de la nación. En términos prácticos, las políticas neoliberales impulsadas por este régimen requerían la sumisión de los militares nacionalistas, frente a

[62] Koonings y Kruijt, 2003, p. 66.

[63] Kruijt y Tello, 2003, p. 71.

la desnacionalización del mercado y la economía. El proceso de desregulación y reducción del Estado incluía entonces, la contracción del papel y los intereses de las Fuerzas Armadas. En este proceso, el rol del asesor presidencial y excapitán del Ejército Vladimiro Montesinos es clave como operador que mediante «[l]a sutil promoción a los rangos de mando de oficiales propensos a la corrupción y faltos de carácter, la tosca remoción de los medios "institucionalistas" de los cuerpos de oficiales, seguida por la odiosa vigilancia de los miembros del SIN, despojó a las Fuerzas Armadas de su conciencia social y de su reputación»[64]. Todo esto culminó en la firma, en marzo de 1999, por parte de oficiales de las Fuerzas Armadas de un acta de sujeción a Montesinos y al régimen fujimorista, lo que trajo como consecuencia no solo la sumisión de las Fuerzas Armadas al poder político, sino también altísimos niveles de corrupción al interior de la institución.

Sin embargo, como se puede suponer a partir de los antecedentes, este proceso no careció de impugnaciones. Lo inesperado, quizás, es que estas provinieran de los rangos medios[65].

[64] Kruijt y Tello, 2003, pp. 107-108.

[65] Una notable excepción fue la insurrección liderada por el general Salinas Sedó, en noviembre de 1992. Este acto no fue

Así, en la década de 1990 surgen al menos dos grupos clandestinos de oposición llamados «León Dormido» y «Comandantes, Mayores y Capitanes». Ellos expresan su descontento filtrando información a la prensa sobre violaciones a los derechos humanos y operaciones secretas del Servicio de Inteligencia Nacional (SIN). Estas prácticas fueron comunes también entre generales y coroneles en retiro[66]. Asimismo, antes de las elecciones del año 2000, un grupo de coroneles del Ejército publicaron «una carta escrita bajo un seudónimo acusando al entorno presidencial de fraude electoral»[67].

Así, vemos que en este momento los etnocaceristas no son más que uno de los varios grupos que se oponen a las políticas y prácticas del gobierno de Fujimori. En este contexto, ni siquiera parecen haber sido el grupo de oposición más relevante al interior del Ejército. Sin embargo, vemos también otro factor fundamental para entender el etnocacerismo: la desactivación política de los altos mandos. Con ella, las Fuerzas Armadas

---

solo una reacción al autogolpe de Fujimori, sino también a la forma en que este manejaba las Fuerzas Armadas, incluso desde sus primeros años de gobierno.

[66] Kruijt y Tello, 2003, p. 13.

[67] Kruijt y Tello, 2003, p. 105.

como institución dejan de ser un ejército político, renunciando a cualquier proyecto político para apoyar a Fujimori. No obstante, las doctrinas y los intereses que habían caracterizado al Ejército peruano desde la década de 1960 continuaron vivos en los rangos medios y bajos, en buena medida, gracias a los contenidos de la formación militar.

De acuerdo con lo anterior, proponemos que, en el Perú, el ejército político fue sucedido, a partir de la década de 1990, por soldados políticos, quienes mantienen su interés en el desarrollo y el acontecer político nacional. Algunos de estos soldados, como Ollanta Humala (en un primer momento) o Antauro y los reservistas que lo apoyan, se dedican al desarrollo de un nuevo proyecto nacional, el etnocacerista. No obstante, desde la caída del fujimorismo las Fuerzas Armadas peruanas han entrado en un proceso de reforma institucional que podría modificar su vinculación con la política. De momento, este proceso parece haberse detenido[68], quedando abiertas las posibilidades tanto de una reconstitución del ejército político[69], como de la abolición del Ejército y los soldados políticos.

---

[68] Toche, 2008, p. 14.

[69] El hecho de que en la maestría en Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica del Perú encontremos un alto

En cualquier caso, este proceso de diferenciación al interior del Ejército, entre las jerarquías y los mandos medios, nos recuerda que las Fuerzas Armadas no necesariamente son un actor unitario, sino que pueden incluir sectores con intereses muy diferentes. Por otro lado, esta diferenciación no se explica únicamente por la política de cooptación desarrollada por Fujimori, sino también por el hecho de que la institución expresara la fragmentación social imperante. Así, desde la década de 1980, como resultado del descenso salarial de los oficiales (producto de la crisis económica) y el peligro del conflicto armado interno, el Ejército dejó de atraer a las clases medias, acentuando su proceso de «cholificación»[70]. De acuerdo con ello, se da un cambio en la base de reclutamiento del Ejército, cuya «oficialidad joven proviene en su mayoría de sectores populares de origen migrante»[71]. Esta segmentación puede explicar el hecho de que los sectores más bajos desarrollen intereses distintos, más enfocados en el desarrollo y la integración

número de integrantes de las Fuerzas Armadas, podría estar indicándonos que estas mantienen el interés en el ámbito de la política. En ese sentido, una reconstitución del Ejército político podría tener lugar en los próximos años.

[70] Hurtado, 2006, p. 69.

[71] Hurtado, 2006, p. 72.

nacional, que los hacen susceptibles de identificar (o aceptar como tales) determinados tipos de amenaza.

Finalmente, debemos terminar recordando el caso de otro soldado político[72]. El general Donayre fue comandante general del Ejército entre 2006 y 2008, año en que pasó al retiro tras provocar un escándalo por sus comentarios antichilenos. Pese a ello, afirma que ingresa a

---

[72] Ha habido una serie de soldados políticos en la historia reciente del país. Si bien no todos ellos formaron proyectos viables, sí comparten su interés por participar en la política nacional, de acuerdo a los valores recibidos en su formación. Así, podemos recordar al general Leonidas Rodríguez Figueroa, quien fue jefe del Sinamos durante el gobierno del general Velasco. En 1976 fue uno de los creadores del Partido Socialista Revolucionario, y en 1980 fue candidato presidencial de la Alianza Unida de Izquierda, obteniendo el 2,8% de los votos (Asociación Civil Transparencia, 2008). Asimismo, tenemos al mayor José Fernández Salvatecci, quien fue separado del Ejército tras liderar una conspiración en contra de Morales Bermúdez en 1976. Además de participar en la Revolución Sandinista de Nicaragua, publicó varios libros sobre la situación política del Perú, en los que reivindica «los ideales nacionalistas velasquistas que asumí en el Ejército» (Fernández Salvatecci, 1991). Por último, vale la pena mencionar al capitán Eloy Villacrez, quien también participó en el intento de golpe contra Morales Bermúdez y en la Revolución Sandinista, y además trabó amistad con Hugo Chávez en Venezuela, y se dice que tiene vínculos con Evo Morales. En el Perú, formó el Frente Patriótico Nacionalista y se dice que fue el contacto entre los Humala y Chávez, llegando incluso a viajar a Caracas con Antauro pare recoger una donación (Caretas, 2006).

la política como respuesta a las demandas de docenas de organizaciones sindicales y gremiales que así se lo solicitaron. De este modo, presenta su partido como una nueva forma de continuar sirviendo a su país y trabajando por su desarrollo. Al mismo tiempo, goza de un fuerte apoyo al interior del Ejército, como se puso en evidencia cuando fue paseado en hombros durante su ceremonia de despedida. Destaca que tiene a su favor haber elevado la capacidad bélica del Ejército, defendido a sus soldados del acoso de las organizaciones de derechos humanos, combatido en zonas de emergencia en cuatro ocasiones, y su cercanía a la población (favorecida por el hecho de ser quechuahablante y de origen ayacuchano). Su partido desarrolla un discurso nacionalista y de reivindicación de los pobres que recuerda tanto al de Velasco, como a ciertos aspectos del etnocacerismo.

RELACIONES CÍVICO-MILITARES

Como hemos visto, las intervenciones militares suelen contar con el apoyo de lo que se conoce como una «coalición golpista». En el caso del etnocacerismo, su principal base de apoyo se encuentra en los licenciados y reservistas del Ejército, así como en los campesinos del interior

del país. De este modo, parece intentar reactivar la alianza de largo plazo que según Cecilia Méndez une al Ejército peruano con el campesinado. Ella sostiene que «El Ejército [...] es la institución estatal que ha estado históricamente más vinculada al campesinado»[73]. No solo eso, sino que «a partir del último tercio del siglo XIX, los gobiernos militares y los regímenes civiles autoritarios en el Perú han tenido mayores iniciativas —y un éxito mayor— que los gobiernos civiles constitucionales en implementar políticas estatales destinadas a favorecer a los sectores campesinos, es decir, incorporarlos a Estado y la ciudadanía»[74]. Esto significa que las intervenciones políticas de los militares gozan de legitimidad y apoyo entre uno de los sectores más amplios y excluidos del país.

Los antecedentes de esta particular relación podemos resumirlos en cuatro momentos. El primero, corresponde a su origen y se encuentra en los ejércitos caudillistas del siglo XIX, que recibieron un apoyo fundamental por parte de guerrillas de campesinos. Es importante destacar que no se trata de soldados reclutados de manera forzosa, sino de campesinos «organizados en torno a sus autoridades locales, que actuaban como

[73] Méndez, 2006, p. 18.

[74] Méndez, 2006, p. 20.

una fuerza auxiliar del Ejército»[75]. El segundo momento se da con la creación de un ejército profesional a finales del siglo XIX y provocó un alejamiento entre los militares y los campesinos. Sin embargo, la relación no se interrumpe, ya que los oficiales entablarán relaciones con los habitantes de las guarniciones donde son destacados, y los campesinos empezarán a pasar por el servicio militar obligatorio y continuarán alimentando las filas de soldados. El tercer momento, que se da con el gobierno del general Velasco, probablemente constituya el principal hito en las relaciones entre militares y campesinos en el siglo XX. Como hemos visto, este gobierno desarrolla una legislación procampesina y una política que busca revalorizar la cultura andina con el fortalecimiento del vínculo entre «el pueblo» —es decir los indígenas, convertidos en campesinos— y las Fuerzas Armadas. El cuarto momento lo encontramos durante el conflicto armado interno, cuando «las Fuerzas Armadas hicieron una alianza estratégica con las organizaciones indígenas de autodefensa, las rondas campesinas, colocándolas como fuerzas auxiliares bajo comando militar»[76]. Aquí, es

[75] Méndez, 2006, p. 25.

[76] Kruijt y Tello, 2003, p. 9.

importante destacar que muchas de las rondas campesinas son el producto de la reactivación y el esfuerzo de las asociaciones de licenciados del Ejército, que «empadronaron abiertamente a los comuneros y organizaron las rondas»[77].

Esto nos lleva al tema de los licenciados y reservistas del Ejército, cuyos vínculos con esta institución y las doctrinas que la inspiran explican la acogida que el discurso etnocacerista ha tenido entre ellos. Los primeros son aquellos que han sido dados de baja tras realizar el servicio militar. Es importante tener en cuenta que a pesar de que el servicio militar fue obligatorio en el Perú hasta 1999, sus integrantes siempre han sido reclutados de los sectores más pobres del país. Así, a través de levas o reclutamientos forzosos, muchos indígenas y jóvenes pobres son resocializados en un discurso de servicio y amor a la patria. En muchos casos, los licenciados aprendieron a hablar y escribir castellano durante este servicio[78].

Algo similar pasa con los reservistas, exsoldados que combatieron en el conflicto armado interno o en la guerra con Ecuador. Ambos grupos establecen

[77] Panfichi y Pineda, 2007, p. 66.

[78] Méndez, 2006, p. 29.

un contacto formal con la institucionalidad del Estado, y pasan por un proceso de socialización en los valores castrenses de amor y servicio a la patria, así como en la cultura institucional del Ejército. Una vez que termina su participación en el Ejército, los vínculos desarrollados, tanto de apego y servicio a las instituciones nacionales, como de camaradería y espíritu de cuerpo[79], se mantienen activos. Precisamente es ello lo que parece buscar la ceremonia de licenciamiento, en la que juran volver a tomar las armas cuando la patria lo requiera, con lo que se afirma la prolongación del vínculo con la institución tutelar de la patria.

Estas experiencias de compañerismo y discurso nacionalista pasan a constituir elementos centrales para los licenciados y reservistas. Ello se expresa en la proliferación de asociaciones de licenciados que buscan preservar los valores e intereses adquiridos durante el servicio militar. Estos vínculos son fortalecidos por el sentimiento compartido de abandono por parte del Estado, no solo hacia ellos como excombatientes, sino también hacia sus comunidades. Precisamente, las asociaciones, además de funcionar como

---

[79] Hurtado, 2006, p. 61.

sociedades de ayuda mutua, buscan alcanzar algún tipo de reconocimiento formal desde el Estado.

Por otro lado, la experiencia alcanzada, ya sea en el servicio militar activo o en la reserva, así como los intereses y capacidades allí desarrollados llevan a que muchas veces se conviertan en dirigentes y autoridades electas (alcaldes, regidores) una vez que regresan a sus comunidades. En ese sentido, el servicio militar estaría funcionando como «una fuente de estatus, autoestima y movilidad social»[80]. Estas posiciones de autoridad los ubican de manera ideal para promover sus ideas o identidades políticas, muchas veces vinculadas a los valores nacionalistas y reivindicativos del Ejército.

Su compromiso duradero con el interés y la seguridad nacional, así como su vínculo con el Ejército, facilitan la conversión de muchos licenciados y reservistas al etnocacerismo. Sin embargo, este paso hacia la política no constituye una novedad. El proceso de socialización militar y posterior licenciamiento ha dado como resultado una larga historia de dirigentes políticos con experiencia militar. Así, encontramos al mayor Teodomiro Gutiérrez

[80] Méndez, 2006, p. 29.

Cuevas, también conocido como Rumi Maqui (líder de una rebelión campesina en Puno, en 1915), al coronel Juan Bustamante (fundador de la Sociedad Amiga de los Indios), al sargento Domingo Huarca (líder campesino en la época de Leguía), además de los numerosos militares que han actuado como presidentes tanto en términos individuales como institucionales.

Como veremos, el etnocacerismo reúne muchos elementos que derivan de la trayectoria de nuestro Ejército, siendo el principal la tradición de soldados políticas. Así, además de la inclinación por intervenir en la política interna, incorpora la autopercepción de responsables del destino de la nación y, por tanto, se consideran más competentes que los civiles para alcanzar sus objetivos de desarrollo. Asimismo, recoge el interés por la lucha contra los enemigos internos y la búsqueda de un proyecto de desarrollo que logre la inclusión social. Por otro lado, asume de la doctrina militar el nacionalismo, antiimperialismo y reformismo que la caracteriza.

Sin embargo, es posible afirmar que su más fuerte influencia en términos militares ha sido el gobierno del general Velasco, que en buena medida concentra muchos de estos elementos. Al igual que él, el discurso etnocacerista construye

una imagen nacional que destaca ciertos elementos históricos e ignora otros para reivindicar lo andino como esencia de la nación y presentarse como heredero del Imperio de los Incas. Asimismo, se enfrenta a la élite dirigente, dispuesto a «romperle el espinazo», y se alía con el pueblo para alcanzar la justicia social. No obstante, a diferencia de Velasco, su identificación de los enemigos y amigos de la nación no se basa en criterios de clase, sino de raza. Su base social no la componen solo los campesinos (o indígenas), sino también los licenciados y reservistas del Ejército que se identifican con un discurso que incorpora muchos elementos castrenses. Por último, no es parte de un movimiento institucional de las Fuerzas Armadas, sino el producto del interés en la política desarrollado por una serie de soldados políticos (Antauro Humala y los reservistas y licenciados que lo apoyan).

2
LA CONSTRUCCIÓN POLÍTICA DEL ETNOCACERISMO

En este capítulo revisaremos la trayectoria del etnocacerismo, que muestra cómo la construcción de este proyecto político es el resultado de un esfuerzo consciente que articula elementos de la formación del líder y respuestas flexibles al contexto. De esta manera, vemos cómo, a través de un proceso activo, aquello que en un primer momento era un interés general por participar en la política, se va plasmando y reorientando para producir un proyecto más claramente definido. Vale la pena destacar que esta construcción tiene una doble dimensión. Por una parte, se construye el proyecto, con su propuesta política, y por otra, una narrativa que utiliza a la historia para presentar al etnocacerismo y su líder como

predestinados a alcanzar el poder. Con ello, el proyecto adquiere una propuesta y un sentido de destino que pretenden diferenciarlo del resto de alternativas políticas y fortalecer su capacidad de apelación.

En cuanto a la influencia del entorno, debemos puntualizar que el etnocacerismo incluye en su proceso de articulación respuestas a los diferentes contextos políticos, institucionales y nacionales por los que discurre. En ese sentido, podemos esbozar que, en un primer momento, a finales de la década de 1980, surge en oposición a la estrategia contrasubversiva implementada durante el conflicto armado interno y que obliga a los militares a luchar contra su propio pueblo. Posteriormente, con el ascenso de Fujimori en 1990, el control de Montesinos sobre la cúpula de las Fuerzas Armadas y sus vinculaciones al narcotráfico, el etnocacerismo pasa a oponerse además a la corrupción moral y a la sumisión de las Fuerzas Armadas al régimen fujimorista. Más tarde, en 1995, muchos etnocaceristas participarán en la Guerra con Ecuador, y según Antauro Humala ella los llevará a la conclusión de que se trata de una «Guerra absurda en que tropas etnoculturalmente hermanas se enfrentarían por causales de índole criolla y

para beneficio de cúpulas gobernantes echadas a los intereses extranjeros»[81]. Así empezaría a formarse la idea de una distinción racial entre las élites y las poblaciones por ellas sometidas como un factor fundamental. Finalmente, a partir del año 2005, Antauro se distancia de su hermano Ollanta y los proyectos políticos de cada uno empiezan a perfilarse con mayor claridad. En el caso de Antauro y el etnocacerismo destacan sus características populistas radicales. A lo largo de todo este proceso se agregan elementos de distinta naturaleza (militar, política, social) que complejizan las demandas que dan sentido al proyecto etnocacerista. En última instancia, el factor étnico se convertirá en su elemento distintivo. Sin embargo, para llegar a este punto de definición aún le faltan varios años y un par de levantamientos.

ANTECEDENTES

De acuerdo con Antauro Humala, «El etnocacerismo germinó en el seno de un hogar de estirpe incaica, en las enseñanzas y tradiciones impartidas desde nuestra infancia [...] por don Isaac Humala,

[81] Humala, 2005a, p. 12.

nuestro padre»[82]. De esta manera, podemos ver cómo intenta introducir la idea de la predestinación, de que desde su infancia fue formado para convertirse en un gran líder. Este tipo de afirmaciones son características de su discurso y forman parte de su intento por construirse a sí mismo como líder. En ese sentido, afirma también: «Desde que puse por vez primera el pie en el cuartel, ya sabía para lo que había ingresado»[83].

Sin embargo, el análisis propuesto por este ensayo busca rastrear los hitos del etnocacerismo intentando dilucidar, más allá del discurso de

---

[82] Humala, 2005a, p. 12. Lo cierto es que Isaac Humala funda en 1997, junto con varios miembros de su familia (entre los que no se encuentran Ollanta y Antauro, probablemente porque su labor en el Ejército no se los permitía), el Instituto de Estudios Etnogeopolíticos. Sus estatutos aluden a la necesidad de alcanzar el desarrollo sobre la base de la ciencia y tecnología modernas, así como mediante la recuperación de la «gran cultura incásica» creada por la etnia cobriza, para «retomar la identidad etnonacional» (Movimiento Nacionalista Peruano, 1997). De este modo, incluye algunos elementos que el etnocacerismo hará suyos (la fascinación por el Tawantinsuyo, la idea de la etnia cobriza y la necesidad de recuperar la identidad). Es probable que la creación de este instituto haya formado parte de una estrategia de construcción de un proyecto político familiar. Sin embargo, el hecho es que, si bien Antauro incorpora en su propio proyecto algunos elementos, también se aleja de otros, independizándose del proyecto familiar.

[83] Humala, 2005a, p. 12.

Antauro[84], los motivos que explican su desarrollo. En ese sentido, implica un esfuerzo por distinguir los hechos, de la narrativa que posteriormente se construye con ellos.

El etnocacerismo surge en el contexto del conflicto armado interno. Como sabemos, durante este conflicto, y especialmente desde 1988, el gobierno peruano aplicó una doctrina contrasubversiva basada en el concepto norteamericano de conflicto de baja intensidad. Esta estrategia no incluía elementos de desarrollo socioeconómico o inversión pública, sino que era estrictamente militar. En ese sentido, se concentraba en la aplicación de «altos niveles de violencia en dosis concentradas durante operaciones selectivas especiales»[85]. Este tipo de estrategia llevó en el Perú a que se incurriera en abusos, violaciones y asesinatos, particularmente entre las poblaciones rurales andinas. Los encargados de ejecutar esta estrategia, y los culpables de parte de las violaciones de los derechos humanos, fueron las Fuerzas Armadas y policiales peruanas. Frente a esta situación, en la que la doctrina militar «tendía

---

[84] A lo largo del ensayo nos referiremos al líder etnocacerista por nombre y no por apellido, para evitar confusiones con otros miembros de su familia.

[85] CVR, 2003, p. 309.

aquí a considerar a la población de estirpe andina como enemiga potencial»[86], surge entre las filas del Ejército la «Logia Etnocacerista».

Aquí vale la pena recordar cómo varias de las características del Ejército peruano vistas en el capítulo anterior ayudan a explicar el desarrollo de un movimiento de oposición a esta estrategia contrasubversiva. Por una parte, hemos visto que el gobierno del general Velasco desarrolla un discurso inclusivo hacia los sectores y la cultura andina, y que este proceso se fortalece por la paulatina cholificación de la oficialidad. Sin embargo, estos esfuerzos integradores, que presentaban lo andino como la esencia de la nación contrastan claramente con una estrategia que identifica a los pobladores andinos como enemigos potenciales. Además, el hecho de que la estrategia viniera de los Estados Unidos chocaba con los sentimientos nacionalistas de las Fuerzas Armadas, especialmente, cuando iba en un sentido claramente opuesto a las doctrinas militares nacionales, que enfatizaban el desarrollo y no solo los aspectos militares.

La Logia Etnocacerista fue fundada en marzo de 1989 «por un grupo de tenientes jefes de patrulla

[86] Humala, 2005a, p. 12.

que visualizábamos emancipar al Ejército peruano de una pentagonización que lo divorciaba de su pueblo»[87]. Se trata entonces de un movimiento de oposición a la estrategia subversiva liderado por los hermanos Ollanta y Antauro Humala, que buscaba replantear «étnicamente la función militar acorde con el interés del país profundo y por consiguiente reivindicando también el legado nacionalista de Velasco»[88]. Como adelantamos, es probable que la cercanía social y cultural entre las tropas de infantería y aquellos designados como sus enemigos habría facilitado la identificación con estos. Por otro lado, la experiencia de combate llevaría al desarrollo de fuertes lazos de cercanía y empatía entre la tropa y sus comandantes, produciendo una interpretación compartida de su situación que se plasmaría en la formación de la logia. En ese sentido, Antauro afirma que sus integrantes se proponen reencauzar al Ejército «como ariete de la transformación revolucionaria del país, para la cual se urgía reactualizar el legado velasquista y a la vez desarrollar el planteamiento étnico anteponiéndolo al clasista»[89]. Surgiría, así, la reivindicación de la cultura y la identidad

[87] Humala, 2005a, p. 12.

[88] Humala, 2006a, p. 113.

[89] Humala, 2005a, p. 12.

andina como componente del etnocacerismo. Sin embargo, en realidad no parece que a estas alturas las preocupaciones de la logia vayan más allá de oponerse a la estrategia contrasubversiva importada de los Estados Unidos. En ese sentido, el nombre de etnocacerista desde este momento temprano implica una reivindicación del valor y la capacidad de las tropas (de origen étnico andino) para desarrollar una estrategia militar propia, mas no una reivindicación global de la potencialidad de una etnia cobriza.

Antauro Humala narra que en marzo de 1990 los integrantes de esta logia fueron descubiertos, arrestados en el Servicio de Inteligencia del Ejército e investigados. Sin embargo, sostiene que al cabo de dos meses fueron liberados, «convencidos de que el etnocacerismo no debía ser considerado "negativo" [...]. Fue con el ascenso fujimorista y la vladimirización del aparato de inteligencia, que el etnocacerismo es (re)considerado como nocivo y riesgoso para las FF.AA. Fuimos entonces despojados del mando de tropa, unos; expulsados, otros; pero en conjunto vistos como oficiales "casi subversivos y poco fiables"». En esas condiciones habrían tenido que pasar la década de 1990, manteniendo un perfil bajo para evitar ser detectados. Como resultado,

muy pocos de la «primera camada etnocacerista» sobreviven —ya sea porque son expulsados, o porque fallecen en el conflicto armado—[90]. Este proceso de purga narrado por Antauro coincide con sus propuestas biologicistas —que veremos en el próximo capítulo— de selección natural y supervivencia de los más fuertes. En este caso, los más fuertes serían, al menos hasta el año 2005, él y su hermano.

De acuerdo con esta versión, en 1995 muchos etnocaceristas son enviados al norte del país a combatir en el conflicto con el Ecuador. Como adelantamos, Antauro sostiene que es este conflicto el que lleva a reconocer la necesidad de fundar una Internacional Incaica que reúna a todas «las poblaciones oriundas de las actuales territoriedades denominadas "Perú", "Ecuador" y "Bolivia", que en verdad conforman un solo y único pueblo». Esta idea nacería del cuestionamiento de una guerra en la que tropas de la misma etnicidad se enfrentan a favor de las élites gobernantes de sus respectivos países. En ese contexto, surge la idea de liderar «una rebelión militar en contra de la Tiranía»[91]. Sin embargo, vale la pena destacar que cuando esta rebelión tenga lugar, se limitará

[90] Humala, 2005a, p. 12.

[91] Humala, 2005a, p. 12.

a exigir la renuncia del presidente Fujimori, sin aludir a elementos étnicos o revolucionarios más allá de ello. Por tanto, es probable que el elemento étnico y la idea de reunir a las poblaciones cobrizas haya surgido después, siendo la historia de la guerra con el Ecuador una forma de justificarlo.

SEGUNDO HITO: ANDAHUAYLAZO (ENERO DE 2005)

El segundo levantamiento tuvo lugar el primero de enero de 2005 en Andahuaylas (Apurímac). Nuevamente, el contexto político es uno de cuestionamiento al gobierno del presidente Toledo. A lo largo de 2004 se habían sucedido distintas denuncias de corrupción que involucraban al presidente, tanto por la falsificación de firmas para la inscripción de su partido, como por haber presuntamente recibido sobornos de una empresa colombiana. Ello se expresó en sus niveles de aprobación, que, de acuerdo con la consultora Datum, llegaron a su punto más bajo, con 7% a escala nacional, en junio de ese año[92]. En ese contexto, algunos sectores políticos incluso empezaron a discutir la posibilidad de pedir la vacancia presidencial. De hecho, la misma

[92] Terra, 2004.

encuesta de junio de 2004 indicaba que el 34% de los encuestados creía que se debían adelantar las elecciones, y el 11% consideraba posible que las Fuerzas Armadas dieran un golpe de Estado[93].

Esta vez el levantamiento estuvo liderado por Antauro Humala y secundado por 160 etnocaceristas. Estos, llegados de distintas zonas del país, se reunieron en Ayacucho, y pasaron dos días escondidos en las colinas de Huancarama[94]. El día del levantamiento, a las 3 de la mañana, descendieron y tomaron por asalto la comisaría de Andahuaylas, sorprendiendo a los pocos efectivos de servicio, muchos de los cuales habían bebido celebrando el año nuevo. El asalto dejó siete heridos (cinco policías y dos etnocaceristas) y nueve rehenes. Seguidamente, los etnocaceristas, armados y vestidos con uniformes militares y policiales, pasaron a tomar control del área aledaña a la comisaría, capturando a patrulleros y policías en las calles[95].

Entre tanto, Ollanta Humala, se pronunció en apoyo a su hermano desde Corea del Norte, donde había estado destacado como agregado

---

[93] Terra, 2004.

[94] El Comercio, 2005c.

[95] El Comercio, 2005c.

militar. Por su parte, Antauro sostuvo que su levantamiento era «una respuesta a la mala política económica del gobierno y a la medida de pase a retiro de muchos oficiales de la Fuerza Armada»[96]. Entre ellos se encontraba su hermano Ollanta, pasado al retiro tan solo dos días antes, el 29 de diciembre de 2004. El hecho de que Ollanta ya no estuviera en el servicio activo implicaba que nuevamente podía actuar en política, lo que podría explicar el levantamiento como una forma de recuperar la notoriedad adquirida con el de Locumba. En ese sentido, pese a estar en Corea del Norte, Ollanta se hace presente a través de pronunciamientos en los medios. Así, en un comunicado difundido el mismo día del levantamiento demanda «la inmediata renuncia del presidente Toledo, la sucesión constitucional de este y su sometimiento a juicio de residencia», asimismo, hace un «llamamiento a los reservistas en el ámbito nacional, en condiciones de actuar organizadamente en defensa de la población y por la recuperación de nuestras instituciones»[97]. Termina su llamado a la población afirmando que «la insurgencia popular en este caso es un

---

[96] El Comercio, 2005c.

[97] La República, 2005b.

deber y así lo demando»[98]. Antauro, por su lado, sostuvo que «no dejará su medida de fuerza si es que el presidente Toledo no deje el poder»[99]. Curiosamente, también dijo estar dispuesto a dialogar con el gobierno, pese a que nadie se había comunicado con él.

El mismo día del levantamiento (1° de enero) se sumaron a él aproximadamente 100 jóvenes andahuaylinos, en respuesta a los llamados efectuados con megáfonos por los etnocaceristas[100]. Asimismo, llegaron más de trescientos efectivos policiales desde otras regiones, y se declaró el estado de emergencia en todo el departamento por treinta días[101]. Por la noche se cortó el suministro de electricidad y se escucharon ráfagas de disparos. Sin embargo, no fue hasta la madrugada del día siguiente que cuatro policías murieron en un tiroteo al sur de la ciudad[102].

En ese momento, la situación empieza a cambiar. Ollanta se pronuncia nuevamente desde Corea, sosteniendo que no estaba de acuerdo con la muerte de los policías y que su hermano depondría

[98] El Comercio, 2005c.

[99] El Comercio, 2005c.

[100] El Comercio, 2005c.

[101] El Comercio, 2005b.

[102] El Comercio, 2005e.

las armas si el gobierno aseguraba no usar la violencia[103]. Asimismo, también sostiene que no está muy al tanto de lo que pasa en el Perú y que él no estaba enterado de los planes insurgentes de su hermano, por lo que ha sido una mera casualidad que coincidan con su pronunciamiento público[104]. Con estas curiosas declaraciones, Ollanta empieza a desmarcarse o tomar distancia de las acciones de su hermano.

Ese mismo día, 2 de enero, llegaron a Andahuaylas el director de la Policía Nacional, general PNP Félix Murazzo, el sacerdote Domingo Paliza y el representante de la Defensoría del Pueblo, Artemio Solano. Los dos últimos dialogaron con Antauro, quien se comprometió a dejar las armas a cambio de una serie de demandas que incluían garantías de que no se dispararía a sus seguidores, que se permitiera a la población acompañarlos, que no se cortara la luz y que se restableciera el teléfono[105].

A partir de estas conversaciones se pensó que, al día siguiente, 3 de enero, Antauro Humala y sus seguidores depondrían las armas y

[103] El Comercio, 2005e.

[104] La República, 2005b.

[105] El Comercio, 2005e.

liberarían a los rehenes. Sin embargo, cuando llegó el momento acordado Antauro desistió, arguyendo que el gobierno no cumplió con lo negociado al continuar desplazando policías[106]. Posteriormente, al anunciar que esperaría a una comisión de alto nivel para negociar la entrega de la comisaría, uno de sus seguidores gritó: «Nosotros no vamos a declinar»[107]. Este episodio mostró una de las características centrales de este levantamiento: la presencia de un nuevo actor colectivo, los etnocaceristas. Mientras que en el primer levantamiento Ollanta era el superior jerárquico y tuvo la iniciativa, en los más de cuatro años transcurridos ha surgido un grupo de etnocaceristas militantes que exige la puesta en acción de las proclamas difundidas durante todo ese tiempo desde el *Ollanta*. Así, aparece un nuevo actor con el que los líderes (en este caso Antauro) tendrán que negociar y cuyas demandas e intereses influirán en los acontecimientos.

Según los diarios de estos días, tras este exabrupto Humala se reúne con sus seguidores en la comandancia. Seguidamente, parte hacia la Plaza de Armas, donde encuentra al padre Paliza, quien lo acompaña hasta la Iglesia. Allí intercambia

[106] El Comercio, 2005f.

[107] El Comercio, 2005f.

algunas palabras con el general PNP Murazzo hasta que repentinamente es cargado en hombros por sus seguidores y trasladado a la comisaría[108]. De acuerdo con el padre Paliza, fue llevado como un títere[109].

De vuelta en la comisaría, los etnocaceristas apostados en los techos empiezan a caer víctimas de los disparos de francotiradores de la policía. Un etnocacerista muere y otros dos son heridos. El gobierno pretende recuperar la comisaría por la fuerza. Los rebeldes suben al cerro Huayhuaca y regresan con dos policías golpeados[110]. El defensor del Pueblo, Walter Albán, se comunica con Antauro y logra restablecer el diálogo, con lo que se puso fin a la operación policial[111]. Desde Corea del Norte, Ollanta afirma «que la situación tiene que solucionarse y que ratifica su confianza en el defensor del pueblo»[112].

Esa noche, Antauro Humala acude a la Municipalidad para negociar con las autoridades la entrega de las armas. Las condiciones planteadas por Antauro no son aceptadas y acto seguido este,

---

[108] El Comercio, 2005f.

[109] El Comercio, 2005g.

[110] El Comercio, 2005f.

[111] El Comercio, 2005g.

[112] El Comercio, 2005g.

y los seis hombres que lo acompañaban, fueron detenidos[113]. Posteriormente algunas fuentes afirmarán que Antauro ya había decidido entregar las armas, pero algunos de sus seguidores se oponían. En esta situación, habría buscado una forma que no pasara por la rendición, que lo haría quedar como un cobarde frente a sus seguidores. En ese contexto habría surgido la idea de la detención, que lograba el cometido del gobierno y protegía la imagen de Antauro. Sin embargo, el gobierno ha negado esta versión[114]. En cualquier caso, los etnocaceristas que estaban en la comisaría mantuvieron su actitud y se negaron a entregar tanto sus armas como a los diecinueve rehenes en su custodia[115].

Así, llegamos al cuarto y último día del levantamiento. En horas de la mañana se reanuda el diálogo entre las fuerzas del orden y los rebeldes en la comisaría. Posteriormente, tras exigir garantías para sus vidas, los 98 etnocaceristas en la comisaría se rinden, son detenidos y los rehenes son liberados[116]. En los siguientes días al menos veinte etnocaceristas más son detenidos en

[113] El Comercio, 2005g.

[114] El Comercio, 2005h.

[115] El Comercio, 2005g.

[116] El Comercio, 2005i.

diversos lugares mientras intentan huir. Algunos de ellos eran soldados en actividad[117].

Vale la pena mencionar que durante el levantamiento se hicieron demostraciones de apoyo a los etnocaceristas en diversas ciudades del país. Así, en Arequipa alrededor de doscientas personas se manifestaron en la Plaza de Armas a favor del levantamiento etnocacerista. La marcha tuvo que ser disuelta por la policía y siete personas fueron detenidas[118]. En Tacna, alrededor de trescientas personas protagonizaron una marcha de apoyo a Antauro Humala y decidieron formar un batallón para ir a apoyar a los rebeldes en Andahuaylas. Por último, tanto en Ilave como en Huancayo hubo pequeñas marchas con apenas algunas decenas de integrantes[119].

El 4 de enero Antauro Humala es trasladado a Lima, y llevado primero a la Dirección contra el terrorismo, y luego a la Dirección contra el crimen, donde queda detenido[120]. En total, el levantamiento dejó seis muertos: cuatro policías y dos etnocaceristas. Durante su interrogatorio,

---

[117] El Comercio, 2005i.

[118] El Comercio, 2005j.

[119] El Comercio, 2005k.

[120] El Comercio, 2005l.

Humala negó cualquier responsabilidad sobre las muertes, asegurando que él solo se encargaba de la parte política del levantamiento. Por su parte, su lugarteniente, supuestamente encargado de la parte militar, responsabilizó a Humala de ordenar que se repeliera a la policía[121].

Antauro Humala y 171 etnocaceristas fueron encarcelados, acusados de rebelión, tenencia ilícita de armas de fuego, secuestro, homicidio calificado y asociación ilícita, entre otros[122].

Por su parte, Ollanta Humala, a quien la Fiscalía acusó de ser el autor intelectual del Andahuaylazo, logró no ser procesado mediante un hábeas corpus, ya que sus derechos fueron vulnerados durante la instrucción. En declaraciones a los medios, Ollanta negó haber sido el instigador del levantamiento y afirmó que este había sido un error[123]. En enero de este año, la Segunda Sala Penal para Reos Libres decidió archivar la denuncia contra Ollanta Humala, afirmando que no se había podido probar su participación como

[121] El Comercio, 2005m.

[122] El Comercio, 2005l.

[123] El Comercio, 2008.

instigador del Andahuaylazo, toda vez que se encontraba en Seúl[124].

En este análisis de ambos levantamientos llama la atención el hecho de que cada uno de ellos haya ocurrido en coyunturas de crisis, cercanas al término de los periodos presidenciales. Esta coincidencia lleva a pensar que la elección del momento no fue arbitraria, sino que respondió a consideraciones electorales. El hecho de levantarse en el momento en el que lo hicieron podría estar motivado por sus deseos de participar en los próximos procesos electorales. De hecho, como hemos visto, Ollanta amenaza con participar en las elecciones de 2001 (incluso se crea, rápidamente, el Movimiento Nacionalista Peruano), y tanto Ollanta como Antauro participan en las elecciones de 2006. Esto implicaría que el etnocacerismo es en efecto un proyecto político electoral, que busca reunir apoyo con un discurso y accionar antisistema. Esta idea será desarrollada en los próximos capítulos.

Por otro lado, de la revisión de la trayectoria etnocacerista podemos concluir que cada levantamiento ha marcado un punto de inflexión en el proyecto. El primero sirvió para lanzar la propuesta y el

[124] El Comercio, 2009a.

liderazgo de Ollanta. El segundo, para separar a los hermanos y diferenciar el proyecto político partidario de Ollanta[125] y el proyecto más radical de Antauro. Incluso, podríamos decir que el primer levantamiento fue el germen de dos proyectos políticos nacionalistas, y el segundo simplemente hizo evidente esta divergencia lanzando tanto a Antauro como a su proyecto, el etnocacerismo. En ese sentido, este afirma que «Con el Andahuaylazo el etnocacerismo ingresa épicamente a las ligas mayores de la política peruana, con un discurso y praxis de nuevo tipo, que causa esperanza y sensación en nuestro pueblo»[126].

PRIMER HITO: LOCUMBA (OCTUBRE-DICIEMBRE DE 2000)

En cualquier caso, Antauro sostiene que el primer levantamiento etnocacerista estuvo previsto para 1998, como reacción a la «fabulosa corrupción de los altos mandos civiles y militares» que se evidenció durante la Guerra con Ecuador y, específicamente, para oponerse a la «oprobiosa»

[125] Para un agudo análisis del proyecto nacionalista, véase Coronel, 2009.

[126] Humala, 2005a, p. 14.

paz[127]. Llama la atención esta oposición a la paz cuando líneas más arribas consideraban absurda la guerra entre hermanos. Como veremos, la presencia de contradicciones e incoherencias es recurrente en la narrativa etnocacerista. Como fuera —siempre de acuerdo a la versión de Antauro—, en 1998, cuando se preparaba el levantamiento, el mayor Antauro Humala es pasado al retiro, por lo que los planes insurgentes son pospuestos.

El levantamiento finalmente ocurre en octubre de 2000, cuando Ollanta Humala explota la ocasión táctica que supone tener mando de tropa en la 6ta División Ligera del Fuerte Arica en Tacna[128]. Más allá de la oportunidad táctica, hay que destacar que este momento representa también una oportunidad política, al tratarse de un contexto de debilidad y elevado desprestigio del régimen fujimorista. Esto lleva a pensar que el levantamiento no tenía por objetivo último la dimisión de Fujimori, sino ganar notoriedad y apoyo político, quizás con la intención de situarse como una alternativa para las próximas elecciones. Más adelante veremos algunos otros indicios que apuntan en esta dirección.

---

[127] Humala, 2005a, p. 12.

[128] Humala, 2005a, p. 12.

Por ahora debemos recordar que el domingo 29 de octubre de 2000 el teniente coronel EP Ollanta Humala, al mando de 50[129] de sus hombres (un suboficial y 49 efectivos de tropa) y 3 civiles (entre los que se encontraba su hermano Antauro) se amotinó, abandonó su cuartel y tomó las instalaciones de la mina de cobre de Toquepala, explotada por la Southern Peru Copper Corporation. Tras permanecer más de nueve horas en Toquepala, suspender los trabajos en la mina, y abastecerse de alimentos, medicinas y combustible, se dirigió a las serranías de Tacna llevando consigo cinco rehenes (el jefe del Fuerte Arica, general Carlos Bardales Angulo, y cuatro empleados de la Southern) y tres vehículos de la mina[130].

El hecho de que el levantamiento se inicie con la toma de esta mina es presentado, posteriormente, como una emulación al presidente Velasco, quien capturó y nacionalizó las instalaciones de la International Petroleum Company a pocos días de iniciado su gobierno. De este modo, el

[129] Estas son las cifras contenidas en el comunicado emitido por el Comando del Ejército el 29 de octubre del 2000. Sin embargo, las cifras son controvertidas. *El Comercio* mencionará, en los próximos días a 60 y 68 amotinados según la ocasión.

[130] El Comercio, 2000.

levantamiento comienza con una referencia simbólica a uno de los principales paradigmas del etnocacerismo, cuyas políticas nacionalistas y antiimperialistas ellos reivindican.

En un manifiesto hecho público, Ollanta afirmó que consideraba ilegítimo al presidente Fujimori y a las autoridades militares, cuya «cúpula montesinista y generales enriquecidos con el tráfico de drogas, contrabando de armas y otros negocios comprometen muy gravemente la salud del Ejército y del pueblo peruano». En ese sentido, sostuvo: «solo depondré las armas cuando se legitime la cadena de mando y haya un presidente verdaderamente elegido por el pueblo, a quien jurar subordinación y valor». Dijo además que estaba constituyendo la primera unidad del Nuevo Ejército Peruano, y que emprendería una marcha de remembranza etnocacerista[131] por todo el territorio peruano[132]. De este modo, reconocía levantarse en nombre de los etnocaceristas, y esperar la obtención de un amplio respaldo

[131] Con ello alude al general Andrés A. Cáceres, héroe militar que lideró guerrillas campesinas durante la Guerra del Pacífico. Sus batallones conformaron la última resistencia a los invasores chilenos, «marchando» de un lugar a otro de la sierra central. En el próximo capítulo profundizaremos en la relación del etnocacerismo con este general.

[132] Basombrío y Rospigliosi, 2006, p. 294.

(que le permitiría constituir un Nuevo Ejército). De hecho, sostuvo que «la oficialidad joven tiene en su gran mayoría la misma opinión, pero está esperando que alguien dé el primer paso para después seguirlo»[133].

Vale la pena recordar el contexto político en el que se produce el levantamiento. Un mes y medio antes, el 15 de setiembre, se había hecho público el primer vladivideo, que mostraba a Montesinos comprando el apoyo del congresista Alberto Kouri. Al día siguiente, Fujimori anunció que se retiraría del gobierno el 28 de julio del siguiente año, y recibió el apoyo de las Fuerzas Armadas y la policía. En los días siguientes Montesinos viajó a Panamá, presentó su renuncia (aceptada mediante una resolución que elogia su labor) y regresó al Perú, motivando que Fujimori emprendiera una aparatosa búsqueda de su exasesor. En estas circunstancias de debilitamiento del régimen, el levantamiento fue recibido por la opinión pública con una mezcla de condena y simpatía[134]. Por una parte, condena por violar las normas de su institución y crear lo que se consideraba una inestabilidad innecesaria en un contexto en el que el régimen ya tenía fecha

---

[133] El Comercio, 2000a.

[134] El Comercio, 2000f.

de expiración. Pero también simpatía porque se reconocía legitimidad a sus reclamos en cuanto a la corrupción del gobierno y la politización de las Fuerzas Armadas. Asimismo, se consideró que expresaba un sentimiento más o menos difundido de descontento entre los oficiales del Ejército. En ese sentido Eduardo Toche comenta que «posiblemente habría tenido la seguridad de que iba a ser seguido tal vez por otras guarniciones»[135].

Sin embargo, este apoyo no se llegó a concretar. Al día siguiente de su levantamiento, «la situación pasó inadvertida en las sedes castrenses del interior del país»[136]. Esto lleva a cuestionar la representatividad que se le atribuye a Ollanta respecto al descontento al interior del Ejército. Por el contrario, parece que este descontento es minoritario, o en todo caso, que Fujimori sigue controlando las cúpulas a las que disciplinadamente se someten los oficiales de menor graduación y sus tropas. Elementos importantes a tomar en cuenta son entonces el carácter jerárquico de las instituciones castrenses y la cultura de la obediencia que en ellas prima, obstaculizando la posibilidad de apoyar este tipo de

[135] El Comercio, 2000b.

[136] El Comercio, 2000c.

levantamientos[137]. En cualquier caso, destaca el voluntarismo del levantamiento al intentar construir una iniciativa político militar sin el apoyo necesario.

En lugar de movilizaciones de apoyo lo que hubo fue el despliegue de más de 500 hombres para desarrollar la «Operación Cerco»[138]. Como su nombre indica, se pretendía cercar y capturar a Ollanta Humala y sus seguidores, quienes en los siguientes días serán vistos en distintos poblados de la serranía de Tacna.

Al día siguiente del levantamiento, los amotinados liberaron a los cuatro civiles retenidos, junto con los vehículos de la mina. Según el general de división EP Abraham Cano, jefe de la Tercera Región Militar con sede en Arequipa, «Humala estuvo acompañado por 60 efectivos, de los cuales dos se rindieron el domingo, 12 el lunes y 40 el martes»[139]. Algunos de ellos afirmaron que se limitaron a seguir las órdenes de su comandante

---

[137] En el próximo capítulo veremos cómo Antauro Humala intenta sobreponerse a este obstáculo convenciendo a los oficiales de que la rebelión es una obligación que deriva de su compromiso con la patria.

[138] El Comercio, 2000d.

[139] El Comercio, 2000g.

y que cuando tomaron conciencia de la verdadera situación se alejaron.

En una entrevista concedida el martes 31 de octubre, dos días después del levantamiento, el teniente coronel Humala sostuvo que estaba esperando el apoyo ofrecido con anterioridad por varios comandantes de unidad. Asimismo, afirmó que estaba a la expectativa de que se comuniquen con él para buscar un entendimiento, y sostuvo que estaba dispuesto a dialogar con la máxima autoridad civil o militar, o con la Defensoría del Pueblo[140]. Esta voluntad de diálogo llama la atención por su contraste con la decisión inicial de no deponer las armas hasta que haya un presidente legítimo. Incluso, Ollanta afirmó primero que estaría dispuesto a negociar solo «con la máxima autoridad [...] en el caso del Ejército, con el comandante general del Ejército o con el señor Fujimori»[141]. Sin embargo, al preguntársele qué pasaría si ninguno de ellos estuviera dispuesto a hablar con él, añadió que podría dialogar con «la Defensoría del Pueblo o algún interlocutor válido»[142]. Esta disposición al diálogo hace pensar que Ollanta estaba esperando

[140] El Comercio, 2000e.

[141] El Comercio, 2000e.

[142] El Comercio, 2000e.

la oportunidad de negociar una salida de la situación, es decir, una deposición de las armas que le permitiera salir del levantamiento con un capital político. Ello explicaría que pasara de una agenda maximalista que reclama a un presidente legítimo, a una minimalista, que se dispone a negociar con la Defensoría.

Esta idea es reforzada por el apoyo y la movilización concitados por el levantamiento que no parecen responder a una iniciativa espontánea, sino a cierto nivel de organización previo. Así, no solo se produjeron mítines y marchas en Tacna y Moquegua apoyando a Ollanta Humala, sino que tres días después del levantamiento llegaron a Moquegua alrededor de 100 reservistas del Ejército procedentes de Tacna, que buscaban sumarse a las filas del militar levantado[143]. Asimismo, en los siguientes días llegaron, de acuerdo con El Comercio, alrededor de 230 reservistas más, procedentes de Lima, Huaral y Tacna[144]. Encontramos entonces no solo que existen sectores que se identifican con el levantamiento de Humala y se sienten apelados por sus demandas, sino la existencia de algún nivel de organización —quizás a través de

[143] El Comercio, 2000h.

[144] El Comercio, 2000i.

la activación de redes de licenciados, que como vimos anteriormente, cuentan con asociaciones por todo el país—, que hace pensar que el levantamiento formaba parte de un proyecto político más amplio, quizás con miras a las elecciones de 2001.

Vale la pena destacar que los sectores que apoyaron el levantamiento fueron los reservistas del Ejército. De acuerdo con la versión de Antauro Humala, recibieron el apoyo de una «"división" de 2500 reservistas que posteriormente serían la base de nuestra militancia»[145]. En efecto, ellos constituirán la principal base de apoyo del etnocacerismo y a ellos se dirigirá, en los próximos años, el periódico *Ollanta*.

Sin embargo, para el jueves 2 de noviembre, cuarto día del levantamiento, se rumoreaba que Ollanta Humala estaba acompañado por solo tres personas, entre los que no se encontraba su hermano Antauro, quien junto con un suboficial había tomado otro rumbo[146]. Ese mismo día llegó a Moquegua Jorge Santistevan de Noriega, defensor del Pueblo, en un intento fallido por

[145] Humala, 2005a, p. 12.

[146] El Comercio, 2000j.

entablar diálogo con los rebeldes[147]. Al día siguiente, el Consejo Supremo de Justicia Militar abrió instrucción contra Ollanta Humala por indisciplina militar y lo pasó al retiro. Versiones no confirmadas afirmaron que Ollanta se encontraba en la ciudad de Moquegua[148]. La mayoría de los soldados movilizados para buscar a los rebeldes regresaron a sus cuarteles y se confirmó la suspensión de las operaciones disuasivas[149]. Durante el siguiente mes, Ollanta Humala y su hermano Antauro se mantuvieron en la clandestinidad, ofreciendo entrevistas esporádicas, mientras las autoridades militares parecían haber perdido interés en su búsqueda.

Paralelamente tuvieron lugar una serie de acontecimientos que llevaron a reinterpretar el levantamiento, cambiando su significado. En este cambio, se olvidaron las críticas por insubordinarse y actuar en contra de las normas institucionales, y se presentó a Ollanta como un defensor de la democracia y la integridad de las instituciones armadas. Así, el 19 de noviembre, tras los escándalos desatados por la fuga de Montesinos y el descubrimiento de las redes de

---

[147] El Comercio, 2000j.

[148] El Comercio, 2000k.

[149] El Comercio, 2000l.

corrupción, Fujimori presentó su renuncia desde Japón. Se inició así el proceso de la transición, en el que rápidamente volvió a adquirir relevancia y se dotó de legitimidad el levantamiento del comandante Ollanta Humala. En ese contexto, se empezó a hablar de amnistiarlo[150].

Por su parte, Ollanta Humala de inmediato reconoció al presidente del nuevo gobierno de transición, Valentín Paniagua (2000-2001) y decidió ponerse a su disposición toda vez que el país había retornado a la senda democrática. Posteriormente, la renuncia de Fujimori será presentada por los etnocaceristas como el resultado de su levantamiento, en un intento por apropiarse de este hecho trascendental. Este tipo de lecturas de la historia, que escogen ciertos hechos y olvidan otros para crear una versión acorde con sus intereses, es también una de las características del etnocacerismo.

Una vez que se instaló el gobierno de transición y el levantamiento adquirió mayor respaldo, el padre de los hermanos rebeldes, Isaac Humala —pese a afirmar que no tenía contacto con Ollanta desde hacía más de un mes— anunció que este participará en las próximas elecciones con un

[150] El Comercio, 2000m.

movimiento político propio. De hecho, el primero de diciembre empezó a circular un Manifiesto del Movimiento Nacionalista Peruano, firmado por el «Dr. Isaac Humala Núñez Presidente MNP»[151]. En este, se reivindicaba a la «Gran Cultura del Antiguo Perú», la ética, el patriotismo y el nacionalismo económico como sus principios rectores[152]. Asimismo, se redactó un escueto Plan de gobierno, que incluyó la autosuficiencia alimentaria e industrial, el control estatal de la minería y la «Constitución de la Academia de Ciencias del Perú desde donde la intelectualidad asuma la rectoría estratégica del destino de la Nación»[153]. Evidentemente, la celeridad de estas acciones indica que existía algún grado de organización y acuerdo previos.

En los siguientes días, Ollanta exigió su reincorporación al Ejército, en vista de que «se sublevó en ejercicio del derecho de insurgencia que le reconocía la Constitución en contra de un gobierno que violó la Constitución de 1979 y que impuso otra, la de 1993, «la que finalmente terminó violando»[154]. Asimismo, pese a que unos

[151] Humala Núñez, 2000.

[152] Humala Núñez, 2000.

[153] Movimiento Nacionalista Peruano, 2000.

[154] El Comercio, 2000n.

días antes había negado que fuera a postular al Congreso, sostuvo que, de no ser reincorporado, su «intención es actuar decididamente para purificar el Parlamento»[155]. Mientras hablaba, se repartían por los alrededores volantes del Movimiento Nacionalista Peruano[156].

En este contexto, el 13 de diciembre de 2000, un mes y medio después del levantamiento, Ollanta se presentó ante cinco mil personas en la Plaza de Armas de Tacna antes de seguir su camino a Lima. Esta amplia concurrencia, en una región limítrofe y con una alta sensibilidad nacionalista[157], hace pensar que logró, en menos de dos meses, acumular cierto apoyo para su proyecto político.

A su llegada a la capital, Ollanta Humala junto con su hermano Antauro y el suboficial (r) EP Amílcar Gómez, se dirigieron a la Defensoría del Pueblo, donde sostuvieron una improvisada

---

[155] El Comercio, 2000o.

[156] El Comercio, 2000o.

[157] Tacna —junto con Arica— fue una de las provincias ocupadas por Chile durante la Guerra del Pacífico. A pesar de que el Tratado de Ancón preveía la realización de un plebiscito al cabo de diez años, este nunca se realizó. No obstante, y a pesar de la intensa campaña de chilenización llevada a cabo por el país vecino, Tacna regresó al Perú, en 1929, casi cincuenta años después de su ocupación. Por ello, es considerada símbolo de nacionalismo y amor a la patria.

conferencia de prensa, y posteriormente se pusieron a disposición de la Segunda Zona Judicial del Ejército. Luego fueron trasladados al Hospital Militar y finalmente al cuartel Real Felipe, donde fueron encarcelados con los cargos de rebelión, sedición, insubordinación e insulto a la autoridad[158]. Sin embargo, cinco días más tarde, el 21 de diciembre, Ollanta Humala y el suboficial Gómez fueron amnistiados por el Congreso, mientras que Antauro fue liberado al no poder ser acusado en el fuero militar por estar en situación de retiro[159].

Estas decisiones fueron recibidas tanto por los militares arrestados y sus seguidores, como por los medios de comunicación y la opinión pública en general, como «Buenas nuevas»[160]. Ollanta Humala abandonó el Real Felipe en hombros de reservistas venidos del sur del país en medio de un ambiente de fiesta. Esta reacción contrasta con la reserva con que se trató en un primer momento el levantamiento. En ese sentido, vale la pena destacar cómo los cambios en el contexto pueden afectar e incluso modificar el significado y la interpretación de los acontecimientos políticos.

---

158 El Comercio, 2000p.

159 El Comercio, 2000q.

160 El Comercio, 2000q.

Su reincorporación al Ejército obligó a Ollanta Humala a abstenerse de dar más declaraciones políticas. Otro, sin embargo, fue el camino elegido por su hermano Antauro, quien tuvo un papel secundario en el levantamiento (y los sucesos posteriores), a partir de su liberación se dedicaría a la construcción político partidaria del etnocacerismo. De esta manera parece pretender aprovechar la oportunidad suscitada por la notoriedad y el apoyo recibido al final de su levantamiento para fortalecer sus perspectivas políticas.

LA ORGANIZACIÓN DEL ETNOCACERISMO

Los caminos tomados por los hermanos Humala tras el levantamiento de Locumba hacen pensar en una división del trabajo al interior del proyecto político, de acuerdo con la cual Ollanta sería el líder que concentra el capital político, y Antauro el organizador partidario. Así, la reincorporación de Ollanta al Ejército, después de arriesgar su carrera para obtener notoriedad política, y de promover la creación del Movimiento Nacionalista Peruano, puede entenderse como un intento por ganar apoyo para su proyecto en el seno de las Fuerzas Armadas. De acuerdo con ello, tras su reincorporación intenta depurar

del Ejército a los generales corrompidos por Montesinos, y naturalmente, opuestos a su proyecto político. Así entendemos el hecho de que denunciara al Consejo Supremo de Justicia Militar a 70 de 72 generales en actividad, «por haber firmado el Acta de Sujeción, recibir sus grados en la salita del SIN, además de dinero»[161]. Todo ello podría explicar su traslado como agregado militar a las embajadas peruanas en París primero, y luego en Seúl, como intentos de neutralizar sus intenciones políticas. En cualquier caso, mientras Ollanta se dedicaba a este trabajo político institucional, Antauro se concentraba en la difusión de su ideología y la organización del partido, priorizando las provincias del interior del país.

De hecho, si bien el etnocacerismo ya tenía varios años de maduración, este levantamiento es considerado por Antauro Humala su «parto político»[162]. Esta afirmación parece apoyar la idea de que se trató, básicamente de un esfuerzo por situarse en el panorama político del país. Ello explicaría también el carácter radical de sus propuestas, que podrían considerarse una alternativa política en un contexto en el que

---

[161] Humala, 2003, p. 4.

[162] Humala, 2005a, p. 12.

no existían proyectos políticos estables que canalizaran el descontento de los sectores excluidos. Así, desde la ruptura de la Izquierda Unida en 1989 y a causa del posterior desprestigio de la izquierda producto de los actos terroristas de Sendero Luminoso y de la desaparición de los socialismos realmente existentes, no había aparecido en el Perú una propuesta ideológica dirigida a los sectores populares mayoritarios. Podríamos considerar entonces que el etno-cacerismo por una parte «proporciona a los elementos marginales, que son al mismo tiempo mayoritarios, el medio de hacer sentir su peso; por otra, *facilita a sus dirigentes un aparato que les permite captar en su beneficio energías difusas y sin dirección*»[163].

Para ello, era imprescindible contar con una base de apoyo, por lo que el levantamiento de Locumba fue también fundamental en la medida en que en él «Insurgió [...] por mérito propio el reservista como personaje en la palestra política del país»[164]. Así, Antauro Humala reconoce la

---

[163] Bourricaud, 1970, p. 40; las cursivas son mías. Si bien esta frase fue utilizada por Bourricaud para referirse a las ventajas que un partido de masas traería al gobierno del general Velasco, la utilizamos aquí porque consideramos que expresa con meridiana claridad las intenciones del proyecto etnocacerista.

[164] Humala, 2005a, p. 12.

importancia de los reservistas como resultado de su participación en el levantamiento, y en los esfuerzos de construcción partidaria posteriores, convirtiéndose en la principal base social de este proyecto político.

El levantamiento de Locumba habría permitido así importantes logros al proyecto político. Por una parte, el líder (hasta este momento, Ollanta) se sitúa en la escena política como un militar probo y con iniciativa. Por otro lado, los reservistas se perfilan como su principal base de apoyo. Por último, el capital político reunido permite pensar en una mayor expansión. Todas estas conquistas van sentando las bases y los instrumentos para la futura construcción partidaria.

Sin embargo, un elemento importante a tomar en cuenta es que antes de abocarse a esta tarea, Antauro incursiona de manera independiente en la política. Así, encabeza la lista de candidatos al Congreso por Moquegua del Frente Independiente Moralizador en las elecciones de abril de 2001[165], es decir, apenas 4 meses después de terminado el levantamiento de Locumba. Si bien solo

---

[165] La República, 2005c.

obtuvo 6194 votos, y no accedió al Congreso[166], este hecho evidencia tres elementos importantes. En primer lugar, muestra las aspiraciones políticas de Antauro Humala, independientemente del etnocacerismo. En segundo lugar, indica que su participación —secundaria— en el levantamiento de Locumba le permitió obtener un grado de apoyo considerable, tomando en cuenta que seis meses atrás era un desconocido. Por último, nos permite relativizar el nivel de compromiso de Antauro Humala con las propuestas de su proyecto, que incluyen el desprecio por las instituciones políticas del país, en las que él participó en esta ocasión —y volverá a participar en el futuro—. Si bien podríamos argumentar que este desprecio podría no estar tan desarrollado en este momento inicial, o incluso que podría ser el producto de esta mala experiencia, ello no explicaría por qué Antauro nunca menciona esta candidatura al hablar de su pasado político (cosa que hace en considerable detalle, remontándose incluso a su infancia).

En cualquier caso, tras este fracaso electoral, Antauro Humala se abocará a la construcción del proyecto político etnocacerista. Así, afirma

[166] La República, 2005c.

que se dedica al activismo político, «para lo cual entreví el prerrequisito de concientización. La ideología antes que la organización. Había que trabajar sobre todo las mentes a fin de forjar la militancia»[167]. Con este fin, funda en enero de 2002 el quincenario *Ollanta*, que empieza a ser distribuido por todo el país, difundiendo la ideología y doctrina del etnocacerismo[168]. Sus incendiarios titulares expresan algunas de las propuestas más características del etnocacerismo: «¡Haz patria: siembra coca!», «Fusilamiento por traición a la patria y alta corrupción», «Hampones alias inversionistas», «Escarmiento histórico», «el libre mercado se subordina a la Nación», «Autarquía alimentaria», «Renacionalización de todo lo extranjerizado empezando por todo lo chilenizado»[169].

Nuevamente son los reservistas quienes participan activamente como columnistas en el periódico, quienes se encargan de su difusión, y también son sus principales lectores. En ese sentido, Antauro alaba «el peregrinaje de nuestros abnegados reservistas irradiando el evangelio etnocacerista

---

[167] Humala, 2005a, p. 12.

[168] Humala, 2006a, p. 115.

[169] Humala, 2005a, p. 12.

por punas, quebradas y ríos amazónicos»[170]. De acuerdo con el general (r) Gustavo Bobbio, miembro del comité editorial del *Ollanta*, para el año 2005 su tiraje oscilaba entre los 60 000 y los 120 000 ejemplares. Con el producto de sus ventas (del sol que cuesta cada ejemplar, la mitad se destina a un «Fondo Humalista»), se financiaba el etnocacerismo[171]. Este trabajo de base, sumado a las conferencias de Antauro, permitirá, con el pasar de los años, que el etnocacerismo llegue a «todos los rincones y recovecos del Perú»[172], expandiéndose los comités regionales y las escuelas de adoctrinamiento por distintas regiones, con especial énfasis en las provincias del sur (Ayacucho, Apurímac, Tacna, Puno y Cusco).

De este modo, mientras el discurso oficial decía que Ollanta no era parte del movimiento (por ser un militar en actividad), el periódico que llevaba su nombre reivindicaba el levantamiento que él encabezó en Locumba como el hito que marca la fundación del etnocacerismo, y al Movimiento

[170] Humala, 2005a, p. 12.

[171] La República, 2005c.

[172] Pinchi, 2003, p. 14.

Nacionalista Peruano[173] como su resultado[174]. Al mismo tiempo, muchos de los artículos del *Ollanta* se dirigen a soldados y reservistas, y los invocan a unirse al etnocacerismo y levantarse contra el gobierno de Toledo. Así, se intenta superar los principios castrenses de disciplina y jerarquía, convenciendo a los oficiales de que el levantamiento es la única manera de cumplir con sus obligaciones patrióticas, ya que se «juramenta fidelidad a la Nación [...]. No se juramenta ni por el Estado [...] ni por el Gobierno de Turno». En ese sentido, apelan al juramento a la bandera, como símbolo de la nación; y a la «última promesa» de los reservistas: «Volveré a tomar las armas cuando la patria lo requiera» para sostener que su obligación es defender a la patria de un gobierno

---

173 Vale la pena destacar que durante este periodo el padre de los hermanos Humala, Isaac continúa difundiendo el Movimiento Nacionalista Peruano que él preside. Este movimiento reivindica el levantamiento de Locumba como su origen y promueve la lectura del quincenario Ollanta. Como sostiene su circular N° 2, su principal objetivo es reunir firmas para poder inscribirse y participar en las elecciones de 2006 (Humala Núñez, 2003). Con ocasión del Andahuaylazo, Isaac Humala afirmará que, desde el levantamiento de Locumba, la estrategia incluía la vía electoral y la insurgencia, pero la primera se descartó cuando no se pudo inscribir al movimiento, por lo que se optó por la segunda (La República, 2005a, p. 9). En ese sentido, el Movimiento Nacionalista Peruano se presentaba como el brazo electoral del etnocacerismo en este momento.

174 Pinchi, 2003, p. 14.

que la perjudica. El presidente Toledo es así presentado como ilegítimo por «su claudicación ante la fujiConstitución de 1993 [...], y además por su entreguismo, chilenización, traición e incumplimiento de promesas». Por consiguiente, «por lógica elemental las FF.AA. tienen que actuar "GOLPEANDO" al Estado que atenta, vía su gobierno contra la nación»[175].

Las incitaciones al levantamiento desde el *Ollanta* van de la mano de la presentación de la situación política como una de intensa agitación social y preguerra. En este contexto, se afirma que el debilitado gobierno de Toledo (llamado el gobierno «del 4%», por sus bajos niveles de aprobación en las encuestas) corre el riesgo de caer en cualquier momento. En una situación de ese tipo, sostiene Antauro, «el chispazo histórico de la rebelión etnocacerista estará a la mano de cualquier teniente respaldado por centenares de reservistas». Se declararía el estado de emergencia y la resolución de la situación quedaría en manos del Ejército. Dada la «bancarrota moral» de los altos mandos, serían los mandos medios y la oficialidad tropera, quienes tendrían que tomar la

[175] Humala, 2004a, p. 3.

iniciativa y formar el Nuevo Ejército de la Nueva República[176].

Sin embargo, a pesar de estas duras críticas a los altos mandos, los etnocaceristas estuvieron, en este periodo cerca de la jerarquía del Ejército. De hecho, el general José Graham, comandante general del Ejército durante el 2004, tuvo como asesor al general (r) Gustavo Bobbio, vinculado al etnocacerismo y miembro del comité editorial del *Ollanta*.

En cualquier caso, la retórica violentista del periódico es indiscutible y se refleja sobre todo en los artículos escritos por reservistas, quienes se expresan en un lenguaje incluso más radical que el de Antauro. Así, afirmaban, por ejemplo: «no algo sino TODO se pudre en gobierno [...] lo que se pudre es la Republiqueta Criolla; se acerca el Día del Juicio Final... De los escombros renacerá el Nuevo Tahuantinsuyo con muchos furiosos y arrebatados etnocaceristas dispuestos a llevar la justicia hasta el último rincón de la Patria traicionada»[177]. Esta rebeldía se explica

[176] Humala, 2004b, p. 8.

[177] Yuyali, 2004, p. 14.

como producto de la pobreza, la injusticia[178] y «lo insoportable del modelo neoliberal»[179].

Al mismo tiempo, los reservistas etnocaceristas participan activamente en disturbios sociales de distinto tipo, y por distintas causas. Dado que se oponen radicalmente a las acciones e incluso a la existencia del Estado, apoyan a todos aquellos cuyos reclamos tengan alguna coincidencia con sus reivindicaciones, e incluso los incitan a enfrentarse con las fuerzas del orden. Esto les ocasionó problemas con las autoridades y llevó incluso a que en junio del 2004 la Policía Nacional presentara una denuncia contra Antauro Humala y el Movimiento Etnocacerista por agredir a policías durante una marcha de cocaleros[180] en Lima[181]. Sin embargo, la denuncia, que incluía los delitos de sedición, conspiración para cometer delito de rebelión contra los poderes del Estado

[178] Yuyali 2004, p. 14.

[179] Humala, 2004b, p. 9.

[180] Su posición favorable al cultivo de la hoja de coca, expresada en titulares tales como «Haz patria: ¡siembra coca!», ha sido uno de los aspectos más llamativos del etnocacerismo, que buscó establecer una alianza estratégica con los sectores cocaleros (Humala, 2005a, p. 12). Sin embargo, en las elecciones de 2006 estos se aliaron mayoritariamente con Ollanta Humala y el Partido Nacionalista Peruano.

[181] El Comercio, 2005a.

y el orden constitucional, y resistencia a la autoridad; fue archivada[182]. Del mismo modo, otra denuncia contra el Movimiento Etnocacerista por poseer armas y realizar prácticas de tiro en Lima, también fue archivada por el Ministerio Público[183].

Para fines de 2004, tras casi cuatro años difundiendo un mensaje agitador desde el periódico *Ollanta*, Antauro considera que ha llegado el momento de «ser consecuente con el discurso insurgente» y realizar un nuevo levantamiento. Este se presenta como una «necesidad histórica», para «demostrar ante el pueblo la consecuencia entre los dichos y los hechos»[184]. La necesidad de satisfacer la imagen que había creado entre sus seguidores se hace así evidente desde el primer momento.

Con el propósito de arengar a sus seguidores, el último titular del *Ollanta* antes del levantamiento, titulado «¡A las armas, ciudadanos!» sostiene que es un deber histórico «reemprender la marcha etnocacerista» y se dirige específicamente a los compatriotas civiles y militares, recordándoles que le deben fidelidad a la nación y no a presidentillos. De acuerdo con ello, y para justificar el

---

182 El Comercio, 2005a.

183 El Comercio, 2005b.

184 Humala, 2005a, p. 14.

levantamiento, explica que «Pasados 4 años de "tramposa transición", sin que se haya desconocido olímpicamente la Vladi-Constitución del 93 [...] y cuando los niveles de corrupción y traición, tanto de los altos mandos civiles como militares siguen impunes, vigentes y orondos, pues la paciencia se acabó». Finalmente, afirma que «La Reserva Etnocacerista no entra en vainas; anuncia formalmente su Segunda Movilización y espera el apoyo de los gremios y organizaciones patriotas y nacionalistas»[185].

EL MARTIROLOGIO

Desde su encarcelamiento en enero de 2005, Antauro ha intentado continuar con el fortalecimiento de su proyecto, a través de su periódico. Para ello, ha adoptado estrategias de diverso tipo, algunas de ellas contradictorias entre sí, evidenciando la flexibilidad propia de su proyecto y,

---

[185] Evidentemente, la convocatoria al levantamiento fue entonces pública y las autoridades estuvieron informadas al respecto. De hecho, de acuerdo con declaraciones a El Comercio, la Dirección General de Inteligencia del Ministerio del Interior informó al ministro de que seguidores de Humala se dirigían en masa a Andahuaylas desde distintas partes del país, con el pretexto de participar en una charla. Sin embargo, estos reportes no fueron atendidos y la delegación de Andahuaylas no fue informada al respecto (El Comercio, 2005d).

como veremos más adelante, del populismo. Una de estas estrategias, a la que hace referencia el nombre de esta sección, es la victimización, en que incurre al presentar a los etnocaceristas encarcelados como mártires.

Probablemente el aspecto en el que mejor se expresa la flexibilidad mencionada líneas más arriba es en la relación con su hermano Ollanta, tal como se presenta en las hojas del quincenario. Para noviembre de 2005 (once meses después del encarcelamiento) aparece un anuncio en el *Ollanta* informando que pronto se convertirá en *Antauro*[186]. Ese mismo número, se anuncia que Antauro será candidato en las elecciones de 2006 y se muestra una relación un tanto ambigua con Ollanta. Por una parte, se lo critica por alejarse del etnocacerismo, tachándolo de inmaduro, o torpe en sus cálculos políticos[187]. Asimismo, se hace una revisión de la trayectoria del etnocacerismo en la que se presenta como su eje a Antauro y se afirma que puede haber sido un error poner a su hermano en el centro del proyecto. En ese sentido, lo critica llamándolo un político electorero que solo busca caer bien. Sin embargo, al mismo tiempo afirma que lo

[186] Humala, 2005d, p. 1.

[187] Humala, 2005b, p. 16.

apoya en su candidatura a la presidencia, y que su triunfo sería un gran éxito[188].

Un mes más tarde, en el número de diciembre, se mantiene el nombre *Ollanta* y se presenta al etnocacerismo y al Partido Nacionalista como representantes de un mismo proyecto[189]. Este nuevo acercamiento puede ser el resultado del éxito del partido nacionalista en las encuestas, que se presenta como un «inobjetable triunfo político de los 2 centenares de presos etnocaceristas»[190] En ese mismo sentido, en lo que parece un intento por unir no solo los hitos, sino también a los líderes, se afirma que el levantamiento de Andahuaylas es la continuación del de Locumba[191].

Posteriormente, para febrero de 2006, se cambia finalmente el nombre a *Antauro* y Ollanta es presentado como un traidor[192]. Probablemente este alejamiento sea el resultado de los esfuerzos de Ollanta, en plena campaña electoral, por desmarcarse de su hermano y los etnocaceristas, considerados radicales y peligrosos por algunos sectores. En cualquier caso, Antauro

---

[188] Humala, 2005b, p. 16.

[189] Humala, 2005c, p. 3.

[190] Humala, 2005c, p. 3.

[191] Humala, 2005c, p. 3.

[192] Humala, 2006c, p. 1.

pasa a apoyar ahora a su otro hermano, Ulises Humala[193], entablando una alianza con su partido Avanza País. Como parte de esta alianza, Antauro publicita su candidatura al Congreso[194]. No obstante, una vez que tenga lugar la primera vuelta electoral, y Ollanta se posicione como candidato en la segunda vuelta, el *Antauro* nuevamente lo apoyará[195]. Para ello sugerirá que, de ganar el nacionalismo, sería un primer paso en el camino hacia el etnonacionalismo —del mismo modo en que el socialismo estaba en camino al comunismo—[196]. Por último, una vez que Ollanta pierda en la segunda vuelta, volverán las críticas hacia él, pero esta vez más fuertes[197].

A partir de allí, Antauro se abocará a reescribir la historia del etnocacerismo para crear su propia imagen como líder, tal como había hecho con su hermano años atrás. Esta invención de su liderazgo irá acompañada de la denigración

---

[193] Ulises, el hermano mayor de Ollanta y Antauro, es un economista graduado de la UNI con estudios de posgrado en París. Además de incursionar en la política, fue profesor de la UNI, donde ha ocupado los cargos de coordinador del posgrado en Gerencia Pública y director general de Administración.

[194] Humala, 2006c, p. 1.

[195] Humala, 2006d, p. 1.

[196] Willer, 2006, p. 18.

[197] Humala, 2006e, p. 8.

del líder anterior, el traidor Ollanta, que ahora aparece como un personaje marginal y con poca iniciativa. Este relanzamiento de Antauro y el etnocacerismo aprovecha la visibilidad y el apoyo ganados con el Andahuaylazo. Así, este no solo es presentado como un acto heroico y valiente, sino también como necesario, ya que «Los movimientos históricos se forjan en la lucha, y como parte de esta, en el martirologio: nuestros mártires de Andahuaylas [...]»[198].

Por otro lado, en su relación con las elecciones y el sistema democrático en general, también se evidencia el carácter flexible e incluso contradictorio del etnocacerismo. Así, pese a su tradicional desprecio por las instituciones, y a afirmar que «La democracia la pelean los cholos en las calles y no 120 mamíferos en el Congrezoo»[199], decide participar en las elecciones de 2006. Esta decisión no parece coherente en una persona que sostiene la tesis de que «solamente la insurgencia es el camino del camino social en el Perú»[200], como tampoco lo es que promueva su candidatura al tiempo que afirma que «Sea quien

[198] Humala, 2005a, p. 14.

[199] Humala, 2005d, p. 1.

[200] Humala, 2005b, p. 16.

sea el "sucesor" del traidor Toledo ¡Tercera vuelta se dará en la calle!»[201].

Este tipo de contradicciones revelan dos elementos importantes del etnocacerismo. En primer lugar, el interés en diferenciarse del resto de candidatos, capitalizando el desprestigio del Congreso. Estos candidatos han sido objeto de sus ataques de manera recurrente (por su complacencia con un régimen corrupto y un sistema político excluyente) y ahora que está en la misma situación que ellos pretende distinguirse sosteniendo que él «no está involucrado en el electorerismo, está inmunizado del "qué dirán" y por consiguiente mantiene coherencia y desarrolla la contundencia de sus consignas»[202]. En segundo lugar, demuestra su interés en participar en los procesos electorales, pese a que sus declamaciones digan lo contrario. Así, parece tener claro que su objetivo último es gobernar y pretender ganar las elecciones presentándose como contrario a la institucionalidad que estas representan.

Por otro lado, es interesante destacar que, durante su candidatura al Congreso, Antauro

---

[201] Humala, 2006c, p. 1.

[202] Humala, 2005b, p. 16.

recupera algunos elementos propios de los ejércitos políticos. Uno de ellos es el principio de competencia. Antauro lanza su candidatura oponiéndose a los políticos incapaces y presentándose como un hombre de acción: «Ante tanto "amariconamiento" político, el pueblo exige... ¡Antauro Humala Candidato 2006!»[203]. Al mismo tiempo, observamos la creación de una coalición que pretende ir más allá de sus bases castrenses. Para ello, se organizan distintas actividades etnocaceristas, como mítines, marchas, y conferencias en las que Ulises y la esposa de Antauro transmiten «el mensaje de reivindicación al Perú profundo»[204]. Asimismo, empiezan a aparecer en el periódico artículos de universitarios radicalizados organizados en el «comando universitario etnocacerista»[205], así como de miembros de la juventud socialista.

En este periodo electoral en particular, y en general desde su encarcelamiento, Antauro Humala se esfuerza por presentar al etnocacerismo como un proyecto exitoso. Para ello, expone sus actos pasados como grandes éxitos políticos y presenta sus posibilidades futuras en los mismos términos.

[203] Humala, 2005d, p. 1.

[204] Humala, 2006c, p. 1.

[205] Mamani, 2006, p. 14.

Así, sostiene que «La gesta etnocacerista del Andahuaylazo de los gloriosos 1°, 2, 3 y 4 ENERO 2005 evitó la traición toledista de entregar nuestros puertos, aeropuertos, Petroperú y carreteras (que habían sido programados para el mes de enero) a favor de los chilenos»[206]. Evidentemente se trata de logros muy importantes, pero de los que, por alguna razón, nadie hasta ese momento era consciente. En ese mismo sentido, afirma que es gracias al levantamiento de Locumba, que Fujimori fuga del país y se inicia la transición, y que su amnistía fue producto de la presión popular que enfervorizada exigía su liberación[207]. De este modo, explota los levantamientos como una fuente de legitimidad frente a los políticos inertes y corruptos. En cuanto al futuro, sostiene que el gobierno se resiste a trasladarlos a Apurímac[208] porque sabe que «de ser trasladados sería inminente una reacción popular en pos de la liberación de Antauro y sus reservistas, que pondría en serios problemas al Estado de

[206] Humala, 2005d, p. 1.

[207] Humala, 2005a, p. 12.

[208] A fines de 2005, Antauro Humala estaba luchando legalmente porque lo trasladen (junto al resto de los etnocaceristas encarcelados) a Apurímac, donde según él les correspondía ser juzgados, ya que fue allí donde cometieron los delitos de los que eran acusados.

Derecho»[209]. Con ello, presenta la idea de que el etnocacerismo tiene altos números de seguidores, por lo que su triunfo electoral —o insurgente—, es muy probable.

Sin embargo, los resultados de las elecciones de 2006 no le dieron la razón. El candidato de Avanza País (en alianza con el etnocacerismo), Ulises Humala, obtuvo el 0,2% del voto en las elecciones presidenciales, con 24 518 votos. En las parlamentarias, Avanza País obtuvo 122 654 votos, que equivalen al 1,1% de los votos válidos[210], por lo que no superó la barrera del 4% para tener representantes en el Congreso. No obstante, llama la atención la distancia entre estas dos votaciones, que podría indicar que Antauro acertó al sostener que muchos de sus seguidores prefirieron votar por Ollanta —que obtuvo el 30,6% del voto[211]— en las presidenciales. En ese caso, el resultado de las elecciones al Congreso nos daría una idea más adecuada del número de seguidores del etnocacerismo, cifra por otro lado nada despreciable.

[209] Humala, 2005c, p. 3.

[210] ONPE, 2006.

[211] ONPE, 2006.

Una vez que pasa la coyuntura electoral, la actividad etnocacerista parece concentrarse en la organización de un partido político que pueda participar en las siguientes elecciones, al tiempo que el quincenario *Antauro* recupera muchas de sus propuestas anteriores. Así, pasa a atacar al presidente Alan García en los mismos términos en que antes lo hacía con Alejandro Toledo, llegando incluso a afirmar exactamente lo mismo, cambiando simplemente el nombre de Toledo por el de García. En ese sentido, afirma que García es también un presidente ilegal —por «su claudicación ante la fuji-constitución del 93»[212]— y reivindica nuevamente la violencia como la única vía para alcanzar las demandas de los sectores excluidos. En ese sentido, sostiene que «absolutamente todos los repliegues gubernamentales —en su abuso contra los intereses populares— se han logrado mediante la LEGÍTIMA VIOLENCIA DE SOBREVIVENCIA ANTE LA "LEGAL" Y (VLADICONSTITUCIONAL) VIOLACIÓN GLOBONEOLIBERAL»[213], y que este sistema corrupto «no se arregla con reformas sino con revolución»[214].

---

[212] Humala, 2006f, p. 14.

[213] Humala, 2008d, p. 3.

[214] Humala, 2006e, p. 8.

Continúa, por tanto, en tiempos no electorales, con sus apologías de «la violencia revolucionaria en cuanto partera de la historia» y con sus propuestas radicales. Una de ellas, que continúa explotando gracias a los buenos frutos que ha dado en el pasado, es la propuesta de los fusilamientos como condena para los casos de alta corrupción y traición a la patria. En ese sentido, Antauro se muestra orgulloso del éxito de este «slogan (que) ha calado de sobremanera en la opinión pública», logrando lo que podemos suponer era su cometido: sintonizar con el clamor social, a partir de la «ira popular ante tanta corrupción y traición»[215]. Este tipo de declaraciones nos llevan otra vez a preguntarnos hasta qué punto las propuestas del proyecto etnocaceristas representan una convicción propia, o son un intento por sintonizar con las masas para conseguir su apoyo.

Sin embargo, tal vez la tarea más importante abordada en este periodo sea la organización de las bases con vistas a inscribir al Partido Etnocacerista Revolucionario Unido para poder participar en la ronda electoral 2010-2011. Como hemos visto, Antauro sostuvo desde un inicio que era necesario primero consolidar el aspecto

[215] Humala, 2005b, p. 16.

ideológico para luego pasar a la organización. Esto se debe a que, según él, a diferencia de un «consorcio mercantil electorero», un partido de verdad debe tener militantes comprometidos de manera permanente, gracias a la fuerza de su ideología[216]. Por tanto, una vez fortalecida y madura ideológicamente la militancia gracias al martirologio del encarcelamiento, llega el momento de «consolidar en su totalidad la organización descentralizada y a nivel nacional». En ese sentido, empiezan a crearse comités ejecutivos regionales, y un comité nacional de coordinación (con «funciones netamente técnicas»), con vistas a crear un futuro comité ejecutivo nacional[217].

No obstante, a pesar de su aparente fortaleza —«ningún partido de los existentes en el Perú podría haber aguantado a pie firme las persecuciones, encarcelamientos, clausuras y calumnias periodísticas que seguimos soportando nosotros»[218]—, el etnocacerismo ha encontrado problemas en su proceso de organización. Como reconoce Antauro, «existe ansiedad y problemas [...] de protagonismo de algunos

[216] Humala, 2006e, p. 8.

[217] Humala, 2006g, p. 9.

[218] Humala, 2006e, p. 9.

militantes de Lima que no entienden lo vital de la descentralización»[219]. No obstante, estos problemas no se presentan solamente en Lima y han llevado al desarrollo de distintos grupos que compiten entre sí por ser los representantes legítimos de Antauro Humala. Este, intenta desde prisión evitar la dispersión, afirmando que «La re-unificación es inexorable, ya sea antes, durante o después de la inscripción electoral regional ante la ONPE. El dominador común es el "etno". El futuro Frente Etnocacerista Revolucionario Unido (ámbito nacional) aglutinará a todos los movimientos regionales de amplitud etnicista, inscritos o no»[220].

Esta apertura a todos los movimientos con componentes étnicos llama la atención, en la medida en que iría en desmedro de la consistencia ideológica que tanto dice valorar Antauro. Cabe pensar que valora aún más la posibilidad de participar en las siguientes elecciones, recibiendo el voto de todos estos movimientos. Sin embargo, todo esto nos lleva a preguntarnos si serán capaces los etnocaceristas, de manera desorganizada y compitiendo entre ellos, de reunir las firmas

---

[219] Humala, 2006g, p. 9.

[220] Humala, 2008f, p. 2.

necesarias para inscribir su partido, o se verán nuevamente obligados a aliarse con otros.

Estos esfuerzos por inscribir al partido son acompañados por algunas estrategias ya conocidas. En primer lugar, los ataques a Ollanta Humala, probablemente como forma de evitar que sus seguidores vuelvan a votar por él en las próximas elecciones. En segundo lugar, la construcción de triunfos que permitan presentar al etnocacerismo como una propuesta exitosa, que logra resultados. Como veremos en el próximo capítulo, este elemento de los resultados es importante para sustentar el apoyo al etnocacerismo.

En cuanto al primer punto, se trata de ridiculizar a Ollanta y negarle cualquier tipo de vinculación con el etnocacerismo, marcando la ruptura del proyecto original. Así, Antauro ofrece una nueva versión del levantamiento de Locumba según la cual el papel de Ollanta es no solo secundario sino incluso irrisorio. De acuerdo con ella, el «manifiesto aquel lo redacté yo y él solo lo firmó sin leer [...]. En verdad jamás fue (Ollanta) etnocacerista»[221]. Además, afirma que tras abandonar la mina de Toquepala, ambos hermanos se separaron en las alturas de Calacoa

[221] Humala, 2006g, p. 8.

(Moquegua), y mientras Antauro se mantuvo «en esa zona de operaciones, deambulando entre cuevas y majadas por las alturas de Muylaque y esquivando las patrullas que los helicópteros sembraban por los pueblos», Ollanta «se escondió en la iglesia de Moquegua para luego trasladarse a Tacna, en donde se alojó en el departamento de una señora». Por tanto, mientras Antauro «organizaba los contingentes reservistas que se acoplaban a la insurgencia», Ollanta veía «la rebelión por tv». Y cuando finalmente Antauro ingresa «conjuntamente con 800 reservistas a Tacna» y ve a su hermano, lo encuentra subido de peso[222]. Evidentemente, esta curiosa narrativa busca descalificar en los términos más fuertes posibles a quién ahora es considerado un competidor político, presentándolo como un cobarde oportunista, la antítesis de los valores etnocaceristas encarnados por Antauro, el héroe y líder. En lo que respecta al Andahuaylazo, Antauro afirma que si bien su hermano le envío por fax desde Corea su manifiesto[223], él lo cambió por uno propio, ya que el de Ollanta le pareció

[222] Humala, 2006g, p. 8.

[223] Nótese el contraste entre esta versión y la de Ollanta, que afirma que no tuvo ninguna participación en el Andahuaylazo, y que la emisión de su comunicado el mismo día fue una mera casualidad.

«tembleque». Por último, sostiene que su hermano se aleja fácilmente del etnocacerismo porque «A él no le costó NADA la lucha y sacrificio reservistas, por consiguiente no los valora, agregándose a eso su orfandad en preparación ideológica»[224]. Antauro explica esta desviación de su hermano como el producto de su error al no «explicarle a Ollanta que, si se estructuraba un mito sobre su persona, se hacía para el imaginario popular, más no para él. Pero el fulano se la creyó»[225]. Sobre la facilidad con que Antauro estructura mitos para el imaginario popular que le permitan obtener apoyo hablaremos en el próximo capítulo.

Por otro lado, en cuanto a la construcción de triunfos, hallamos nuevamente la afirmación de que «el terror criollo es un "Antauro libre" que con sus compañeros arrasaría las lides electorales del 2010 y 2011»[226]. Por eso, «el establishment criollo» se niega a amnistiar a los etnocaceristas tal como hizo en las insurgencias del general Salinas y Locumba, de las cuales el Andahuaylazo no es —según Antauro— más que la continuación[227]. No obstante, Antauro

[224] Humala, 2006b, p. 14.

[225] Humala, 2006e, p. 8.

[226] Humala, 2008g, p. 15.

[227] Humala, 2008h, p. 8.

sostiene que de todos modos el etnocacerismo logrará triunfar por dos razones. La primera es que la republiqueta criolla está agonizando y «por ley de gravedad, el funeral es inminente, no desde los curules VIP de un Congrezoo también con los años contados, sino desde las plebeyas y empinchadas multitudes de cholos»[228]. La segunda es que ante la caída inminente de la republiqueta criolla, el etnonacionalismo está más fuerte que nunca. Ello se expresa en las «protestas sociales, bloqueos carreteros, paros agrarios, ocupación de centros mineros o centrales petroleras selváticas»[229], que no son más que expresiones dispersas de un etnonacionalismo instintivo que el etnocacerismo puede unificar[230]. Asimismo, en el plano internacional, las condiciones también están maduras para su triunfo. Además de la presencia de Chávez en Venezuela y la fortaleza de la CONAIE en Ecuador, destaca «el etnonacionalismo kechuaymara emergente desde el Kollasuyo boliviano con Evo Morales y cuyo "efecto dominó" se inicia con el compatriota

[228] Humala, 2008i, p. 2.

[229] Humala, 2008e, p. 3.

[230] Humala, 2006e, p. 9.

Hernán Fuentes en el limítrofe Puno»[231]. De este modo, la situación es considerada por Antauro —como siempre— propicia para el triunfo etnocacerista y «La internacional incaica está ya en el horizonte»[232].

Esta revisión nos permite ver cómo la propuesta etnocacerista ha cambiado desde el levantamiento de Andahuaylas. Por una parte, profundiza las estrategias desarrolladas durante la organización del proyecto. En ese sentido, sigue promoviendo la insurgencia mientras se esfuerza por participar en las elecciones. Sigue criticando las instituciones nacionales mientras incita a defender la patria. Sigue ridiculizando a los politiqueros mientras intenta reunir votos. Y sigue vendiendo la idea de que el cambio revolucionario proclamado por el etnocacerismo está a la vuelta de la esquina. Por otro lado, sin embargo, hay cambios importantes en la medida que aspectos centrales del etnocacerismo se perfilan con mayor claridad. Así, la separación con Ollanta, la construcción

---

[231] Humala 2008j, p. 4. Hernán Fuentes, presidente regional de Puno, es considerado por Antauro como un aliado del etnocacerismo en la medida en que coinciden en los cuestionamientos al gobierno central, la reivindicación de una nación basada en la etnicidad y la cercanía a Evo Morales.

[232] Humala, 2008h, p. 9.

del nuevo liderazgo, y la definición del carácter radical e instrumental de su narrativa.



La revisión de la trayectoria etnocacerista en este capítulo muestra entonces la manera en que el movimiento ha ido construyéndose como una alternativa política en un proceso receptivo tanto a las demandas del contexto como a las propuestas con las que compite. Así, aunque en muchos aspectos los objetivos del etnocacerismo pueden parecer similares a los de tantos otros partidos que participan en las elecciones, su propuesta apuesta por presentarlo como algo completamente radical y opuesto a ellos. En esa medida, pretende recoger y canalizar distintos tipos de descontento de sectores que se consideran excluidos, prometiéndoles un futuro radicalmente distinto. En ese esfuerzo se mezclan de manera característica los hechos con la libre interpretación que el etnocacerismo hace de ellos para crear una narrativa acorde a sus intereses. Sobre esto profundizaremos en el próximo capítulo.

3
LAS PROPUESTAS DEL PROYECTO

El discurso etnocacerista se caracteriza por su carácter ecléctico, a veces contradictorio, y por incluir elementos de distintas fuentes conceptuales que amolda, e incluso tergiversa, para que se ajusten a sus fines políticos. Por ello, a pesar de que le da mucha importancia a la ideología como elemento integrador de sus bases sociales, no logra construir un pensamiento holístico, que esté debidamente articulado. Por otro lado, el radicalismo de sus ideas se expresa también en el carácter violento de sus frases, que parecen buscar una reacción emocional antes que racional.

Entre los heterogéneos elementos que componen este discurso, he seleccionado algunos que pueden ayudarnos a entender tanto su papel

en el desarrollo del proyecto político como sus contenidos. En ese sentido, entendemos este discurso como la plasmación de un intento por crear una identidad grupal que legitime al etnocacerismo. Este esfuerzo se presenta envuelto en un lenguaje con fuertes influencias tanto del militarismo, como del darwinismo social (ambos de origen militar) y de un marxismo burdo.

INVENTANDO COMUNIDADES

Vale la pena profundizar en nuestra interpretación del rol político del discurso etnocacerista. Para ello, nos basamos en la idea de «invención de la tradición», de Eric Hobsbawm, entendida como una serie de prácticas, de naturaleza simbólica, que buscan inculcar ciertos valores y formas de comportamiento estableciendo una continuidad con el pasado[233]. De acuerdo con este autor, estas prácticas generalmente son inventadas o creadas, de manera deliberada, para cumplir una función ideológica. Así, no es extraño que instituciones o movimientos políticos recurran a este tipo de invenciones para crear una continuidad histórica que los legitime y cohesione[234].

---

[233] Hobsbawm, 1983a, p. 1.

[234] Hobsbawm, 1983a, p. 7.

La historia, o el uso que de ella se hace, juega entonces un papel fundamental en la invención de tradiciones. Estas tradiciones establecen una continuidad en buena parte ficticia con un pasado considerado relevante y adecuado. Este pasado puede estar compuesto por la selección arbitraria de ciertos eventos o momentos históricos, o puede incluso ser inventado, apelando a una antigüedad más allá de cualquier comprobación[235]. Las tradiciones inventadas pueden ser entendidas entonces como «respuestas a situaciones novedosas que adoptan la forma de referencias a viejas situaciones»[236]. De ello se deriva otra de sus características: que suelen desarrollarse en contextos de cambio para llenar los vacíos dejados por el declive de viejas tradiciones y costumbres[237]. En ese sentido, incluso los movimientos revolucionarios sostienen sus innovaciones en referencias a un pasado popular, a tradiciones revolucionarias y a sus propios héroes y mártires[238].

---

235 Hobsbawm, 1983a, pp. 2-7.

236 Traducción propia del original: «*responses to novel situations which take the form of reference to old situations*» (Hobsbawm, 1983a, p. 2).

237 Hobsbawm, 1983a, p. 8.

238 Hobsbawm, 1983a, p. 13.

Una típica tradición inventada, y que precisamente se presenta como natural y arraigada en el pasado, es la nación y el fenómeno asociado del nacionalismo[239]. Para inventarla, se recurre no solo a la historia, sino también a una serie de símbolos (la bandera, el himno nacional) y prácticas (las fiestas nacionales, la educación pública) que refuerzan el sentimiento de comunidad a ella asociado. El objetivo de este tipo de tradiciones es cohesionar grupos sociales estableciendo la pertenencia a comunidades reales o imaginadas. Ello muchas veces se logra inculcando ciertas creencias o sistemas de valores, que legitiman instituciones o relaciones de poder[240]. De este modo, las tradiciones inventadas permiten organizar la sociedad al crear una identidad común basada en una historia y valores compartidos, y muchas veces también en la oposición a un enemigo secular.

Benedict Anderson hace un interesante análisis del nacionalismo en términos muy similares a los utilizados por Hobsbawm. Define a la nación como «una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana»[241] y entiende

[239] Hobsbawm, 1983a, p. 13.

[240] Hobsbawm, 1983a, p. 9.

[241] Anderson, 1993, p. 23.

el nacionalismo como un artefacto cultural creado en un contexto específico, finales del siglo XVIII. Este contexto es uno de importantes cambios, con el ascenso de la Ilustración, el secularismo racionalista y el liberalismo[242]. Con estas nuevas corrientes filosóficas se debilitan las concepciones culturales que hasta ese momento daban sentido a las fatalidades de la vida: las comunidades dinástica y religiosa. Su decaimiento lleva a la búsqueda de una «nueva forma de unión de la comunidad, el poder y el tiempo, dotada de sentido»[243], que se encontrará en el nacionalismo.

Sin embargo, para que el nacionalismo pueda convertirse en este nuevo marco organizativo de la vida en comunidad, Anderson afirma que es necesario que se den varios procesos previos que permitan concebir la idea de comunión en la que este se basa. Así, subraya la difusión de los periódicos, cuyo consumo común, simultáneo, promueve «[l]a idea de un organismo sociológico que se mueve periódicamente a través del tiempo homogéneo, vacío [que] es un ejemplo preciso de la idea de nación, que se concibe como una comunidad sólida que avanza sostenidamente

[242] Anderson, 1993, p. 29.

[243] Anderson, 1993, p. 62.

de un lado a otro de la historia»[244]. Asimismo, destaca la importancia de la difusión de las lenguas vernáculas (en buena medida gracias a los esfuerzos del capitalismo impreso por homogeneizar y conjuntar lenguas con el fin de producir para mercados más grandes) en el nacimiento de solidaridades particulares que serán la base de una conciencia nacional[245]. Estos dos fenómenos, inicialmente espontáneos y apolíticos, se convertirán entonces en la base de los movimientos nacionalistas populares en la Europa de inicios del siglo XIX.

Aquí observamos una importante diferencia respecto a Hobsbawm. Anderson pone mayor énfasis en el surgimiento espontáneo del nacionalismo, liderado por las clases medias, sin fines políticos. Hobsbawm en cambio, si bien reconoce que las tradiciones inventadas pueden surgir desde abajo, como respuesta a demandas sociales por «nuevos artefactos que aseguren o expresen la cohesión social e identidad, y estructuren las relaciones sociales»[246], se concentra en su utilización política. En cualquier caso, Anderson

---

[244] Anderson, 1993, p. 48.

[245] Anderson, 1993, pp. 72-74.

[246] Traducción propia del original: «*new devices to ensure or express social cohesion and identity and to structure social relations*» (Hobsbawm, 1983b, p. 263).

también analiza el surgimiento de los nacionalismos oficiales, entendidos como la respuesta de las dinastías al cuestionamiento de su legitimidad tanto desde los nacientes movimientos nacionalistas como desde el secularismo racionalista (respecto, principalmente, a su origen divino)[247]. Así, haciendo uso de un «maquiavelismo consciente», las dinastías pasan a convertir la identificación nacional en la fuente de su legitimidad. Para ello, utilizan la educación pública, la propaganda, la revisión oficial de la historia y el militarismo en sus conservadores intentos por naturalizar y mantener su poder[248]. Coincide en el fondo con Hobsbawm, quien sostiene que la invención de la nación es la respuesta de los sectores gobernantes al debilitamiento de los lazos de lealtad tradicionales[249].

Anderson coincide también con Hobsbawm en destacar la importancia de la historia y la «imagen de antigüedad [...] para la idea subjetiva de la nación»[250]. Afirma que las «naciones presumen siempre de un pasado inmemorial»[251] y reconoce que la construcción de la nación incluye la

---

[247] Anderson, 1993, pp. 125-127.

[248] Anderson, 1993, p. 147.

[249] Hobsbawm, 1983b, p. 263.

[250] Anderson, 1993, p. 73.

[251] Anderson, 1993, p. 29.

reescritura de la historia desde el punto de vista de la nación[252]. Encontramos así nuevamente la idea de la manipulación y la construcción de una historia conveniente. En ese sentido, cita a Renan, quien sostiene que «la esencia de una nación está en que todos los individuos tengan muchas cosas en común y también que todos hayan olvidado muchas cosas»[253].

Por otro lado, tanto Anderson como Ranger[254] analizan otra forma de utilización política del nacionalismo, aquella que se manifiesta en las colonias de independencia tardía, donde los colonizados se apropian de la tradición nacionalista y la utilizan en contra de los colonizadores. Ranger se centra en el caso del África colonial británica y Anderson en diversos países de África y Asia, pero ambos llegan a la misma conclusión: en los países colonizados se asumen los modelos de nación proveídos por los países europeos y se utilizan para oponerse al imperialismo y luchar por su propia independencia nacional. Vemos así, como el nacionalismo constituye una poderosa y flexible herramienta política, que puede ser utilizada

---

[252] Anderson, 1993, p. 279.

[253] Anderson, 1993, p. 277.

[254] Anderson, 1993 y Ranger, 1983.

para sostener proyectos políticos diversos, desde imperiales hasta independentistas.

Volviendo a Hobsbawm, un elemento importante por considerar al tratar con tradiciones inventadas, es que estas, al estructurar las relaciones sociales asegurando la identidad y la cohesión, también establecen vínculos de lealtad y sumisión[255]. Por tanto, si bien las tradiciones son generalmente inventadas desde posiciones de poder, con el objetivo de consolidarlo[256], quien sea capaz de inventar exitosamente una tradición del tipo que hemos visto, ubicándose en el centro del grupo social creado, obtendrá un gran poder. En ese sentido, la invención de la tradición puede ser utilizada como una herramienta en la construcción de un proyecto político.

Y es precisamente así como sostenemos que la utiliza el etnocacerismo. Este proyecto busca ganar apoyo masivo dotando de legitimidad a su propuesta al presentarla como la continuación del Imperio de los Incas. Para ello, selecciona (y falsifica) algunos elementos de la historia —como un pasado imperial glorioso, una tradición revolucionaria y un enemigo secular— que justifiquen su proyecto. De este modo, la nueva

---

[255] Hobsbawm, 1983a, p. 9.

[256] Hobsbawm, 1983b, p. 263.

identidad busca definirse tanto en términos positivos, mediante la identificación con ciertos símbolos y héroes compartidos, como de manera negativa, al unificarse en oposición a un enemigo común. Asimismo, se inventan vínculos no solo históricos sino también biológicos (y por lo tanto naturales y necesarios) para sustentar la identidad compartida. Con ello, se busca convertir a un gran número de personas muy diversas en miembros de un grupo específico: los cobrizos, herederos de la milenaria cultura «kechuaymara».

De este modo, el etnocacerismo se caracteriza por su «uso de materiales antiguos para la construcción de tradiciones inventadas de un nuevo tipo con fines ciertamente novedosos»[257]. En ese sentido, en el nombre de la tradición, quiere recrear una Internacional Incaica que nunca antes existió. La función ideológica, y sobre todo política, de esta invención es así evidente. Sin embargo, para que las invenciones funcionen es necesario que sintonicen con las necesidades e intereses de aquellos a quienes se dirigen. Tal vez por eso, el etnocacerismo tiene un fuerte componente de reivindicación de la cultura andina y animadversión hacia lo occidental.

---

[257] Traducción propia del original: «*use of ancient materials to construct invented traditions of a novel type for quite novel purposes*» (Hobsbawm, 1983a, p. 6).

En cualquier caso, para poder avanzar en nuestro análisis se hace necesario introducirnos en la narrativa desarrollada por Antauro Humala. Para ello, empezaremos por presentar su propuesta política, para luego analizar el discurso histórico que la sustenta. Finalmente, profundizaremos en algunos elementos característicos del discurso etnocacerista, como el militarismo, el darwinismo social y el marxismo.

EL PROYECTO POLÍTICO ETNOCACERISTA

Antauro Humala sostiene que el propósito principal del etnocacerismo es lograr la regeneración nacional a través de la recuperación de la identidad cobriza. Al hablar de «regeneración» se refiere a la recuperación de la potencialidad de la etnia cobriza, tal como se manifestó en su glorioso pasado incaico. Se trata entonces de recobrar la memoria histórica de este pasado para convertir a la actual «Colonia de humanoides en Nación de ciudadanos»[258].

De acuerdo con Antauro, la identidad que hay que recuperar se basa de manera primordial en

[258] Humala, 2006a, p. 14.

la etnicidad, que «conjuga cultura y raza»[259], y en el caso peruano se expresa en la etnia cobriza[260] de índole tawantinsuyana. Lo «cobrizo», en este discurso, «conjuga lo socialmente dominado con lo étnicamente nativo y deprimido»[261], y corresponde a los indios y mestizos. Esta es la nueva identidad que busca inventar el etnocacerismo como base para su proyecto político.

Este tipo de aproximaciones a la identidad, que proponen que tenemos una sola pertenencia que nos define son precisamente las que critica Amin Maalouf. Este autor afirma que la identidad de las personas no se define de una vez y para siempre, sino que es dinámica, flexible e incluso variable. En ese sentido, la identidad no se determina al nacer, sino que se va construyendo y transformando sobre la base de múltiples pertenencias que vivimos como un todo unitario[262]. Si bien estos distintos elementos tienen

---

[259] Humala, 2006a, p. 13.

[260] Si bien Antauro afirma que existe una raza cobriza, también se refiere a la etnia cobriza e incluso a la estirpe cobriza, y a la «estirpe andinoamericana de índole tawantinsuyana» (Humala, 2006a, p. 35), sin quedar claro si se trata de denominaciones étnicas, raciales o culturales.

[261] Humala, 2006a, p. 102.

[262] Maalouf, 2001, p. 10.

una determinada jerarquía, «esta no es inmutable, sino que cambia con el tiempo y modifica profundamente los comportamientos»[263].

Maalouf también advierte que cuando uno de los elementos de nuestra identidad es atacado tendemos a reconocernos en él y dejar que invada nuestra identidad entera[264]. Sin embargo, se opone radicalmente a las perspectivas que asumen que esta reacción es la condición normal de la identidad, que las personas tienen una sola pertenencia que importa, «su «verdad profunda» de alguna manera, su «esencia», que está determinada para siempre desde el nacimiento y que no se va a modificar nunca»[265]. Más aún, sostiene que esta concepción reduccionista de la identidad puede llevarnos a construir oposiciones maniqueas entre «nosotros» y «ellos» que terminen expresándose violentamente. Por ello afirma que «toda comunidad humana, a poco que su existencia se sienta humillada o amenazada, tiende a producir personas que matarán, que cometerán las peores atrocidades convencidas de

[263] Maalouf, 2001, p. 21.

[264] Maalouf, 2001, pp. 20-21.

[265] Maalouf, 2001, p. 10.

que están en su derecho, de que así ganan el Cielo y la admiración de los suyos»[266].

Sostiene, además, que, a inicios del siglo XXI, muchas de estas reacciones tienen que ver con la globalización y con el hecho de que «modernización significa hoy occidentalización»[267]. En ese sentido, modernizarse implica abandonar parte de la propia identidad, por lo que genera sentimientos de rechazo y reivindicación de esa pertenencia amenazada. Así, explica que «[c]uando la modernidad lleva la marca del "Otro", no es de extrañar que algunas personas enarbolen los símbolos del arcaísmo para afirmar su diferencia»[268]. Esto parece ser precisamente lo que intenta hacer Antauro Humala al recurrir a la reivindicación del Imperio incaico para oponerse a la influencia occidental. Sin embargo, parece que esta postura no responde a una convicción sino a la intención de sintonizar con los sentimientos heridos de la población indígena y mestiza para de ese modo, obtener su apoyo. Esta no sería una novedad, ya que como afirma Maalouf, en estos contextos suelen aparecer cabecillas que «manejan expresiones extremas que son un

---

[266] Maalouf, 2001, p. 36.

[267] Maalouf, 2001, p. 80.

[268] Maalouf, 2001, p. 82.

bálsamo para las heridas. Dicen que no hay que mendigar el respeto de los demás, un respeto que se les debe, sino que hay que imponérselo»[269]. Y es precisamente esta la propuesta etnocacerista, recobrar a través de la fuerza, la dignidad y la soberanía de lo que se denomina la etnia cobriza.

La narrativa etnocacerista sostiene que la humanidad se divide en cuatro razas[270]: blanca, amarilla, cobriza y negra. Cada una de ellas se adapta a distintos entornos, desarrollando diferentes culturas que forman etnias. Estas etnias son el vínculo entre el componente biológico (racial) y el cultural[271]. Las razas son consideradas iguales entre sí, por lo que es la calidad de los distintos hábitats en que se desarrollan la que lleva a que algunas etnias tengan rendimientos

[269] Maalouf, 2001, p. 34.

[270] Como señala Callirgos, existe «una estrecha relación entre las doctrinas racistas y la posición social de la mujer [...] percibida principalmente como [...] reproductora» (1993, p. 111). Esta afirmación se cumple para el caso del etnocacerismo, que ve a las mujeres como seres instintivos que no pueden dejar de someterse a la ley natural, según la cual deben reproducirse «los más aptos en función a la preservación y evolución de la especie» (Humala, 2006a, p. 85). En ese sentido, tienden a «adscribirse, por último, al macho vencedor» (2006, p. 84) blanco, traicionando a su propia raza.

[271] Humala, 2006a, p. 36.

superiores o inferiores[272]. En ese sentido, Antauro critica al racismo occidental, que sostiene que la raza cobriza es inferior, y afirma que la razón de su conquista estriba en la superioridad cultural de los blancos basada no en el factor humano sino en la influencia del medio natural[273]. Así, la severidad de su entorno fue la causa del atraso y la dominación de los cobrizos.

En este marco, se sostiene que las relaciones entre las razas (y, se entiende, las etnias por ellas constituidas) se han ido simplificando para crear dos grandes grupos: los humanoides, integrados por los individuos «de color», de las razas negra y cobriza; y los súper hombres, integrados por las razas blanca y amarilla[274]. Los primeros son seres humanos disminuidos —producto del mestizaje y la dominación— que conforman la subhumanidad y pueblan los países subdesarrollados. Se caracterizan por ser feos, desnutridos, acomplejados, vencidos y por llevar una subvida indigna que los hace proclives a la subversión[275].

---

[272] Humala, 2006a, p. 50.

[273] Humala, 2006a, p. 51.

[274] Humala, 2006a, p. 15.

[275] Humala, 2006a, p. 45.

El etnocacerismo busca rescatar a los cobrizos de esta situación recordándoles que son herederos de una cultura milenaria y, por tanto, tienen la capacidad para enfrentarse a los responsables de su situación actual: los blancos. Estos, pertenecen al grupo contrario, el de los súper hombres occidentales, que son más altos, más gordos, viven más y ganan más[276]. Se caracterizan por ser los vencedores, «amos de la ciencia, dueños del capital, monopolizadores del concepto de belleza y acaparadores de proteínas»[277]. En ese sentido, el etnocacerismo sostiene que la historia consiste en un choque de civilizaciones que funciona como un juego de suma cero: lo que pierden unos —en este caso, los humanoides cobrizos—, lo ganan los otros —los súper hombres blancos—, y esto se convierte en el sustento de su superioridad.

Como mencionamos, para modificar esta situación, Antauro busca construir una nueva identidad cobriza, que se unifique frente a su enemigo común. Como suele ocurrir con los populismos, la división entre ambos grupos es presentada como radical, maniquea, sin puntos medios. Blancos y cobrizos conforman una dicotomía extrema en la que cada uno se

[276] Humala, 2006a, p. 15.

[277] Humala, 2006a, p. 45.

define en oposición al otro[278]. Llama la atención sin embargo, el desprecio con el que Antauro se refiere a sus potenciales seguidores, los «humanoides indignos», cuya única cualidad, además de su herencia incaica, parece ser la proclividad a la subversión que su situación les impone[279]. Este potencial revolucionario, nacido de una condición de dominación, intentará ser canalizado y explotado por el etnocacerismo.

En ese sentido, el proyecto etnocacerista pretende apelar a los llamados humanoides cobrizos ofreciéndoles una vía de recuperación y reconocimiento mediante el rescate de la originalidad del pensamiento propio y autóctono. Sostiene que, para recuperar su humanidad, es necesario «hacer materialmente añicos todo aquello que derive de las falsas premisas que refieren lo

---

[278] Esta forma de definirse parece ser heredera de las perspectivas racistas del siglo XIX, que veían a «los indios convertidos en el depósito de todos los valores negativos. La imagen invertida del blanco» (Flores Galindo, 1994, p. 228). Antauro parece compartir esta imagen despreciativa de los indígenas y mestizos, y es sobre la base de ella que sostiene que pueden regenerarse a través de la recuperación de su identidad y alcanzar la humanidad.

[279] Este desprecio llega tan lejos como para sostener que «lo que fue el Tawantinsuyo lo constituyen ahora alienados países de hechores» (Humala, 2006a, p. 95), comparando a los mestizos —en sus intentos por blanquearse— con mulas que se creen caballos.

blanco/occidental como "medida universal"»[280]. Así, es necesaria una autoliberación individual (que implica optar por la cultura andina y la propuesta etnocacerista) como requisito indispensable para la liberación (etno)nacional[281], ya que solo una vez que los individuos se hayan liberado de las imposiciones occidentales, podrán alcanzar la soberanía política y económica y fundar un «Neo-Tawantinsuyo»[282]. Este reuniría a «la demografía poblacional de estirpe cobriza»[283] cuyo epicentro continental está en el Perú. No obstante, mientras mantenga como eje cultural lo extranjero, no tendrá futuro geopolítico ni geoestratégico y seguirá perdiendo territorios, tanto horizontal (provincias y mar a Chile) como verticalmente (aire y subsuelo)[284].

La idea es entonces que solo una vez que los cobrizos recuperen su identidad podrán capturar el poder político y alcanzar un verdadero

[280] Humala, 2006a, p. 61.

[281] Humala, 2006a, p. 103.

[282] Es llamativo que pese a renegar de la perniciosa influencia occidental, y afirmar que el quechua debería rescatarse como idioma oficial, Antauro Humala utiliza de manera recurrente palabras en inglés e incluso le agrega un sufijo griego al nombre quechua Tawantinsuyo para designar el Estado que quiere crear.

[283] Humala, 2006a, p. 111.

[284] Humala, 2006a, p. 108.

desarrollo, uno que sea propio. Antauro compara este proyecto etnocacerista con el Renacimiento europeo, como un momento de esplendor y desarrollo científico y cultural asociado a la recuperación del conocimiento y la cultura antiguas[285]. Este ideal occidental llama la atención en un proyecto que teóricamente deriva su fuerza de su originalidad andina. Podría incluso llevar a cuestionar hasta qué punto el mismo Antauro ha logrado autoliberarse de la influencia y admiración por la cultura occidental.

En cualquier caso, para el etnocacerismo el renacimiento no se plantea en términos solo culturales, sino también políticos y, por lo tanto, violentos, ya que los cobrizos han sido subyugados, sometidos a un *apartheid* y humillados. Por ello, su reacción, su liberación, es presentada como legítimamente violenta y revolucionaria, porque se trata de una «contraviolencia reactiva pero a la vez "compensadora"»[286]. Así, una vez que alcancen el poder, las mayorías cobrizas formarán una «REIVINDICATIVA "dictadura étnica" que revierta la erosión sufrida en cuanto "calidad biológica" para recién poder manifestarse en su

[285] Humala, 2006a, p. 110.

[286] Humala, 2006a, p. 63.

más excelso potencial cultural»[287]. Las políticas que promoverán este salvataje cultural para «echar cinco siglos de podredumbre al mar»[288] incluyen la recuperación de la soberanía política, la autarquía alimentaria, el desarrollo de escuelas (etno)nacionalistas, la reivindicación del quechua, la recuperación de los «territorios irredentos aun cautivos en el Sur»[289] y el traslado de la capital al Cusco.

El objetivo, como adelantamos, es la creación de un «Neo-Tawantinsuyo», que reunificará al pueblo de estirpe kechuaymara disperso en Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia, anteponiéndole la unancha[290]. Esta bandera tawantinsuyana se convertirá en el símbolo que toda naciente nación necesita.

---

[287] Humala, 2006a, p. 75. Esta afirmación de que la estirpe cobriza ha sufrido una reversión biológica debido al mestizaje con los blancos, es una expresión del «contrarracismo» que dice practicar el etnocacerismo. Al replicar en sentido inverso el racismo anti-indígena, expresa su propia naturaleza racista, que considera al «mestizo-cholo [...] el más débil psíquicamente» y, por tanto, inferior al «estrictamente cobrizo» (Humala, 2006a, p. 98).

[288] Humala, 2006a, p. 101.

[289] Humala, 2006a, p. 197.

[290] Humala, 2006a, p. 110.

Por otro lado, el discurso etnocacerista incluye también una serie de elementos que provienen de la formación de su líder como un soldado político. Algunos de ellos incluyen la voluntad de identificar los enemigos, las amenazas y las potencialidades de desarrollo de la nación. Así, el etnocacerismo plantea que «la problemática principal de la Defensa Nacional»[291] es la necesidad de recuperar la identidad y a partir de ella crear una nueva, y propia, nación. El camino al desarrollo nacional se traza sobre la base de esta necesidad. Los enemigos de la nación son entonces claramente los blancos colonizadores y los cobrizos extranjerizados (aquellos que se identifican con los blancos y colaboran con ellos en la subyugación de los cobrizos).

No obstante, pese a la insistencia en la violencia, se afirma que el etnocacerismo apuesta «a todas las vías en simultáneo». Ello quiere decir que, de acuerdo con el discurso etnocacerista, el camino para alcanzar sus objetivos contempla tanto la vía armada como la electoral. De este modo se pretende justificar la participación en elecciones como un intento de adaptarse a las coyunturas que busca «meter una cuña partidaria dentro del

[291] Humala, 2006a, p. 138.

cuerpo enemigo, vale decir en el Estado criollo, para transformarlo desde dentro en la medida que no sea posible demolerlo desde afuera»[292]. Sin embargo, como vimos en el capítulo anterior, mientras que para participar en las elecciones organiza un partido, no parece esforzarse mucho por alcanzar el poder por la vía armada.

Finalmente, según Antauro Humala integran, junto con el etnocacerismo, la vanguardia milenarista y reintegracionista de la «"Internacional Incaica" o neo Tawantinsuyo [...] el Consejo de Nacionalidades Indígenas (Ecuador) y el Movimiento al Socialismo del compatriota Evo Morales, así como el Movimiento Indio "Pachacútek" (MIP) de Felipe Quispe»[293]. Asimismo, sostiene que gracias al (etno) nacionalismo chavista «la lucha autentificadora y emancipatoria se viene consolidando, en cuanto primera revolución en tierra firme del Patio Trasero en tiempos de globalización, en Venezuela». En este caso, se destaca que aunque Venezuela, a diferencia de los países antes mencionados, «no registra un antecedente

[292] Humala, 2006a, p. 216.

[293] Humala, 2006a, p. 242.

cultural milenario [...] debe considerársele también un factor étnico»[294].

Como muestra esta presentación, el discurso etnocacerista no parece conformar una propuesta política de gobierno, tanto como un intento por conformar una nueva identidad que legitime su proyecto y le permita ganar adeptos. Ahora bien, en estos esfuerzos por inventar una tradición cobriza, el manejo de la historia es fundamental.

LA HISTORIA REVISITADA

Como hemos adelantado, la versión de la historia del Perú elaborada por Antauro Humala destaca ciertos elementos y oscurece otros para construir una narrativa de acuerdo con la cual el etnonacionalismo siempre ha estado presente y en el futuro próximo se volverá dominante. Es interesante destacar que esta manipulación de la historia se hace de manera consciente, como corresponde a la invención de una tradición con fines políticos. Así, Antauro afirma que en las luchas políticas se «disputa el dominio y dirección de la historia» [295]y que «el subversivo

[294] Humala, 2006a, p. 230.

[295] Humala, 2006a, p. 27.

cuando llegue al poder [...] "limpiará" la historia reescribiéndola en función a «su parte»»[296]. En este caso, aunque aún no ha llegado al poder, ya intenta utilizar la historia como una herramienta que lo ayude a alcanzarlo.

Para ello, empieza glorificando el pasado incaico como un tiempo de gran desarrollo, avanzados conocimientos y prominente creatividad cultural. Aquí, el elemento ficticio, o inventado, lo encontramos en su visión sesgada del imperio incaico, presentado utópicamente como el paradigma de buen gobierno en términos tanto políticos como culturales y sociales. Esta imagen del pasado incaico expresa la influencia de libros como *El imperio socialista de los Incas*, de Louis Baudin[297], de gran prédica en las décadas de 1950 y 1960, que afirma que entre los logros del Imperio incaico se contaba el

> [...] haber evitado los peores sufrimientos materiales: el del hambre y el del frío. Rara vez el Perú conoció la carestía, a pesar de la pobreza de su suelo, mientras que la Francia de 1694 y de 1709 sufría todavía crueles hambres. No es

[296] Humala, 2006a, p. 221.

[297] Este libro, publicado en 1945, figura en la bibliografía del libro de Antauro Humala *Etnonacionalismo, izquierda y globalidad (visión etnocacerista)*.

> poca cosa tampoco haber suprimido el crimen y establecido, al mismo tiempo que un orden perfecto una seguridad absoluta[298].

De acuerdo con esta imagen, las críticas que sostienen que los Incas eran clasistas, explotadores o déspotas son rechazadas por Antauro Humala, quien sostiene que pretender aplicar estos conceptos eurocentristas y modernos al Imperio incaico constituye una «nueva variante de colonialismo sociológico»[299].

Sin embargo, el esplendor incaico es interrumpido de forma violenta por la Conquista. Esta es vista por el etnocacerismo como la expresión de una selección natural en la que se impone la cultura más fuerte. Correspondientemente, la cultura subyugada es absorbida y desaparece, deja de producir, innovar y crear, para degenerar y extinguirse.

En el Perú, como consecuencia de la derrota sufrida con la llegada de los españoles y la cultura occidental, la cultura local es despreciada, sus representantes son discriminados y los sentimientos etnonacionalistas son reemplazados por la vergüenza de pertenecer a una etnia

---

[298] Baudin, 1973, p. 455.

[299] Humala, 2006a, p. 191.

subyugada. El Perú se convierte en una colonia, caracterizada por el racismo y la opresión. La voluntad de lucha de las etnias originarias es doblegada a través de un proceso de desculturización por medio del cual se les acompleja y despoja de su identidad. Se da, así, el «descerebramiento de la manada contaminada con el "anti-yo"»[300], acompañado por el «ablandamiento mental de la opinión pública para que [...] constate lo "natural, moral y justo" de la subyugación del mundo "de color" subdesarrollado (a través de concursos de belleza, olimpíadas y héroes de la cultura de masas, todos los cuales destacan la superioridad de los blancos)[301]. Asimismo, se da un «mestizamiento cuya generacional erosión proteínica adquiere tácitos rasgos etnocidas "de largo plazo"»[302].

La solución que se propone ante esta situación de desculturización es la recuperación de la identidad, de su «yo ancestral», a través de un proyecto político como el etnocacerista, que les permita ver que la historia que les contaron es falsa y que su raza no es fea ni su cultura

[300] Humala, 2006, p. 90.

[301] Humala, 2006a, pp. 186-187.

[302] Humala, 2006a, p. 68.

inferior[303]. Se produciría así un despertar de la conciencia cobriza, y solo entonces se desarrollará la revolución, retomarán el poder, reconstruirán el Tawantinsuyo y lograrán desplegar nuevamente todo su potencial. Con este discurso, el etnocacerismo parece querer retomar la tradición de la «antigua ideología andina de restauración del Tawantinsuyo, de unificación y salvación de la raza indígena, de "guerra de castas" y de recuperación de los bienes usurpados por los descendientes de los conquistadores»[304]. Esta ideología campesina alimentó las rebeliones indígenas de comienzos del siglo XX, constituidas por «movimientos milenaristas o nativistas que intentan "revolucionar" el orden establecido y crear una sociedad, de acuerdo a un molde antiguo, donde los mistis pasen a ser indios y los indios en mistis»[305].

Evidentemente, Antauro Humala se ha inspirado en estos movimientos para modelar las aspiraciones del etnocacerismo. En ese sentido, sostiene que la subversión armada en el Perú comenzó con la captura de Atahualpa y que, desde entonces, distintas gestas libertarias

---

[303] Humala, 2006a, p. 92.

[304] Burga y Flores Galindo, 1994, p. 188.

[305] Burga y Flores Galindo, 1994, pp. 179-180.

de índole nativista han propugnado una Guerra de Liberación (etno)nacional, de la que el etnocacerismo no sería sino la última actualización[306]. Con ello, no solo indica que la violencia política en el Perú es «históricamente endémica»[307], debido a la opresión de las poblaciones nativas, sino que intenta presentarse como una más de las rebeliones indígenas, con el fin de ganar legitimidad y apoyo entre la población campesina. Asimismo, intenta explotar un componente adicional de esta tradición: el mesianismo, «que parece tener su origen en una vieja tradición ideológica andina que proviene desde el siglo XVI»[308]. Este mesianismo es rescatado por Luis E. Valcárcel, en su *Tempestad en los Andes*, libro de cabecera del etnocacerismo, que sostiene que «para renacer a la sierra peruana solo le faltaba un Lenin»[309]. Al retomar esta tradición, es probable que Antauro Humala pretendiera presentarse a sí mismo como el líder necesario para provocar este renacer.

Esta utilización del milenarismo como una herramienta para acercarse a sectores indígenas

---

[306] Humala, 2006, p. 86.

[307] Humala, 2006a, p. 180.

[308] Burga y Flores Galindo, 1994, p. 187.

[309] Burga y Flores Galindo, 1994, p. 187.

o campesinos estaría de acuerdo con lo que propone Hobsbawm en su libro *Rebeldes primitivos*, de 1968. Allí, se presenta a los movimientos milenaristas como esencialmente revolucionarios, pero políticamente inertes. En ese sentido, el milenarismo se caracteriza por su esperanza en un cambio radical, en el que el mundo actual sucumbirá para dar lugar a uno totalmente diferente, cuando no opuesto. Pero al mismo tiempo, estos movimientos adolecen de una falta de carácter práctico que se expresa en su pasividad y ausencia de interés en promover activamente la llegada del nuevo mundo, en la confianza de que esta simplemente ocurrirá. Por ello, Hobsbawm considera que los milenarismos son movimientos primitivos, que pueden unir rápida y apasionadamente a los campesinos sobre la base de un «mito común de justicia trascendental»[310], pero luego terminan desapareciendo con la misma rapidez.

Sin embargo, este autor también sostiene que:

> El milenarismo, de hecho, no es mera reliquia conmovedora de un pasado arcaico, sino fenómeno utilísimo que los movimientos sociales y políticos modernos pueden utilizar con provecho para

[310] Hobsbawm, 1968, p. 265.

> difundir el ámbito de su influencia y para dejar la impronta de su doctrina en los grupos de hombres y mujeres por él afectados[311].

De este modo, el autor establece una división entre los movimientos milenarios, o arcaicos, y la política moderna, que se caracteriza por contar con una organización, una ideología, un programa (más para alcanzar el poder que para ejercerlo) y por supuesto, un líder.

No obstante, afirma que el milenarismo puede cumplir una importante función práctica en los proyectos políticos modernos, al permitirles conectar (en los países que así lo requieran) con un campesinado pobre y oprimido. De hecho, hace mención específica al caso latinoamericano, afirmando que en estas sociedades «el campesinado carece de derechos y recibe de un modo permanente un trato infrahumano, por lo que todo movimiento que llega y le dice que es un ser humano y tiene derechos, ha de ejercer algún atractivo»[312]. Si bien es cierto que estas afirmaciones fueron hechas hace muchos años, también lo es que siguen estando vigentes en alguna medida. Tal vez los campesinos ya no

---

[311] Hobsbawm, 1968, p. 141.

[312] Hobsbawm, 1968, p. 254

necesitan que les digan que tienen derechos, pero sí podría resultarles atractivo que revaloricen su cultura, que los presenten como herederos de un pasado glorioso y en ese sentido, que les ofrezcan una historia que les pertenece y los reivindica. De este modo, el milenarismo permite a los movimientos modernos difundir más rápidamente su propuesta, conectando con el descontento del campesinado. En ese sentido Hobsbawm sostiene que «un ambiente de exaltación encendida facilita en mucho la difusión de las noticias. [...], porque en tiempos milenarios cada cual se convierte en propagandista. [...] De este modo, un movimiento puede movilizar casi simultáneamente las masas de una zona extendida y nada tiene tanta importancia política como hacer tal»[313]. Por tanto, el milenarismo unido a un movimiento moderno, puede resultar muy útil políticamente, lo que explica que muchos movimientos opten por rodearse de un halo de esperanza milenaria, aunque en realidad no tiendan a ello[314].

Es precisamente esto lo que proponemos que hace el etnocacerismo. Se rodea de una atmósfera milenaria de manera instrumental para vincularse con ciertas tradiciones y recibir el apoyo de

---

[313] Hobsbawm, 1968, p. 141.

[314] Hobsbawm, 1968, pp. 140-142.

sectores indígenas y campesinos. Sin embargo, en realidad no es un movimiento milenario, sino uno esencialmente moderno. Como hemos visto, el etnocacerismo cuenta con todos los elementos que según Hobsbawm caracterizan a los movimientos modernos y es, además, el resultado de la agencia de su líder, por lo que carece de la pasividad propia del milenarismo. Asimismo, no es, como veremos en el próximo capítulo, revolucionario como los milenarismos, sino reformista. De acuerdo con esto, vale la pena citar nuevamente a Hobsbawm, quien sostiene que «Es un error creer que instituciones de aspecto arcaico vienen de muy antiguo. Pueden haber surgido hace poco por razones modernas, por más que se funden en un material antiguo o que lo parece»[315]. Por tanto, entendemos el etnocacerismo como un proyecto político moderno que se reviste de elementos milenarios porque los considera funcionales a sus aspiraciones políticas.

No obstante, volviendo al discurrir de la historia (en su versión etnocacerista), ninguna de las rebeliones precursoras del etnocacerismo tuvo éxito y el proceso de dominación continúa con la Independencia, ya que esta es simplemente

[315] Hobsbawm, 1968, p. 56.

una forma de separatismo criollo, por la cual se pasa de opresores españoles-europeos a opresores españoles-americanos[316]. El «actual parcelamiento criollo llamado "Perú"»[317] que se forma sigue siendo una neocolonia y por tanto, no constituye una verdadera república, sino una «republiqueta criolla»[318]. En ese sentido, tanto su nombre, como sus símbolos patrios son presentados como falsificaciones. Así, Antauro se refiere a los «bambeados» símbolos nacionales, como el «himno falsificado, escudo chilenizado y bandera extranjerizada»[319]. Vale la pena detenernos un momento en las críticas a la bandera, ya que como hemos visto, en otros lugares esta es presentada como el símbolo de la nación que invoca a los licenciados y reservistas a defenderla. Sin embargo, en su libro *Etnonacionalismo, izquierda y globalidad (visión etnocacerista)*, Antauro Humala sostiene que la bandera fue originalmente diseñada por un marino británico y lo explica sosteniendo que «Si se considera que la expedición sanmartiniana fue ante todo una empresa militar británica

[316] Humala, 2006a, p. 107.

[317] Humala, 2006a, p. 111.

[318] Humala, 2006a, p. 102.

[319] Humala, 2006a, p. 278.

[...], entonces resulta "lógica" la preocupación inglesa por dotar de "símbolo patrio" a su futura colonia, tal como informalmente lo fue Perú para Inglaterra hasta fines del siglo XIX»[320]. Si esta es la visión etnocacerista, resulta difícil de compatibilizar con la idea de que todo militar «juramenta ante la bandera (símbolo patrio), [...] por la Nación (Patria)»[321]. No queda claro por qué Antauro reclamaría fidelidad a la republiqueta criolla a través de un juramento a la bandera extranjerizada. Solo podemos entender esta como una de las contradicciones en las que incurre el etnocacerismo en su intento por compatibilizar su crítica a las instituciones con la necesidad de apelar a soldados sometidos a principios de jerarquía y disciplina.

En cualquier caso, y de acuerdo con lo anterior, el discurso etnocacerista considera a «la conquista, virreinato y república, todos "del Perú" a la manera de injertos en un tronco definitivamente más antiguo y por consiguiente original: el Tawantinsuyo milenario y enraizado a la "matria" o Pachamama»[322]. Evidentemente, al llamarlos «injertos» se busca presentarlos como

---

[320] Humala, 2006a, p. 278.

[321] Humala, 2004a, p. 3.

[322] Humala, 2006a, p. 106.

desviaciones introducidas de manera artificial y que por tanto deben ser amputadas para retornar al curso natural de las cosas (o en este caso, de la historia).

No obstante, en medio de todas estas críticas, reconoce que en el nacimiento de la república peruana tuvo un «rol trascendental»[323] el militarismo acaudillado. Asimismo, de la historia militar peruana, se rescata la Campaña de la Breña como lo único digno. Según Antauro, esta campaña marcó un punto de inflexión en la apreciación de los indígenas. Con ella se derrumba el mito de la superioridad blanca como justificación del colonialismo y surge el indigenismo[324], que presenta por primera vez a indígenas y cholos como protagonistas y héroes[325]. Se da así una

[323] Humala, 2006a, p. 112.

[324] Como afirman Burga y Flores Galindo, el indigenismo de inicios del siglo XX se caracteriza por su composición y carácter heterogéneos (1994, p. 262). Sin embargo, es posible afirmar que en buena medida se trata de un movimiento de intelectuales de clase media de provincias, que comparten una visión paternalista de los indios. En ese sentido, denuncian su situación, (culpando de ella a su falta de educación o su explotación en los latifundios) y se preocupan por su integración, pero desde una posición que aún ve a los indios como seres diferentes, inferiores, que necesitan ser defendidos (1994, pp. 262-264).

[325] Humala, 2006a, p. 123.

primera revalorización del «Perú profundo, folklórico y milenario»[326], que será visto como la única posibilidad de regeneración y se expresará políticamente como etnonacionalismo. El indigenismo se considera, así, una fuente elemental del proyecto etnonacionalista, junto con el anarquismo «gonzalezpradiano» y el agrarismo de la Revolución mexicana[327].

Según Antauro Humala posteriormente, en la década de 1920, surge en Cusco y Puno «una nueva generación de agrupaciones de índole etnonacionalista, como "Resurgimiento" y "Orkopata" [...] que orientarían la expresión emancipatoria del Perú profundo». Estas, se vincularán con el pensamiento mariateguista, «presagiándose una auspiciosa conjugación entre etnonacionalismo y socialismo»[328]. Las condiciones en este momento son presentadas como ideales para el desarrollo del proyecto etnonacional, ya que una serie de acontecimientos estimulaban su potencial mítico, exaltando el pasado prehispánico (descubrimiento de Machu Picchu, éxito de Ima Súmac, popularización

---

[326] Humala, 2006a, p. 125.

[327] Humala, 2006a, p. 130.

[328] Humala, 2006a, p. 131.

del teatro incaico...)[329]. Además, existe una alta movilización nativa, lista para ser canalizada en un sentido etnonacional.

Sin embargo, la influencia de la Revolución rusa y la implantación de la URSS comenzó a desviar la atención desde la etnicidad hacia la clase[330]. La potencialidad insurgente de carácter etnonacionalista termina siendo reemplazada por el marxismo eurocentrista. Así, se forman el Partido Socialista Peruano (1928) y el APRA (1931), y durante el resto del siglo XX la corriente etnonacionalista «quedaría embalsada por las condiciones [...] de la 2da. Guerra Mundial y en una posterior Guerra Fría»[331].

Continuando con la narrativa etnocacerista, las guerrillas de la década de 1960 y Sendero Luminoso son, al igual que los partidos mencionados, consideradas incapaces de enraizarse con la etnicidad debido a su ortodoxia marxista, que los lleva a centrarse en el factor clasista e ignorar el etnocultural. Además, el fracaso de Sendero

---

[329] Humala, 2006a, p. 132.

[330] Humala, 2006a, p. 134.

[331] Humala, 2006a, p. 144.

Luminoso llevaría, en último término, a una repotenciación de la derecha[332].

Por otro lado, afirma que en las décadas de 1950 y 1960 el CAEM «ejerció un rol trascendental en la fermentación del pensamiento (etno)nacionalista [...] dentro del aparato represivo en la época de invasiones de haciendas y surgimiento de guerrillas»[333]. Su fundador, el general José del Carmen Marín fue ordenanza de Cáceres, y se supone que en él se encuentra la «inspiración doctrinal del régimen velasquista»[334]. Marín diseña un currículo que incluye el estudio de la realidad nacional, invita como disertador a Arguedas y sostiene que «el potencial nacional es la resultante [...] de las fuerzas vivas de esa nación, o sea las fuerzas idiosincrásicas y étnicas de su elemento humano»[335], convirtiéndose en inspirador del etnocacerismo. Posteriormente, será en el seno del CAEM que se concentrará la «oposición institucional al proceso de "pentagonización" [...] [de] los ejércitos subordinados de Latinoamérica»[336] (la misma

---

[332] Humala, 2006a, p. 200.

[333] Humala, 2006a, p. 180.

[334] Humala, 2006a, p. 177.

[335] Humala, 2006a, p. 183.

[336] Humala, 2006a, p. 180.

que será luego reivindicada por los hermanos Humala). Así, es en una institución vinculada a las FF.AA. y con una gran capacidad de influencia sobre sus miembros, que, de acuerdo con Antauro Humala, resurge el etnonacionalismo.

Por último, según Antauro la caída del muro de Berlín en 1989 tuvo dos efectos positivos. Por una parte, el despeje conceptual que implicó el fin de la Guerra Fría y del comunismo. Por otra, y relacionada con al anterior, en este momento cobra mayor relevancia la etnicidad en distintos lugares del mundo. Esto permite desvelar que «en el mundo "de color" subdesarrollado [...] las contradicciones étnico-nacionalistas priman sobre las socio-clasistas»[337]. Como consecuencia, se fortalecen los movimientos étnicos, de manera que no hay un fin de la historia «en las zonas de gran calibre nativista del mundo subdesarrollado, en donde simplemente resultó ser un "desvelamiento" de la real profundidad de la historia»[338]. De acuerdo con esta interpretación, en la actualidad nos encontraríamos en el momento ideal para el triunfo del etnonacionalismo[339].

---

[337] Humala, 2006a, p. 229.

[338] Humala, 2006a, p. 230.

[339] De acuerdo con Amy Chua, el etnonacionalismo es un fenómeno global por medio del cual las poblaciones indígenas

Y para ello, nada es más importante que los esfuerzos del etnocacerismo, entendido como el instrumento político militar del etnonacionalismo en el Perú.

EL MILITARISMO

Como su nombre indica, el etnocacerismo tiene dos componentes fundamentales. Por una parte, está el étnico, referido, como hemos visto,

---

y mayoritarias de muchos países del mundo se enfrentan (en ocasiones violentamente) a las minorías étnicas dominantes en sus países. Se trata, entonces, de una reacción basada en el resentimiento y el odio étnico causados por la dominación económica, y muchas veces también política, de una minoría de origen extranjero que se apropia de manera ilegítima de la riqueza nacional. Esta autora sostiene que la expansión del libre mercado y la democracia global causan que las diferencias entre estos dos grupos se agudicen y que surjan «movimientos etnonacionalistas activos que exigen que la riqueza y la identidad del país vuelvan a los "verdaderos propietarios de la nación"» (2003, p. 20), respectivamente.

Antauro Humala considera que el etnocacerismo es la versión local y militante de este fenómeno global que expresa una suerte de nacionalismo étnico reivindicativo. Vale la pena añadir que Chua sostiene que estos movimientos suelen ser producto de la acción de demagogos que fomentan estos sentimientos de odio étnico en las frustradas mayorías empobrecidas y «toman a la minoría odiada como chivo expiatorio» (2003, p. 20) para promover sus propios intereses políticos. Como veremos en el próximo capítulo, esta explicación no está muy lejos de nuestra propia interpretación del etnocacerismo.

al potencial de la «etnia original ancestral y local»[340]. Por otra, está el castrense, representado por la figura fundadora del mariscal Andrés Avelino Cáceres, y la inspiración más reciente del general Juan Velasco Alvarado. El primero, considerado «desde la perspectiva del Ejército [...] la figura militar que encarna la cercanía de esta institución con los sectores populares del Perú»[341], es el principal héroe reivindicado por el etnocacerismo. Como hemos visto, los héroes representan un elemento fundamental en los esfuerzos por inventar las tradiciones nacionales, ya que personifican el sacrificio y la entrega por la patria. En esta sección nos centraremos en el componente militar de este discurso y haremos algunas referencias al nacionalismo al que está asociado.

El etnocacerismo es presentado por Antauro Humala como la «herramienta militar que materialize [sic] aquel proyecto reivindicador tawantinsuyano»[342]. Su naturaleza es entonces militar y esto, desde el punto de vista del Ejército, implica dos dimensiones fundamentales: «amor a la patria al punto de ofrendar la vida misma [...]

---

[340] Humala, 2006a, p. 112.

[341] Hurtado, 2006a, p. 68.

[342] Humala, 2006a, p. 112.

[y] la importancia del sujeto militar como agente de acción, como líder y conductor de hombres»[343]. Estas características, representadas por Cáceres, buscan atribuirse al etnocacerismo y sobre todo a su líder, Antauro Humala.

Por tanto, así como en el nacimiento de la república tuvo un «rol trascendental» el militarismo acaudillado, se piensa que el etnocacerismo tendrá un rol análogo en la abolición de esta «putrefacta Republiqueta y el parto de una II República de índole (etno)nacionalista»[344]. El etnocacerismo, también con un caudillo a la cabeza, será entonces el responsable de una segunda refundación, que dará lugar a una verdadera nación.

En esta narrativa la importancia de Cáceres proviene del hecho de que de la historia militar peruana, «hartamente acriollada, vale decir, falsificada y vergonzante, lo único puro y digno es la Campaña de la Breña»[345], por él liderada. De acuerdo con Antauro Humala, esta fue «la más grande campaña efectuada por el Ejército peruano»[346], debido a que fue una campaña

---

[343] Hurtado, 2006, p. 68.

[344] Humala, 2006a, p. 112.

[345] Humala, 2006a, p. 114.

[346] Humala, 2006a, p. 123.

original, de «batallones campesinos y populares [...] sin patrones ni generales»[347]. Así, se plantea que fue la intervención espontánea de la población andina, bajo el liderazgo de Cáceres, la que permitió ese triunfo. Frente a los criollos, que se rindieron ante el enemigo chileno y firmaron una paz vergonzosa mediante la cesión de territorio nacional; los batallones campesinos persistieron en la defensa de la patria hasta el final[348]. El pueblo andino, comandado por el «Tayta» Cáceres es entonces el protagonista de una «epopeya india poniendo a raya a ejércitos extranjeros y [...] traidores locales»[349]. Es esta doctrina de guerra cacerista que conjuga el sacrificio con el liderazgo y tiene como protagonistas a los campesinos de la sierra central, de la que se proclama heredero el etnocacerismo. Ello implica que no se requiere solo de la iniciativa del pueblo andino, sino que este debe estar guiado por un tayta —en este caso representado por Antauro Humala—, para lograr la victoria etnocacerista en el futuro.

En cualquier caso, para Antauro la campaña de la Breña representa un punto de quiebre, ya que hasta ese momento «las gestas libertarias de

[347] Humala, 2006a, p. 115.

[348] Humala, 2008, p. 7.

[349] Humala, 2006a, p. 123.

índole nativista [...] habían sido censuradas como "subversivas"»[350]; sin embargo, ante su rotundo éxito, fue imposible desaprobarla. Los batallones indígenas se presentan como los verdaderos patriotas, que no se rinden y luchan hasta el fin, ganándose el honor militar. Con ello, se dio origen al indigenismo, y se «tumbó [...] el mito de la superioridad blanca y la inferioridad cobriza»[351].

El etnocacerismo representa entonces un militarismo nuevo, diferente a los precedentes en el sentido de que el «protagonismo lo ejerce el reservista». Se establece una oposición entre el soldado de tropa y el oficial, de acuerdo con la cual este «militarismo tropero» se opone al «militarismo acaudillado» tradicional y se presenta como «altamente revolucionario en la medida que representa el estamento de extracción etnoclasista más popular y oriundo, como es la tropa»[352]. Antauro considera que la extracción popular y oriunda de las tropas las hace más revolucionarias no solo porque son las depositarias de la herencia incaica, sino también por su condición de pobres y excluidas, que sustentaría su interés en un cambio radical. En ese marco, su intento

[350] Humala, 2006a, p. 123.

[351] Humala, 2006a, p. 124.

[352] Humala, 2006a, p. 112.

por apelar a las mayorías populares a través de un discurso radical, que se supone más cercano a sus disposiciones, cobra sentido.

Vale la pena destacar que, aunque adopte una nueva forma, el etnocacerismo sigue siendo un tipo de militarismo. Y todos los militarismos se caracterizan por ser jerárquicos y autoritarios. En ese sentido, cabe preguntarnos hasta qué punto los reservistas y la tropa etnocaceristas son realmente protagonistas del proyecto político o se limitan a seguir las órdenes y aclamar al líder. De hecho, Antauro Humala se reconoce a sí mismo como un caudillo, afirmando que «En el diccionario, "caudillo" figura como jefe militar». Por lo tanto, sostiene que todos los militares son caudillos en potencia y que el caudillismo «A menudo es vital en cuanto relación revolucionaria entre liderazgo y masa». Antauro afirma que este tipo de relación con las masas es lo que ha permitido al etnocacerismo crecer: «Si no hubiera sido caudillista no hubiéramos avanzado tanto. Si no hubiera habido verticalidad, iniciativa y cojones aún estaríamos como un grupúsculo de barrio». De este modo, reconoce la importancia del liderazgo y la iniciativa en la formación de un proyecto político y sostiene que esto se debe a que «la ignorancia ha sido tan profundizada

en nuestro pueblo como medio de dominación que solamente el caudillismo podía servir de fulminante iniciador de este despertar en el que la masa se transforma en militancia»[353]. Vemos nuevamente el desprecio de Antauro por sus seguidores, y su carácter autoritario, al sostener, en definitiva, que cualquier proyecto político en el país requiere la presencia de un caudillo o líder que guíe a las masas ignorantes. Al hablar de «líder» y «masa», Antauro se expresa, como veremos en el próximo capítulo, en los términos del populismo.

Dado que el mariscal Cáceres es un personaje fundamental para el etnocacerismo, es necesario detenernos en algunos aspectos de su vida. Esto nos permitirá contar con una versión más objetiva contra la cual contrastar el relato etnocacerista y destacar la facilidad con la que este tergiversa los hechos históricos para adecuarlos a sus intereses.

Andrés Avelino Cáceres (1836-1923) «pertenecía a la clase terrateniente de la sierra sur central del país, era un mestizo y hablaba quechua»[354]. Ingresó muy joven al Ejército, y participó en varias guerras caudillistas y en la Guerra con Ecuador, antes de

---

[353] Humala, 2006g, p. 9.

[354] Hurtado, 2006, p. 68.

la Guerra del Pacífico. Esta guerra, que enfrentó al Perú con Chile, tuvo resultados desastrosos para el país, pero permitió a Cáceres destacar como un exitoso líder[355]. Una vez que Lima fue tomada, se retiró a la sierra central, desde donde organizó la resistencia. Sus orígenes andinos y su conocimiento del quechua le permitieron hacer alianzas con sectores del campesinado indígena de la zona y lograr su apoyo en los combates de la Campaña de la Breña (1881-1883). Estas guerrillas indígenas atacaron, además de a los soldados chilenos, a los hacendados blancos colaboracionistas, y fueron bastante exitosas, por lo que se convirtió en uno de «los últimos focos de resistencia peruana»[356]. Entretanto, se desarrolló una «extraordinaria relación entre Cáceres y sus montoneras, es decir entre el jefe militar y el pueblo, entre el padre —el *Taytacha* Cáceres en quechua— y sus hijos campesinos»[357].

Sin embargo, son los sucesos posteriores de su vida, que contrastan con esta imagen del héroe cercano al pueblo, los que suelen pasar por alto los etnocaceristas. Por una parte, Cáceres se convirtió en presidente de la república y en su

---

[355] Millones, 2006, p. 48.

[356] Millones, 2006, pp. 49-50.

[357] Hurtado, 2006, p. 68.

afán por restaurar el orden, «dio la espalda a esos campesinos alzados en armas y llevó a cabo una campaña de violencia indiscriminada contra ellos»[358]. Por otro lado, una vez en el gobierno, y con la intención de recuperar la economía, firmó «el controvertido Contrato Grace (1889), que supuso la entrega de ferrocarriles estatales y otros recursos a capitalistas foráneos»[359]. Asimismo, «restableció el tributo indígena en 1886»[360]. Finalmente, en 1895, tras casi diez años de haber llegado al gobierno, y debido a sus intenciones de permanecer en el poder, fue depuesto y exiliado tras una sangrienta guerra civil[361].

En sus primeras aproximaciones al tema, Antauro Humala prefirió ignorar en muchas ocasiones estos sucesos posteriores, sosteniendo que el etnocacerismo reivindicaba únicamente al Cáceres de la Breña. En otras ocasiones, intentó incorporar parte[362] de estas acciones en su discurso, justificándolas. Así, explica que Cáceres

[358] Hurtado, 2006, p. 68.

[359] Millones, 2006, p. 50.

[360] Cáceres, 2005, p. 9.

[361] Millones, 2006, p. 51.

[362] La apertura de Cáceres a la inversión extranjera y el restablecimiento del tributo indígena, claramente opuestos a las propuestas etnocaceristas, continúan sin ser abordados.

se vio obligado a fusilar a los jefes guerrilleros que propugnaban una reforma agraria, porque en ese momento «la prioridad era Chile». Al parecer las demandas de los guerrilleros ponían en riesgo la recuperación de Tacna y Arica, ya que desviaban la atención de la necesidad de «deponer al traidor Iglesias (títere de Chile) a fin de garantizar la reivindicación territorial». En ese sentido, «urgía un frente interno pacificado en pro de esa recuperación [...]. Y de eso no podían ser conscientes aquellos jefes guerrilleros para quienes la "patria chica" primaba sobre la "patria grande"»[363]. Más allá de la fidelidad histórica de esta explicación —que como hemos visto, nunca se puede dar por sentada en las narrativas etnocaceristas—, la perspectiva que expresa es un tanto perturbadora. Justifica el hecho de que Cáceres fusilara a sus seguidores, porque en determinado momento su corta visión les impide ver la situación general, volviéndolos incómodos para los planes del líder. En ese sentido, sostiene que el líder es el que ve más allá del resto y justifica el asesinato de aquellos que se ponen en el camino de lo que él considera es lo mejor para la nación. No podemos evitar preguntarnos si esta es la clase de líder que Antauro Humala aspira a ser.

---

[363] Humala, 2008b, p. 12.

En cualquier caso, el hecho es que Cáceres termina convirtiéndose no solo en héroe nacional, sino también en patrono del arma de infantería del Ejército. Este reconocimiento se basa no solo en su profesionalismo y destreza estratégica en la defensa de la patria, sino también en su rol como paradigma de las relaciones militar-campesinado[364]. Como ya adelantamos, probablemente sea este aspecto el que apeló a los etnocaceristas; la posibilidad de reactivar la alianza entre el Ejército y los sectores populares bajo la imagen de un héroe militar y líder de guerrillas campesinas. Asimismo, como sugiere Millones, existen curiosas coincidencias que parecen alimentar las aspiraciones de Antauro por presentarse como el sucesor de Cáceres. Así, la familia Humala también tiene «orígenes ayacuchanos, y no precisamente humildes, como los del propio mariscal. Igualmente, Cáceres y el etnocacerismo han tenido un discurso popular y autoritario, ligado al campesinado y al mundo provinciano; los dos formaron partidos políticos luego de su acto fundacional militar»[365]. La pregunta que queda abierta entonces, es hasta dónde imitaría Antauro los pasos de Cáceres.

[364] Millones, 2006, p. 53.

[365] Millones, 2006, p. 56.

Antes de pasar a analizar otro de los elementos del discurso etnocacerista, es oportuno destacar que el Ejército peruano como institución también construye una imagen de sí mismo a través de la invención de una tradición. Así, manipula la historia para establecer ciertas continuidades (especialmente con los Incas, ignorando el periodo colonial), y se crean hitos (la Guerra de Independencia, la Batalla de Ayacucho), héroes (Bolognesi, Grau, Quiñones, el propio Cáceres) y símbolos (el himno y el escudo del Ejército). Como hemos visto, muchas de estas prácticas son instauradas (o inventadas) durante el gobierno de otro de los inspiradores del etnocacerismo, el general Velasco.

Al igual que en el caso de Cáceres, es oportuno detenernos un momento para perfilar su trayectoria. Juan Velasco Alvarado (1910-1977) provino de una familia humilde de la provincia de Piura. Entró al Ejército como soldado raso en 1929 y al año siguiente ingresó a la Escuela Militar de Chorrillos. Una vez graduado, tuvo una brillante carrera militar que lo llevó a convertirse en comandante general del Ejército y presidente del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas en enero de 1968. En octubre de ese año, lideró la Junta Militar que derrocó al presidente Fernando

Belaunde, con lo que se convirtió en presidente del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. La causa inmediata de este golpe fue la crisis generada por el acuerdo con la International Petroleum Company; las causas de fondo derivan de las limitaciones del gobierno de Belaunde a la hora de ejecutar las reformas políticas, económicas y sociales que algunos sectores del Ejército consideraban urgentes.

La primera decisión adoptada por el nuevo gobierno «consistió en hacer ocupar por el Ejército las instalaciones de Talara y de izar en ellas la bandera nacional»[366]. Con esta medida espectacular se iniciaba un gobierno que pasaría a la historia por sus esfuerzos por liquidar a la oligarquía agroexportadora y acabar con la dependencia de los Estados Unidos para convertirse en el motor del desarrollo industrial del país. Asimismo, este gobierno destacó por sus esfuerzos por lograr la inclusión política y simbólica de los campesinos indígenas en la nación. Para ello, «emprendió una reforma agraria radical, oficializó el quechua»[367] y desarrolló un discurso y una legislación favorables al campesinado. Sin embargo, después de los primeros años del régimen, las reformas se fueron

[366] Bourricaud, 1970, p. 37.

[367] Méndez, 2006, p. 21.

debilitando y este se fue volviendo cada vez más represivo. Finalmente, las reformas fueron detenidas y desmanteladas durante el gobierno del general Morales Bermúdez, quien derrocó a Velasco en 1975, inaugurando la segunda fase del gobierno militar (1975-1980).

Las coincidencias del etnocacerismo con el gobierno de Velasco no terminan en la afición por inventar tradiciones. Velasco fue el primer presidente en reivindicar lo andino como la expresión de lo nacional. En buena medida, este reconocimiento es recuperado por el etnocacerismo, pero con referencia no solo a los andinos, sino a los llamados cobrizos, que conformarían un grupo más amplio. Asimismo, «[d]urante su primera etapa, el gobierno revolucionario de la Fuerza Armada percibió a la oligarquía como el enemigo del país y el ente que impedía su desarrollo»[368]. En el mismo sentido, el etnocacerismo identifica a los blancos como los enemigos que impiden el desarrollo del país y busca «romperles el espinazo», tal como hizo Velasco con la oligarquía. Con ello, el general Velasco modificó de manera fundamental la sociedad peruana, cerrando parte de su historia.

---

[368] Hurtado, 2006, p. 64.

Como hemos visto, Antauro Humala también dice querer modificar de manera radical la organización social, política y económica del país, para dar origen a un nuevo, y glorioso, orden. Pero para ello, debe enfrentarse a los blancos, lo que hace en los términos explicitados en la próxima sección.

EL DARWINISMO SOCIAL

El discurso etnocacerista tiene un componente fuertemente darwinista que parece derivarse del pensamiento geopolítico. Como hemos visto, a partir de la década de 1960, esta doctrina tiene una gran influencia en las Fuerzas Armadas del cono sur, incluyendo la peruana, y a través de esta, en el etnocacerismo. De hecho, una de las asignaturas que se dictan en las escuelas de adoctrinamiento etnocaceristas es la de geopolítica[369].

La geopolítica fue fundada a finales del siglo XIX por Friedrich Ratzel, un biólogo contemporáneo a Darwin, en cuyo pensamiento —al igual que en el de muchos pensadores de la época— la teoría de la evolución tuvo una fuerte ascendencia[370].

[369] Willer, 2006, p. 16.

[370] Kahhat, 2007, p. 75.

Esta se expresa en el hecho de que la geopolítica se construya sobre la base de «una metáfora organicista del Estado (según la cual este se concebía como un organismo viviente en constante evolución), y una metáfora evolutiva (o darwinista) de las relaciones interestatales»[371]. De acuerdo con ella, el Estado es considerado un organismo geográfico «que, bajo el impulso de su *Volkgeist*, lucha por sobrevivir y crecer en un medio hostil, o perecer en el proceso»[372]. Por *Volkgeist* se entiende aquí «el espíritu» o «la esencia de un pueblo» (o nación) — probablemente se trate de aquello que el etnocacerismo llama «identidad» y busca recuperar para el pueblo cobrizo—.

Los pensadores geopolíticos, al «comprender al Estado-nación como un ser viviente, afirmaban la naturaleza orgánica (y, por ende, necesaria) de los vínculos sociales: guiados por el impulso inconsciente pero ineluctable de su *Volkgeist*, los Estados nacionales luchan en forma denodada por realizar su potencial»[373]. Podemos encontrar la influencia de esta perspectiva en lo que el etnocacerismo sostiene que es una de sus principales intenciones: luchar por la realización

---

[371] Kahhat, 2007, p. 166.

[372] Kahhat, 2007, p. 88.

[373] Kahhat, 2007, p. 85.

del potencial cobrizo. Asimismo, el etnocacerismo plantea que los vínculos sociales tienen una base biológica, probablemente también con la intención de naturalizarlos, haciéndolos incuestionables[374].

Sin embargo, para poder realizar su potencial, los Estados tienen que embarcarse, al igual que las especies, en una lucha por la supervivencia. Así, compiten por recursos escasos que les permitan incrementar sus expectativas de vida, y solo los más aptos y capaces sobreviven. En el caso de los Estados el principal recurso por el que luchan es el espacio geográfico o «espacio vital», que «debe ser coextensivo con la nación cuya voluntad encarna»[375]. Por lo tanto, la geopolítica «se ocupa de la expansión mediante la colonización o adquisición de territorios vecinos»[376].

Esta idea de estados que luchan entre sí por sobrevivir y ocupar mayores territorios que les permitan desplegar el potencial de su *Volkgeist* está claramente en la base de la interpretación

---

[374] Del mismo modo podemos entender los intentos de Antauro por hacer creer que «el concepto de raza es ante todo de índole científico» (Saldaña, 2007, p. 226). Si fuera así, tendría sentido afirmar que, al basarse en él, «el etnonacionalismo (y su derivado etnocacerista) sí que tiene categoría de edificio ideológico» (2007, p. 226).

[375] Kahhat, 2007, pp. 89-90.

[376] Kahhat, 2007, p. 89.

etnocacerista de las relaciones internacionales. La diferencia fundamental se encuentra en que esta no habla de estados en lucha, sino de etnias, reduciendo las relaciones internacionales a relaciones interétnicas. El etnocacerismo se presenta, así, como un claro heredero de la geopolítica al considerar a los estados en términos vitalistas y presentar sus relaciones «como un conflicto perenne por espacio geográfico»[377].

Es precisamente en estos términos que el etnocacerismo explica la relación entre los blancos y los cobrizos. De acuerdo con él, la historia y las relaciones internacionales se entienden como una lucha étnica por la existencia, que se expresa en los términos de un choque de civilizaciones[378]. Por tanto, «la pugna inter-racial de índole "liberacionista antiblanca"»[379] liderada por el etnocacerismo en el Perú, no sería más que la versión local de una «pugna biológico-cultural»[380] considerada objetiva, global e histórica.

En este contexto de lucha por la vida la violencia se presenta como necesaria y legítima, para

---

[377] Kahhat, 2007, p. 166.

[378] Humala, 2006a, p. 39.

[379] Humala, 2006a, p. 41.

[380] Humala, 2006a, p. 44.

escapar a una muerte lenta y pasiva a causa de la pobreza y la marginación. La globalización es así entendida por el etnocacerismo como expresión de la lucha entre etnias. En ese sentido, la llama globocolonización, y la entiende como una nueva versión de la colonización tradicional en la que se combinan la selección cultural y la selección natural para producir un proceso de selección étnico[381]. Como respuesta, se entiende el «carácter reivindicativo [...] de los procesos subversivos del mundo subdesarrollado»[382], ya que tienen el derecho y el deber de despertar de la pasividad, defenderse y pelear por su vida, de acuerdo con la ley natural de lucha por la existencia. Trastocar lo impuesto a través de una lucha insurgente se convierte para estos pueblos en la única alternativa ante la amenaza de la extinción (mediante el etnocidio y el mestizaje). Precisamente por ello, se afirma que los etnonacionalismos del mundo subdesarrollado representan la principal amenaza del globocolonialismo.

La «globocolonización» es entendida entonces como un fenómeno de carácter global con facetas culturales, sociales, económicas y militares[383].

---

[381] Humala, 2006a, p. 44.

[382] Humala, 2006a, p. 25.

[383] Humala, 2006a, p. 23.

Culturalmente implica la alienación y desculturización de una etnia dominada que deja de producir e innovar y empieza a degenerar. En su perspectiva social, implica sometimiento y control demográfico de los «humanoides» —mediante «demografía dosificada, planificación familiar [...] y (des)nutrición premeditada»[384]—. En su variante económica, implica dependencia y beneficia exclusivamente a los capitales mundiales que se aprovechan de la disponibilidad de un «"mercado" neoliberalizado adicto a la oferta del norte»[385]. Finalmente, en su faceta militar, implica la subordinación de las Fuerzas Armadas locales a doctrinas impuestas desde fuera y en último término su desaparición ante el «omnipotente "Libre Mercado"»[386].

De esta manera, el etnocacerismo intenta insertar su lucha en el marco de un conflicto natural, global e histórico. Desde el punto de vista de la invención de la tradición, el hecho de que esta lucha se base en aspectos biológicos (y por lo tanto necesarios) puede ser visto como una manera de naturalizarla. El enfrentamiento entre blancos y cobrizos es así irrefutable, no solo porque es

[384] Humala, 2006a, p. 45.

[385] Humala, 2006a, p. 45.

[386] Humala, 2006a, p. 219.

parte de un proceso más amplio, sino también porque es natural, porque ambos grupos están biológicamente destinados a luchar en virtud de la selección natural. Asimismo, el triunfo de los cobrizos es también considerado irrefutable, ya que, tal como su pasado lo demuestra, cuentan con la capacidad y la fuerza para derrotar a sus enemigos y crear un imperio cuyas fronteras coincidan con la extensión de la estirpe cobriza de índole tawantinsuyana.

EL MARXISMO BURDO

El etnocacerismo se presenta a sí mismo como la superación de la ortodoxia marxista al plantear una propuesta mejor adaptada al contexto latinoamericano en la medida en que incorpora el factor étnico. Sin embargo, el etnocacerismo también adopta muchos elementos propios del marxismo, aunque en su versión más básica y simplista.

Quizás el más importante sea su visión de la historia. El etnocacerismo, al igual que el marxismo, sostiene que el motor de la historia es la lucha de contrarios, y que, a través de esta lucha, se va pasando de una fase histórica inferior a una superior. Mientras el marxismo entiende

que «las fuerzas sociales comprometidas en la lucha de clases [...] son el motor de la historia»[387], el etnocacerismo adopta la idea de lucha, pero sostiene que el «motor de la historia es "binario": Factor Etnocultural (FEC) + Factor Clasista (FC)»[388]. Asimismo, tanto el marxismo como el etnocacerismo sostienen que la sociedad ideal que proponen es una necesidad histórica que se concretará en el futuro próximo como desenlace de esta lucha. No obstante, vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que este «evolucionismo materialista del marxismo»[389] se contradice con la visión etnocacerista del Imperio incaico como un momento de esplendor que hay que recuperar. Como hemos visto, las contradicciones son comunes en la narrativa etnocacerista.

En cualquier caso, el etnocacerismo y el marxismo también coinciden en su apreciación positiva del papel de la violencia en el desarrollo de la humanidad. Mientras el marxismo entiende que «[e]s la lucha de estas clases y no la acción de los individuos aislados la que determina la

---

[387] Harnecker, 1973, p. 236.

[388] Humala, 2006a, p. 13.

[389] Harnecker, 1973, p. 222.

marcha de la historia»[390]; el etnocacerismo afirma que se trata de la lucha de etnias. Sin embargo, ambas perspectivas sostienen que es a través de la violencia que se da el paso de una fase histórica a la siguiente. Como hemos visto en el caso del etnocacerismo, si bien busca participar en las elecciones, enfatiza que el cambio radical que propugna no saldrá de las urnas sino de la acción violenta de las multitudes.

Por otro lado, el etnocacerismo recoge también la visión de que existe cierto grupo social, que a pesar de encontrarse en situación de desventaja representa las fuerzas del cambio. En el caso del marxismo, se trata de la clase obrera, una clase nueva que expresa el máximo desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo. En el caso del etnocacerismo, se trata de la «etnoclase de estirpe cobriza»[391], depositaria de la cultura milenaria. Estas clases son las responsables de reaccionar violentamente y de este modo suscitar el avance de la historia. Así, Antauro sugiere que los cobrizos conforman una etnoclase basada en una solidaridad étnica superior a la nacionalidad y similar a la solidaridad clasista que une a los obreros. De este modo, donde el marxismo

[390] Harnecker, 1973, p. 235.

[391] Saldaña, 2007, p. 224.

entiende que es «lo económico la esencia de lo político-ideológico»[392], el etnocacerismo afirma que la base sobre la que se levantan la política y la ideología es étnica.

Asimismo, tanto el marxismo como el etnocacerismo sostienen que para que estas clases se conviertan en revolucionarias es preciso que tomen conciencia «de sus verdaderos intereses de clase»[393]. Y este es precisamente el propósito de ambas propuestas, lograr que sus seguidores pasen de la conciencia en sí a la conciencia para sí, y se conviertan en revolucionarios militantes. En ese sentido, ambas entienden que esta conciencia de clase no la adopta un individuo por sí mismo, sino que necesitan del partido (o en el caso etnocacerista, del líder) para «mostrarle y ayudarlo a ser consecuente con sus verdaderos intereses de clase»[394]. En el caso del etnocacerismo, esta conciencia para sí, implica darse cuenta de que se encuentran en una situación de explotación, pero también de que como herederos de una cultura milenaria pueden regenerarse de humanoides en humanos recobrando su potencialidad revolucionaria. En ese sentido, Antauro habla de «El cobrizo

---

[392] Harnecker, 1973, p. 222.

[393] Harnecker, 1973, p. 182.

[394] Harnecker, 1973, p. 183.

"para sí", el cholo liberado; este advierte instintivamente [...] que es un perseguido»[395].

Por último, el etnocacerismo recoge el antiimperialismo del marxismo de mitad del siglo XX, que se oponía a la intervención del capital y la política extranjera (principalmente norteamericana) en los países de América Latina. El etnocacerismo interpreta la intervención extranjera como una forma de neocolonialismo, pero que en este caso no busca solo enriquecerse y fortalecerse políticamente, sino imponer su cultura y acabar con las etnias locales.

Pese a esta influencia marxista, los etnocaceristas sostienen que el problema del marxismo es que es eurocentrista, ignora los aspectos étnicos y raciales, lo que le hace perder fuerza y capacidad de apelación. Además, debilita su potencial al considerar el revisionismo como una herejía, cuando debería empezar por revisar todo y adaptarlo al entorno local. En ese sentido, afirman que el factor étnico tiene mayor repercusión y potencial que el clasista, ya que es más antiguo y profundo. Por tanto, sugieren que la izquierda marxista podría evolucionar

[395] Humala, 2006a, p.105.

conectándose con el enfoque étnico[396]. De este modo, plantean que «la manera coherente de ser socialista en un país colonizado, acomplejado y "de color" —como el nuestro— arranca por ser etnonacionalista»[397]. Se considera absurdo «pretender el socialismo en una (neo)colonia sin antes (r)evolucionarla en nación soberana»[398]. Marxismo y etnonacionalismo deben entonces confluir para liberar a los cobrizos de su situación colonial e instaurar una sociedad más igualitaria.

Esta confluencia sería, además, posible porque, según Antauro Humala, el marxismo no se opone esencialmente al racismo, ya que el marxismo primigenio «supo reconocer el "aporte biológico" del darwinismo»[399]. Aquí parecemos encontrar nuevamente la relectura de la historia propia del etnocacerismo, ya que, como sostiene Callirgos, Marx claramente se oponía al racismo[400]. Sin embargo, en la versión de Antauro fueron sus continuadores quienes, buscando desechar el argumento de las razas superiores utilizado por el colonialismo (que obstaculizaría la lucha de

---

[396] Humala, 2006a, p. 32.

[397] Humala, 2006a, p. 13.

[398] Humala, 2006a, p. 14.

[399] Humala, 2006a, p. 37.

[400] Callirgos, 1993, p. 44.

clases) impugnaron al mismo tiempo «al concepto científico de raza»[401]. Este rechazo no tenía mayor importancia en una Europa unirracial, pero terminó mutilando el contenido de la izquierda para las regiones «de color»[402].

Sobre la izquierda peruana, el discurso etnocacerista sostiene que estuvo seriamente limitada al depender colonialmente de los dictados de Moscú o Pekín. Por ello, subordinó «la naciente autentificación etnonacionalista a un abstracto "internacionalismo proletario"»[403]. A esta falta de independencia (y por tanto de identidad) se añade el problema de las «dirigencias de extracción acriollada, avergonzadas [...] del "folklórico exotismo"»[404] y que por lo tanto ignoran el factor étnico.

En términos más concretos, se afirma que el Partido Comunista Peruano mostró cierta predisposición a combinar el factor clasista y el étnico al presentar un candidato indio en las elecciones de 1931. Sin embargo, estos acercamientos se vieron frustrados por la «desmariateguización» llevada a

401 Humala, 2006a, p. 39.

402 Humala, 2006a, p. 129.

403 Humala, 2006a, p. 138.

404 Humala, 2006a, p. 145.

cabo por Eudocio Ravines[405]. Además, el propio José Carlos Mariátegui rechazó la importancia del nacionalismo en la lucha antiimperialista, descartando tajantemente el factor etnocultural[406]. Esta es presentada por Antauro Humala como la causa del estancamiento del mariateguismo.

Por su parte, el Partido Aprista Peruano (PAP) se mostró más independiente en el discurso de Haya de la Torre, que afirmaba la necesidad de adaptar el marxismo al contexto local. Esto le permitió conjugar el factor clasista y el etnocultural (si bien anteponiendo siempre el primero), aunque referido a la «peruanidad criolla» (en vez de a la «tawantinsuyidad»)[407]. Sin embargo, posteriormente el PAP «se embaucaría en una serie de "piruetas ideológico-electoreras" que terminarían por prostituirlo políticamente»[408].

Encontramos así que «un eurosocialismo encandilado con el internacionalismo proletario desubicó tanto en el aspecto étnico como en el geopolítico»[409] a los principales partidos de

---

[405] Humala, 2006a, pp. 144-145.

[406] Humala, 2006a, p. 117.

[407] Humala, 2006a, pp. 150-151.

[408] Humala, 2006a, p. 152.

[409] Humala, 2006a, p. 138.

izquierda. Despreciaron entonces el nacionalismo y «no lograron despercudirse de aquel «estándar cultural criollo»», siendo incapaces de conceptualizar al indígena más que como un problema[410].

Todo esto contribuyó a socavar el potencial nacionalista de la izquierda peruana, el mismo que además se vio mutilado por el tradicional desprecio del marxismo hacia el nacionalismo. Antauro sostiene que la animadversión de la izquierda hacia el etnocacerismo deriva tanto de lo anterior como de la «herencia del enconado antimilitarismo de la Internacional Socialista»[411].

En cualquier caso, para superar estas limitaciones, el etnocacerismo busca conjugar el factor etnocultural con el clasista, aunque siempre anteponiendo el primero al segundo. Esto se debe a que considera que concentrarse únicamente en el factor etnocultural, rechazando el clasista le quitaría «capacidad de integración a la lucha de liberación, condenándola a priori al fracaso». Se opta entonces por una «yuxtaposición [...] de la identidad con la solidaridad»[412] que le permita tener una mayor apelación entre la población.

---

[410] Humala, 2006a, pp. 148-149.

[411] Humala, 2006a, p. 140.

[412] Humala, 2006a, p. 159.

Esta decisión lleva a pensar que a la hora de construir la propuesta política etnocacerista ha tomado en consideración el objetivo de atraer al mayor número de seguidores posible. Así, tal como se opta por combinar el clasismo con la etnicidad para llegar a más personas, es probable que la decisión de inventar una nación cobriza haya partido del reconocimiento de que quienes se reconocen como indígenas no son suficientes para alcanzar el poder. En ese sentido, el etnocacerismo necesita inventar o construir una identidad que aglutine a los sectores indígenas y mestizos, mayoritarios y con un fuerte «potencial revolucionario» —debido a la discriminación de que tradicionalmente han sido objeto— y los convierta en los protagonistas de su propuesta.



Como hemos visto a lo largo de este capítulo, el discurso etnocacerista está compuesto de nociones provenientes de distintas vertientes que se recuperan y ensamblan en un discurso ecléctico y muchas veces contradictorio. Sin embargo, lo que queremos destacar de este discurso es la audacia con la que se manipulan no solo estas

nociones sino incluso los hechos históricos para construir una narrativa favorable a los intereses políticos etnocaceristas. Así, no solo intenta, como vimos en el capítulo anterior, diferenciarse del resto de propuestas políticas, sino que pretende presentarse como el resultado necesario de la marcha histórica en sus esfuerzos por atraer un apoyo masivo.

4
LA ESTRATEGIA POPULISTA

Este capítulo pretende demostrar, en primer lugar, que el etnocacerismo utiliza el populismo como estrategia política para obtener un apoyo multitudinario e intentar alcanzar el poder. En segundo lugar, busca establecer que el proyecto etnocacerista es un caso de populismo radical debido al carácter confrontacional, violento y racista de su discurso. Por último, sugiere que son precisamente estas características radicales las que limitan su capacidad de apelación a sectores más amplios de la población, impidiendo su triunfo político.

Para poder profundizar en estos aspectos, debemos empezar por aclarar qué entendemos por populismo. El populismo ha sido un fenómeno recurrente en la política latinoamericana,

especialmente desde la década de 1930, y desde entonces se ha desarrollado un intenso debate en torno a su significado. Algunos, incluso afirman que el populismo es una característica intrínseca de la política y, por tanto, siempre estaría presente. Sin embargo, aquí vamos a optar por una definición política del populismo, ya que la consideramos más funcional a los fines de nuestra investigación, permitiéndonos trabajar con el concepto y analizar los casos en que es aplicable.

EL DEBATE SOBRE EL POPULISMO

Vale la pena hacer un breve recorrido histórico que explique cómo y por qué llegamos a la definición política del populismo, y en qué consiste. Como sabemos, las primeras definiciones del populismo en América Latina, corresponden al populismo clásico del periodo 1930-1960. Sin embargo, estas, más que definiciones parecen descripciones, al incluir una serie de elementos que tienen que coincidir en el tiempo para que un fenómeno califique como populista. En palabras de Weyland, se trata de conceptos acumulativos, que incluyen atributos de ámbitos distintos: sociales, políticos y económicos[413]. Así, se ponía

[413] Weyland, 2001, p. 5.

el énfasis en procesos de modernización y urbanización que llevan a las ciudades a grandes masas de personas que no son incorporadas al sistema político y por lo tanto están «disponibles» para ser movilizadas por el discurso populista[414]. Estas interpretaciones estructuralistas se centran en los factores económicos para, a partir de ellos, explicar el surgimiento y desarrollo del populismo, lo que las lleva a conceptualizarlo «como una modalidad de acumulación de capital que emana de una configuración determinada de la estructura productiva de la sociedad»[415].

Estas definiciones materialistas del populismo debían mucho a la influencia de las teorías de la modernización y dependencia. En ese sentido, veían al populismo como el producto de cierta fase de desarrollo, lo que explicaría, que en los casos en que llegaba al poder, interviniera en la economía mediante políticas desarrollistas, nacionalistas y de promoción de la industrialización[416]. En términos políticos, el populismo se caracterizaba por un liderazgo fuerte, muchas veces carismático, que establecía una relación directa con masas heterogéneas y con altos niveles de

---

[414] Ianni, 1975 y Vilas, 1994.

[415] Vilas, 1994, p. 128.

[416] Ianni, 1975 y Vilas, 1994.

organización[417]. Esta relación y, por tanto, el apoyo de las masas al líder, se demostraban a través de mítines y manifestaciones callejeras. Asimismo, el populismo se caracterizaba por promover la expansión de derechos sociales tales como la educación, la salud y la seguridad social, como una forma de fortalecer el vínculo con las masas. Algunos autores interpretaron estas concesiones como parte de «un estilo político de dominación que incluyó, por un lado, la manipulación de las masas, y por otro, algún grado de satisfacción de sus intereses económicos y sus aspiraciones sociales y políticas»[418]. Sobre esta relación entre manipulación y satisfacción de las masas ahondaremos en el siguiente acápite.

[417] Vilas, 1994, pp. 43-44. Existe debate en torno al nivel de organización de las masas en los populismos. Mientras autores como Weyland (1996, p. 10) sostienen que son desorganizadas, Carlos de la Torre afirma, a partir de investigaciones etnográficas, que esta afirmación es un reflejo de las perspectivas de los autores, más que de la realidad (2004, p. 55). Así, sostiene que parten de considerar al populismo como un fenómeno excepcional por lo que suponen que viene acompañado de procesos de cambio social abruptos, causando desorganización (p. 55). De la Torre sostiene, por el contrario, que el populismo es un fenómeno recurrente en América Latina y se organiza a través de redes clientelares en las que los seguidores tienen cierto margen de maniobra y negociación y no se limitan a seguir ciegamente al líder. Esta autonomía de las masas, había sido destacada ya por Ianni (1975, p. 48).

[418] Vilas, 1994, p. 42.

Sin embargo, en la década de 1980 una serie de sucesos llevan a cuestionar la utilidad de estas definiciones acumulativas. Por una parte, las teorías en que se basaban (modernización y dependencia) pierden credibilidad, al comprobarse que el desarrollo no seguía las fases por ellas establecidas. Por otra, los hechos muestran la aparición de líderes con características populistas en un contexto socioeconómico muy diferente. Líderes que si bien mantienen el carácter personalista y las relaciones con las masas, promueven políticas económicas de signo contrario, es decir, neoliberales[419]. Esta divergencia entre las estrategias políticas populistas, que se mantienen, y las características socioeconómicas, que varían, llevan a necesitar nuevas definiciones de populismo que puedan dar cuenta de sus nuevas manifestaciones[420].

De esta manera, surge una definición que identifica la política como el ámbito central del populismo y descarta los atributos de otros ámbitos como accidentales y, por tanto, susceptibles de cambio. Así, se presenta el populismo como una forma específica de competir por y ejercer el poder político. Se trataría entonces de una «estrategia

---

[419] Weyland, 1996.

[420] Weyland, 2001, p. 7.

política» en la que un líder individual busca o ejerce el poder basado en el apoyo de grandes masas de seguidores[421].

Un elemento fundamental de esta definición política es que plantea que el objetivo central del populismo es obtener el apoyo de las masas para ganar y ejercer el poder, siendo lo demás en buena medida instrumental a este propósito. Esta definición tiene la ventaja adicional de que recupera un elemento central del populismo que era ignorado por las otras definiciones: su oportunismo y flexibilidad[422]. Da cuenta del oportunismo propio del populismo al plantear que tanto las políticas sociales como las económicas no son más que instrumentos para alcanzar (y mantener) el poder. En el mismo sentido, explica la flexibilidad de los líderes populistas y su débil compromiso con políticas o ideologías específicas[423]. Así, coincide con lo expresado por autores como Ianni, Gerchunoff o Villegas, en cuanto a la ausencia de una verdadera estrategia populista de desarrollo y al carácter pragmático de estos regímenes[424],

[421] Weyland, 2001, p. 12.

[422] Weyland, 2001, p. 10.

[423] Weyland, 2001, p. 11.

[424] Vilas, 1994, p. 64.

dando lugar a ideologías eclécticas y en algunos casos incluso contradictorias. Aquí vale la pena destacar, con Ianni, que estas características no tienen por qué afectar a la legitimidad de la ideología etnocacerista, ya que esta no deriva de su coherencia interna, sino de su procedencia —es decir, de que provenga del líder—[425].

El hecho de que esta definición no descanse en un estructuralismo socioeconómico implica la recuperación de la agencia dentro del estudio del populismo. Este no será más el resultado de ciertas condiciones socioeconómicas y por tanto el reflejo de un momento histórico, sino el producto de los esfuerzos de ciertos líderes por gestar un proyecto político exitoso. Esta autonomía del ámbito de la política es fundamental para entender el populismo. No obstante, aquí cabe hacer una pequeña salvedad. Si bien el populismo no resulta necesariamente de condiciones socioeconómicas específicas, sí podemos afirmar que ciertas condiciones de exclusión social y política crean un clima propicio para la gestación de un proyecto populista[426].

---

[425] Ianni, 1975, p. 43.

[426] De la Torre, 2004, p. 73.

Por último, la definición política del populismo incluye ciertas características que deberán ser tomadas en cuenta a la hora de clasificar un partido o proyecto político. En primer lugar, tiene un liderazgo personalista muy fuerte que muchas veces se basa en el carácter carismático de un líder que intenta enfatizar el hecho de que está predestinado a alcanzar el poder y hacer justicia. En segundo lugar, este líder busca el apoyo de grandes masas, y se basa en este para potenciar su influencia. En tercer lugar, establece una relación directa, personal y fluida con sus seguidores. En cuarto lugar, desarrolla una retórica antielitista que promete proteger al pueblo —conformado únicamente por quienes lo apoyan— de sus enemigos. Al hacerlo, construye al pueblo y a sus enemigos como categorías antagónicas, sobre la base de un conflicto que puede ser tanto real como imaginado[427]. De este modo, crea una idea de pueblo que busca aglutinar y fortalecer sus bases de apoyo.

A partir de estas características políticas, se han propuesto distintos tipos de populismo, que se definen por la coincidencia de ciertos rasgos adicionales. Así, además del populismo clásico del

---

[427] Weyland, 2001, pp. 11-12.

periodo 1930-1960, del que ya hemos hablado, y que tiene como principales exponentes a Juan Domingo Perón, en Argentina, y a Getulio Vargas, en Brasil, surgiría el neopopulismo de las décadas de 1980 y 1990, con exponentes tales como Alberto Fujimori, en Perú, y Carlos Menem, en Argentina. Recientemente, se han propuesto los conceptos de etnopopulismo y populismo radical para definir algunos de los movimientos políticos de la región. En este marco, nosotros proponemos que el etnocacerismo es un caso de populismo radical. Sin embargo, antes de profundizar en este tema, vale la pena detenernos un momento en desarrollar las implicancias del populismo en la democracia.

POPULISMO Y DEMOCRACIA

Muchos autores, desde los comienzos del populismo en América Latina han destacado la ambigüedad de su relación con la democracia, al combinar «respecto de las masas, movilización y manipulación, organización y represión»[428]. De acuerdo con ello, el populismo combina un componente democratizador, que busca la inclusión política de sectores excluidos y

[428] Vilas, 1994, p. 135.

la representación de sus intereses, con un componente autoritario que manipula y controla a las masas para lograr los objetivos del líder.

La idea de fondo, es que, si bien el líder concede derechos y beneficios a las masas, lo hace únicamente porque necesita mantener su apoyo para permanecer en el poder. En ese sentido, estas concesiones, si bien son importantes y representan el reconocimiento de sectores previamente excluidos, pueden ser vistas como una forma de manipulación para mantener a las masas contentas, ya que no representan un verdadero compromiso con sus reivindicaciones. Por ello, autores como Vilas describen al populismo como «un estilo político de dominación que incluyó, por un lado, la manipulación de las masas, y por otro, algún grado de satisfacción de sus intereses económicos y sus aspiraciones sociales y políticas»[429]. En la misma línea, Ianni afirma que el populismo «instrumentaliza a las masas trabajadoras, al mismo tiempo que manipula las manifestaciones y las posibilidades de su conciencia»[430], y cita a di Tella al sostener que en los populismos «las ideologías son utilizadas

[429] Vilas, 1994, p. 42.

[430] Ianni, 1975, p. 19.

en forma instrumental, como medio de control social de movilización de masas»[431].

Sin embargo, los aspectos autoritarios del populismo muchas veces van más allá de la manipulación de las masas. Así, en los regímenes populistas el líder —convertido en presidente—, suele presentarse como el mejor intérprete de la sociedad, pasando por alto los partidos[432] o cualquier forma de canalización de demandas. Por tanto, «[d]ebido a que los políticos dicen encarnar al pueblo y ya que no se crean instituciones para expresar la voluntad popular, los regímenes populistas tienden al autoritarismo». Este se expresa en la actuación del líder, que no reconoce las demandas de sus seguidores (o lo hace solo cuando le conviene), no se siente atado por sus promesas de campaña, y no reconoce a sus opositores como rivales políticos sino como enemigos de la nación[433], provocando muchas veces la polarización de la sociedad. En algunos casos debido a este clima de polarización, y en otros, a la realización de reformas consideradas peligrosas por sectores poderosos, muchos populismos clásicos terminaron con golpes de Estado

---

[431] Ianni, 1975, p. 40.

[432] Ianni, 1975, p. 141.

[433] De la Torre, 2004, p. 68.

y dieron lugar a regímenes represivos[434]. En otros casos, los regímenes populistas terminaron abandonando el poder, o incrementando su carácter autoritario tras perder el apoyo de las masas.

Esta compleja relación entre populismo y democracia puede explicarse, en alguna medida, por la distinta posición que ocupan, y que define intereses distintos (en el caso del líder, obtener o mantener el poder; en el caso de las masas, satisfacer ciertas demandas materiales o simbólicas); pero también por la distancia que las separa. Así, una característica recurrente del populismo, es que el líder, «siendo un conductor de masas, no pertenece, sociológicamente, a las masas»[435]. En ese sentido, se afirma que la conducción política de las masas en el populismo es externa a ellas, recayendo por lo general en manos de individuos de los sectores medios de la sociedad, muchas veces vinculados a instituciones estatales. De hecho, muchos líderes populistas han sido militares[436].

Esta distancia sociológica es la que ha llevado a algunos autores a hablar de un populismo de clase

---

[434] Vilas, 1994, p. 73.

[435] Vilas, 1994, p. 49.

[436] Vilas, 1994, pp. 49-50.

media que no se identifica con las masas, sino que utiliza la apelación a ellas como estrategia para legitimar su poder[437]. De acuerdo con ello, autores como De la Torre, sostienen que muchos populistas, más allá de sus alabanzas y apelaciones a las masas, en realidad sienten una mezcla de hostilidad racista y paternalismo hacia ellas[438]. Este sería claramente el caso de Antauro Humala, cuyo discurso evidencia un claro desprecio hacia las masas cobrizas, al mismo tiempo que las reivindica como las herederas de la gloriosa cultura kechuaymara.

En muchos casos, en reconocimiento a esta distancia, y al nivel de escolarización de sus seguidores, los líderes populistas emiten discursos desprovistos de terminología compleja y con pocas ideas en cada oportunidad[439]. Sin embargo, en el caso del etnocacerismo, la estrategia desarrollada por Antauro parece haber sido la contraria, optando por un discurso recargado de ideas y compuesto por términos bastante complejos (varios de ellos inventados por él mismo). En ese sentido, parece que lo que busca, más allá de transmitir un mensaje, es impresionar a las masas

[437] Ianni, 1975, p. 19.

[438] De la Torre, 2004, p. 64.

[439] Vilas, 1994, p. 50.

con un discurso que se hace pasar por científico (en su base biológica) y que incorpora propuestas de autores reconocidos (aunque deformadas) en su intento por parecer legítimo.

Vale la pena destacar, además, que al igual que muchos otros líderes populistas, Antauro Humala es «varón y de la etnia dominante: blanco o a lo sumo mestizo». En consecuencia, se encuentra alejado de sus seguidores no solo por su clase social, sino también por su etnicidad, ya que además de provenir de una familia de clase media, y no ser indígena, tiene ascendencia italiana. Por tanto, pese a que se presenta como integrante de la llamada estirpe cobriza, en realidad no queda tan claro que lo sea. De este modo, «la jerarquización líder/masas del populismo reproduce así, aunque la cuestione, la estratificación social, étnica y de género de la sociedad global»[440]. En ese sentido, no representa una ruptura con la tradición política del país, ni parece tener un carácter revolucionario.

Lo cierto es que los regímenes populistas, pese a presentarse como revolucionarios, nunca lo son[441]. En ocasiones podemos encontrar en ellos

[440] Vilas, 1994, p. 51.

[441] Vilas, 1994, pp. 148-149.

masas revolucionarias, pero siguiendo a líderes reformistas. Así, su discurso maximalista y radical suele ser más una estrategia para lograr el apoyo de las masas, que una expresión de sus verdaderas intenciones. Es cierto que en ocasiones realizan reformas audaces o incluso peligrosas, pero no buscan destruir el Estado para crear uno nuevo, sino simplemente modificar algunas de sus políticas o formas de actuar. En ese sentido, pueden introducir «factores de tensión y deformación del esquema de desarrollo tradicional, pero sin transformarlo o sustituirlo»[442]. Hacen cambios, pero al interior del esquema estatal existente. En el caso del etnocacerismo, a pesar de que se presenta como un proyecto revolucionario que busca crear un Neo Tawantinsuyo, sus propuestas concretas son tan modestas como hacer del quechua el idioma oficial, mudar la capital al Cusco o establecer una autarquía alimentaria. De acuerdo con ello, parece rebelarse más contra el contenido de nuestra organización política, que, contra su forma, ya que no es capaz de proponer un cambio más allá del nombre de la nación a la que representaría el Estado y los símbolos que la personificarían. En ese sentido, se aleja de los movimientos revolucionarios, que se caracterizan

[442] Vilas, 1994, p. 67.

por tener «formada una opinión acerca del orden social en su conjunto, y no acerca de instituciones concretas dentro de él»[443]. El fuerte contraste entre su retórica grandilocuente y las propuestas que deberían materializarla, que genera dudas acerca de la sinceridad de sus promesas. Esta naturaleza reformista del populismo se debe en buena medida al carácter tradicional, e incluso diríamos prosaico de su objetivo último: alcanzar y conservar el poder.

EL POPULISMO RADICAL

Una vez aclarados estos aspectos del populismo, entramos a analizar el populismo radical. De acuerdo con Carlos de la Torre, es una reacción nacionalista a las políticas neoliberales aplicadas por los regímenes neopopulistas. En ese sentido, lo plantea como un resurgimiento del populismo clásico de la década de 1960, con las mismas retórica nacionalista y antiimperialista, glorificación del pueblo y uso de manifestaciones masivas para demostrar el apoyo al líder.

Como todos los populismos, se caracteriza por la prominencia de los líderes personalistas, la

[443] Hobsbawm, 1968, pp. 23-24.

importancia de los seguidores organizados, la incorporación de sectores excluidos y la construcción del «pueblo». Sin embargo, algunas de estas características se presentan intensificadas o más desarrolladas que en los populismos anteriores. Así, en lo referente al pueblo, destacan tanto su carácter arbitrario y artificial, como el alto grado de polarización que provoca. En ese sentido, más allá de que —como ocurría con los populismos anteriores— los componentes de lo que se considera el pueblo vayan cambiando a lo largo del tiempo, de acuerdo a los intereses de quien lo defina; ahora se resalta que esta noción no necesariamente expresa una identidad popular, sino que la constituye, crea la identidad que le es conveniente[444]. En el caso del populismo radical, el pueblo, al que el líder personifica, suele estar integrado por los indígenas, que pasan a ser considerados la esencia de la nación[445]. Asimismo, la construcción de una oposición maniquea entre el pueblo y sus enemigos —quienquiera que no esté de acuerdo con el líder—, convierte a la sociedad en un campo de confrontación no solo política, sino también ética y moral, provocando la polarización de la sociedad. Así, a diferencia

[444] De la Torre, 2007, pp. 389-390.

[445] De la Torre, 2007, p. 390.

de otros populismos, donde las categorías pueblo y oligarquía (o el enemigo del caso) suelen presentarse como antagónicas solo en términos políticos y no sociales, en el caso del populismo radical este antagonismo se expresa en términos incluso morales, llevando a un enfrentamiento total entre el pueblo y sus enemigos[446].

En el mismo sentido, De la Torre destaca que este populismo tiene también una relación ambigua con la democracia, ya que si bien incorpora a los marginados del sistema político (en este caso, los indígenas), pretende hacerlo mediante los actos de masas, la ocupación de espacios públicos y la aclamación del líder. Este tipo de incorporación litúrgica es presentada por el líder como más democrática, y por lo tanto preferible a formas de participación más institucionales, propias de la democracia liberal. El líder, se presenta a sí mismo en términos mesiánicos y milenaristas, como representando al conjunto del pueblo, de modo que plantean una identificación total con los seguidores que no deja espacio al disenso. En último término, esto lleva a una apropiación autoritaria de la voluntad popular y a la negación

[446] De la Torre, 2007, p. 391.

de cualquier forma de oposición, ya que esta es entendida como un ataque al pueblo[447].

Como adelantamos, creemos que el etnocacerismo es un caso de populismo radical que incluye las características ya mencionadas, y algunas adicionales. Así, tiene un fuerte liderazgo personalista representado por un caudillo que intenta convertirse en un líder carismático y busca relacionarse de manera directa y personal con sus seguidores. Esta comunicación, sin embargo, es necesariamente mediada debido a que el líder está en la cárcel. En ese sentido, el periódico juega un rol fundamental como instrumento de organización política, ya que le permite dirigirse a sus seguidores y mantener el vínculo con ellos. Esto se vería favorecido por el hecho de que los seguidores están organizados en el movimiento etnocacerista, que cuenta con toda una estructura de dependencias regionales encargadas de distintas actividades.

En lo referente a la construcción del pueblo y sus enemigos, el carácter populista del etnocacerismo es especialmente claro. Como vimos en el capítulo anterior, la idea de cobrizo es una construcción del etnocacerismo que busca aglutinar a los sectores

---

[447] De la Torre, 2007, p. 385.

de origen indígena que se sienten excluidos. El pueblo, compuesto por los llamados cobrizos, no representa entonces una identidad popular, sino que la constituye. Este pueblo cobrizo pasa a ser glorificado como la esencia de la nación, capaz de regenerarla después de 500 años de corrupción —producto de la influencia occidental—.

Un proceso de construcción similar se da respecto a los enemigos, que en este caso son los blancos extranjeros (y los cobrizos extranjerizados). Como hemos visto, la oposición con ellos es presentada como radical, no solo en términos culturales, sino incluso biológicos y morales. Los súper hombres blancos son los enemigos que han oprimido a los cobrizos y el enfrentamiento entre ambos es inevitable, son naturalmente antagónicos y solo uno puede imponerse en la lucha por la supervivencia. El resultado es, necesariamente, la polarización social. Se trata además de una polarización particularmente fuerte en cuanto los bandos no son elegidos, sino adscritos. El hecho de que esta oposición no nos parezca más que inventada, o imaginada, no afecta el hecho de que tenga efectos reales, permitiendo reunir apoyo para el líder. Entre los enemigos del etnocacerismo destacan, además de los blancos, los partidos y políticos tradicionales,

e incluso las instituciones políticas del país. Así, en su radicalidad, el etnocacerismo niega cualquier legitimidad a las instituciones de esta «Republiqueta Criolla»[448] y critica a todos aquellos políticos que han participado en sus esfuerzos por embaucar a la nación cobriza (pasando por alto el hecho de que el propio Antauro ha participado ya en dos procesos electorales, en alianza con partidos pertenecientes a esa institucionalidad).

Otra característica propia del populismo que encontramos claramente plasmada en el etnocacerismo es su flexibilidad. Esta, es el resultado de que el etnocacerismo se organice en torno a un objetivo central (de acuerdo con Antauro, establecido desde su infancia): alcanzar el poder. Los demás elementos son flexibles e instrumentales a este propósito, por lo que pueden ir variando según convenga. Esto afecta no solo a la ideología sino también a aspectos más pragmáticos. Así, el etnocacerismo puede reunir ideologías aparentemente incompatibles, utilizándolas y deformándolas a su gusto. Asimismo, puede cambiar de opinión y de postura, según le convenga. Lo cual nos lleva a otra característica del etnocacerismo, el oportunismo. Este

[448] Humala, 2006a, p. 102.

se plasma en la facilidad con que, como hemos visto, el etnocacerismo se adecua a diferentes contextos, sumando elementos de él a su discurso; y establece alianzas con distintas organizaciones, según sea conveniente. Todo esto indica que, para los fines de un discurso político populista, la coherencia no es requerida ni necesaria. En ese sentido, los analistas que descalifican al etnocacerismo como el desvarío de un loco, pierden de vista que el populismo se alimenta de pasiones[449], por lo que los elementos contradictorios o inventados pueden ser parte de una estrategia racional que busca impactar y generar adhesiones antes que ser coherente.

Las retóricas nacionalista y antiimperialista, propias del populismo radical, también están presentes en el etnocacerismo, al igual que los contextos de exclusión que lo alimentan. Asimismo, las características caudillistas y autoritarias de este proyecto sugieren que, de llegar al poder, también desarrollaría formas de dominación autoritario-carismáticas que intentarían sobrepasar las instituciones de la democracia.

[449] De la Torre, 2007, p. 385.

Es necesario añadir una serie de características propias del etnocacerismo, y de otras formas de populismo, que la literatura sobre el populismo radical no ha incorporado. Me refiero a ciertos elementos que podríamos llamar arcaicos y que pueden reforzar el uso de estrategias populistas para alcanzar el poder. En *Rebeldes primitivos*, Hobsbawm sostiene que en los movimientos populistas[450], entendidos como aquellos que se basan en las movilizaciones populares en masa para su eficacia política, predominan los elementos modernos pero hay una impronta del primitivismo. En ese sentido, afirma que los populismos «combinan, de modo característico, aspiraciones sin precedentes con otras deliberadamente arcaicas; tan arcaicas a veces que equivalen a crear de nuevo en forma artificial un pasado a veces imaginario y no en restaurar

[450] Es necesario destacar que Hobsbawm se refiere a estos movimientos como aquellos que se encuentran en fase narodnik, en alusión a una de las primeras formas de populismo, la rusa. De este modo, sostiene que los movimientos populistas corresponden a una fase específica de desarrollo de la política, sugiriendo que, superada esta fase, desaparecerían (1968, p. 273). Si consideramos que el libro fue escrito en 1959, resulta lógico que entendiera de este modo al populismo ya que, como hemos visto, esta fue la perspectiva dominante hasta la aparición del neopopulismo en la década de 1980.

una tradición quebrantada»[451]. Como vimos en el capítulo anterior, esta inclusión de elementos arcaicos en un movimiento por lo demás moderno se explica por su funcionalidad a las aspiraciones de los líderes populistas. Así, la apariencia milenarista y —por tanto, revolucionaria—, sería uno de estos elementos arcaicos propios de los populismos. La manipulación de la historia por parte de algunos líderes populistas con el objetivo de presentarse como depositarios de ella y, por tanto, predestinados a llegar al poder sería otra. Del mismo modo podemos entender el mesianismo que muchas veces rodea a la figura del líder populista, llevándolo a expresarse en términos cuasi religiosos.

A pesar de su persistencia e importancia, muchas definiciones del populismo ignoran el papel de estos rasgos arcaicos. Sin embargo, vale la pena recordarlos ya que «los movimientos modernos que no reconocen la necesidad de apelar a un pueblo de costumbres arcaicas en términos comprensibles para él»[452], tienen altas probabilidades de fracaso. Así, para poder atraer a amplios sectores y triunfar, los movimientos políticos deben hacer «concesiones

---

[451] Hobsbawm, 1968, p. 273.

[452] Hobsbawm, 1968, p. 272.

al relativo atraso de las masas que tratan de movilizar»[453]. Parece que esto es lo que intenta hacer el etnocacerismo, dirigirse a una masa que considera atrasada —por no decir subhumana— en los términos de sus propias tradiciones, para poder obtener su apoyo. De este modo, elementos claramente arcaicos como la apariencia milenarista, el uso de la historia, el mesianismo y el darwinismo social, serían todos funcionales a este objetivo.

No obstante, Hobsbawm también sostiene que los movimientos populistas «o se hunden o sobreviven abandonando su bagaje inútil de nostalgia [...] como recuerdo de anhelos pasados, mantenidos en el mejor de los casos como monumentos históricos por regímenes que se comprometieron a luchar por ellos, pero sin significado práctico alguno»[454]. De acuerdo con ello, solo sobreviven en el poder los populismos que son capaces de deshacerse de sus elementos arcaicos. En nuestro caso, tomando en cuenta que el propósito fundamental del etnocacerismo es alcanzar el poder, resulta verosímil que, de lograrlo, se deshiciera de los elementos arcaicos

---

[453] Hobsbawm, 1968, p. 276.

[454] Hobsbawm, 1968, p. 274.

que lo llevaron allí, o los mantuviera de manera puramente simbólica.

Antes de terminar, debemos destacar que el etnocacerismo constituye un populismo más radical que aquellos postulados por Carlos de la Torre al proponer el concepto[455]. Él se refiere a los casos de Hugo Chávez, en Venezuela; Evo Morales, en Bolivia; Rafael Correa, en Ecuador; y Ollanta Humala, en el Perú. Sin embargo, el discurso etnocacerista es más radical por dos motivos. El primero es la apología que hace de la violencia, de manera mucho más explícita e incendiaria que cualquiera de los otros casos. El segundo, y más importante, es su particular utilización de los elementos étnicos o raciales, en la medida que no solo polariza, sino que busca generar una confrontación violenta, presentándola como el desenlace necesario de una lucha biológica con 500 años de historia.

Este carácter racista del etnocacerismo, que sostiene que la humanidad se divide en razas destinadas a enfrentarse, ha llevado a algunos analistas a preguntarse por su cercanía al fascismo. En efecto, el etnocacerismo parece haber sido influido por el fascismo, y de hecho

[455] De la Torre, 2007.

comparte muchas de sus características, como el autoritarismo, el nacionalismo, el culto al dirigente y la promesa de la regeneración nacional. Sin embargo, aquí sostenemos que el etnocacerismo no es una forma de fascismo, ya que este se caracteriza por ser «un proyecto del gran capital monopolista [...], en alianza con las masas pequeño burguesas urbanas»[456]. Por el contrario, el etnocacerismo, como la mayoría de populismos, se enfrenta al gran capital y tiene su base de apoyo en masas campesinas o trabajadoras, no pequeño burguesas. Asimismo, el etnocacerismo se reconoce cercano al comunismo, uno de los principales enemigos del fascismo.

LOS LÍMITES DEL POPULISMO RADICAL

Como destaca De la Torre, un elemento fundamental al analizar los populismos es el papel de los seguidores[457]. Ellos son el otro

---

[456] Vilas, 1994, p. 47.

[457] Coincido entonces en la crítica que hace De la Torre a Weyland en cuanto a que su definición política del populismo adolece de una falta de reconocimiento del papel central de los seguidores (2004, p. 66). Si bien es cierto que la agencia necesaria para crear un proyecto populista depende del líder, también lo es que, sin una respuesta adecuada de las masas, este no se podrá considerar populista.

pilar del vínculo populista y es necesario tener en consideración sus intereses y discursos. En el caso del etnocacerismo, podemos dividir a sus seguidores en dos grupos. Por una parte encontramos a aquellos que lo apoyan de manera instrumental, utilizando «el discurso del líder para avanzar sus agendas e intereses propios»[458]. Estos solo lo respaldan en la medida en que creen que Antauro puede llegar al poder y ellos beneficiarse de su cercanía a él. Por lo tanto, una vez que pierden la confianza en su capacidad para triunfar políticamente —o encuentran a otro candidato con mejores posibilidades—, lo abandonan. Esto fue lo que sucedió en el contexto electoral de 2006, cuando el etnocacerismo perdió muchos seguidores ante el Partido Nacionalista de Ollanta Humala, que tenía mejores perspectivas de éxito. En ese sentido, Antauro afirmaba que «hay, dentro de la lid electoral, militantes que se dejaron arrastrar por la «moda electorera ollantista» confundiéndola como continuidad de la prédica etnocacerista [...]. En síntesis, el desprecio y olvido de las bases es un hecho evidente»[459]. Este abandono por parte de algunos seguidores puede estar vinculado con

---

[458] De la Torre, 2004, p. 66.

[459] Humala, 2006b.

el hecho de que, como afirma Vilas, el carisma del líder populista no consiste en un magnetismo abstracto, sino que se basa en su «capacidad para generar resultados objetivos y concretos, benéficos para las masas, después de décadas de movilizaciones y demandas infructuosas»[460]. De acuerdo con ello, su incapacidad para producir resultados podría explicar su pérdida de apoyo entre algunos sectores que prefieren invertir en otros líderes —al menos mientras no parezca tener posibilidades de éxito—. Tal vez sea por ello que Antauro Humala se esfuerza por presentar cada uno de sus levantamientos como éxitos que lograron mejoras y beneficios para el pueblo, construyendo la imagen de una trayectoria imparable que sería coherente con sus pretensiones de predestinación.

Por otra parte, el etnocacerismo también cuenta con seguidores más fieles, que parecen asumir el discurso del líder e incluso tomarlo más en serio que él. Así, fueron ellos los que exigieron consecuencia, demandando la realización de un segundo levantamiento, y fueron ellos los que se opusieron a la rendición en Andahuaylas. Asimismo, muchos de ellos critican la decisión de Antauro

[460] Vilas, 1994, p. 54.

de participar en las elecciones de 2006, considerando que no deben ser parte del «electorerismo impregnado de sus taras criollas»[461]. Sin embargo, estos verdaderos militantes, provenientes de los sectores radicalizados de la sociedad, no parecen ser suficiente para alcanzar el poder.

En ese sentido, este ensayo sostiene que son precisamente las características radicales del etnocacerismo las que limitan su expansión y por lo tanto, sus posibilidades de éxito político Esto explicaría el hecho de que la alianza en la que participaba el Partido Nacionalista Peruano, liderado por Ollanta Humala y con una propuesta más moderada, haya obtenido 30,6% en las elecciones de 2006, y la alianza en la que participaba Antauro solo 0,2%[462].

Para sustentar esta idea del carácter contraproducente del radicalismo, conviene contraponerlo con el etnopopulismo, concepto propuesto por Raúl Madrid para el caso de Evo Morales en Bolivia. Madrid sostiene que la clave del éxito de ciertos partidos de base indígena como el Movimiento al Socialismo (MAS), está en su carácter inclusivo[463].

---

[461] Humala, 2006b.

[462] ONPE, 2006.

[463] Madrid, 2008, p. 476.

Así, desarrolla un argumento de acuerdo con el cual, debido a la naturaleza múltiple y fluida de las identidades étnicas en la región, esta sería la estrategia más adecuada para ganar apoyos[464]. Por el contrario, una estrategia excluyente, como la del etnocacerismo, alienaría a los sectores mestizos, que se identifican tanto con los grupos incluidos (cobrizos) como con los excluidos (blancos). Una estrategia de este tipo se presenta como especialmente problemática en el contexto de un país como el Perú, donde el racismo ha llevado a mucha gente a rechazar sus raíces indígenas.

Madrid compara datos cuantitativos de los resultados y la participación en las elecciones de 2002 y 2005 y llega a la conclusión de que fue la moderación en la propuesta del MAS lo que le permitió ganar votos de sectores que originalmente no se sentían identificados con su proyecto. Este cambio se basa en tres elementos. En primer lugar, evita la retórica excluyente. En segundo lugar, establece vínculos con miembros de otros grupos étnicos. Por último, utiliza estrategias populistas tradicionales para ganar adeptos[465]. Así, el partido de Evo Morales pasa a desarrollar plataformas de base amplia,

---

[464] Madrid, 2008, p. 492.

[465] Madrid, 2008, pp. 482-484.

que buscan representar a toda la nación, y a establecer alianzas con organizaciones sociales y políticas que representan a diferentes grupos étnicos. Asimismo, en términos típicamente populistas denuncia a los partidos tradicionales, y adopta una agenda redistributiva, nacionalista e intervencionista[466]. Esto le permite unir las bases políticas típicamente populistas (urbanas), a las étnicas (indígenas) y obtener un respaldo mayoritario[467].

En esencia, lo que nos estaría mostrando la investigación de Madrid es que en países con relaciones interétnicas como las nuestras, no es políticamente rentable desarrollar un discurso étnico radical. En ese sentido, si bien el etnocacerismo busca explotar un resentimiento producido por las condiciones de exclusión de amplios sectores, su discurso radical estaría colisionando con los bajos niveles de polarización étnica que caracterizan al Perú. No es suficiente entonces crear la identidad cobriza, que al reunir a los sectores indígenas y mestizos abarcaría a la mayoría de la población. El hecho de que se apele a ellos a través de un discurso que presenta las relaciones interétnicas en términos de una lucha por la

---

[466] Madrid, 2008, p. 484.

[467] Madrid, 2008, p. 490.

supervivencia y sataniza a los blancos, si bien puede resultar atractivo para ciertos sectores, termina siendo contraproducente. Frente a ello, una estrategia inclusiva le permitiría apelar a todos los que comparten cierta identidad étnica, sin alienar a quienes además tienen otras identidades. Sin embargo, el cambio de estrategia parece difícil, tomando en consideración que el racismo es uno de los pilares fundamentales del discurso etnocacerista. No obstante, si consideramos las características flexibles del populismo (y el etnocacerismo) cabe pensar que no es del todo improbable.

EPÍLOGO

El 16 de setiembre de 2009 Antauro fue declarado culpable de homicidio calificado, asociación ilícita para delinquir, rebelión, tenencia ilegal de armas, secuestro y daño calificado en agravio del Estado, y condenado a 25 años de cárcel[468]. El juicio, que se inició en marzo del 2008, más de tres años después de su encarcelamiento, incluía a 168[469] etnocaceristas, además de Antauro. 135 de ellos aceptaron los cargos y se acogieron a la ley de conclusión anticipada del proceso.

[468] De los 171 etnocaceristas que fueron arrestados, uno se suicidó en la cárcel, y dos fueron trasladados a un manicomio (Humala, 2008c, p. 4).

[469] En 2011 la Corte Suprema redujo la pena a diecinueve años de cárcel por homicidio simple.

Como es sabido, el juicio se caracterizó por las salidas de tono de Antauro Humala, insultando a los jueces, tirando sillas y mesas, echándose en una banca durante el juicio y demás muestras de su falta de respeto por los jueces y la institucionalidad que representan.

La sentencia de 135 etnocaceristas pareció ser una muestra de debilidad al interior del movimiento, ya que ellos abandonaron la posición oficial y aceptaron los cargos en su contra. Así, solo Antauro y una treintena de etnocaceristas continuaron sosteniendo que su levantamiento fue legítimo al haberse realizado contra un gobierno ilegítimo. La ideología parecía haber sido vencida por la necesidad práctica de abandonar la cárcel, poniendo en cuestión la afirmación, múltiples veces sostenida por Antauro, de que quienes estaban presos son los héroes y mártires del etnocacerismo.

Durante su largo encarcelamiento, la permanencia del líder en prisión y la subsiguiente imposibilidad de realizar más demostraciones espectaculares parecen haber mellado al movimiento. Sin embargo, ahora que Antauro Humala ha salido de prisión, podría convertir todas estas dificultades en un capital político que lo ayude a

ampliar su base de apoyo[470]. Durante el tiempo que estuvo en la cárcel varios hechos evidenciaron el interés y el capital político que aún movilizaba el etnocacerismo. La controversia acerca de su posible liberación, producto de un error procesal en la ampliación de su detención provisional en el 2008[471], evidenció el interés que este líder aún suscitaba en la opinión pública del país, al dedicarse numerosos titulares a su caso. Asimismo, la solicitud de ayuda realizada por empresas mineras para que intermedie en conflictos sociales demuestra la capacidad de

---

[470] Como Antauro mismo sostiene, «El ejemplo de Hugo Chávez, insurgente, prisionero y por último triunfador y revolucionario, está a la vista» (Humala, 2006a, p. 216).

[471] El abogado de Antauro Humala presentó, en noviembre de 2008, un hábeas corpus al Tribunal Constitucional (TC) esgrimiendo que la resolución que ampliaba su detención provisional a 76 meses fue extemporánea, ya que se emitió el 3 de enero de 2008, cuando el plazo de 36 meses de detención provisional expiró el día 2. De acuerdo con ello, Antauro Humala debió haber sido liberado el 2 de enero de 2008. A mediados de julio se hizo público un proyecto de sentencia del TC que resolvía el caso a favor de Antauro. Inmediatamente, el presidente de la Corte Suprema expresó su oposición sosteniendo que la mencionada resolución era adecuada (El Comercio, 2009a). En los siguientes días se generó un intenso debate público acerca del caso, azuzado por las afirmaciones de Antauro respecto a que se estaba presionando políticamente al TC para que resuelva en su contra. Finalmente, el 19 de julio se publicó la resolución que denegaba el hábeas corpus.

movilización del etnocacerismo en zonas rurales del país[472].

Es claro entonces que el etnocacerismo mantiene un capital político que intentará utilizar en la próxima coyuntura electoral. Las preguntas que quedan abiertas son: ¿logrará inscribir su partido?, ¿cómo aprovechará este capital? El objetivo de este ensayo no es especular sobre el futuro del etnocacerismo. Sin embargo, el análisis de sus actuaciones pasadas, y lo que ellas nos dicen de su proyecto, puede darnos luces tanto sobre sus objetivos, como sobre los caminos que podría tomar para alcanzarlos.

Dejemos estas preguntas de lado un momento para concentrarnos en las conclusiones a las que llegamos. La primera conclusión es que debido a las doctrinas en las que se basan, y al rol que se adjudican en la defensa de la integridad nacional, las Fuerzas Armadas peruanas —y especialmente el Ejército— tienen un particular interés en la política nacional, que las lleva, muchas veces, a convertirse en un espacio de construcción política. En ese sentido, hemos tenido durante mucho tiempo un ejército político desde el cual se han desarrollado proyectos de diverso tipo

---

[472] Fowks, 2012.

(institucionales y personales, revolucionarios y dictatoriales).

El etnocacerismo es heredero de esta tradición, por lo que debe ser leído y entendido desde la trayectoria y la doctrina del Ejército peruano. Si bien el régimen de Fujimori desarticuló el Ejército político en el ámbito institucional, la experiencia de intervención política y la doctrina que los presenta como guardianes de la nación, preocupados por el desarrollo nacional, continúan arraigadas en generaciones de licenciados, reservistas, soldados y oficiales. Tenemos entonces ahora a soldados políticos que toman la iniciativa frente a la imposibilidad de un golpe institucional. El etnocacerismo es el producto de estos soldados políticos, lo que se expresa no solo en la formación castrense de su líder, sino también en su origen, sus seguidores y muchos elementos de su discurso (nacionalismo, desarrollismo, competencia, etc.).

La segunda conclusión sostiene que las características dispares, heterogéneas y a simple vista contradictorias del etnocacerismo, pueden ser mejor entendidas dentro del marco del populismo radical. El hecho de que no sea cualquier populismo, sino uno radical, tiene que ver con el carácter racista, violento y confrontacional de su

discurso, que busca generar una polarización no solo política, sino también social, convirtiendo la sociedad en un campo de batalla entre dos grupos biológicamente opuestos. De un lado están los llamados blancos, que se consideran la causa de todos los males de sus opositores, los denominados cobrizos. Estos conforman una categoría inclusiva que se define en oposición a la anterior, en la medida en que busca aglutinar a todos aquellos que no son blancos (indígenas y mestizos) para conformar un bloque mayoritario.

No obstante, quizás el aspecto más claramente populista del etnocacerismo sea su interés por conectar con las masas —para conseguir su apoyo— como parte de una estrategia de su líder para alcanzar el poder. En ese sentido, destaca el papel del líder y su agencia a la hora de construir un proyecto político viable siguiendo una lógica particular. Así, a partir de un interés político inicial, este articula ciertas nociones propias de su formación militar, con elementos de un cambiante contexto, para definir y reorientar el proyecto. Su construcción se presenta entonces como una tarea dinámica, a veces contradictoria, que no parte necesariamente de una propuesta política o ideológica, sino del fin último de la lucha política —y de los populismos—: el deseo de alcanzar el poder.

Esta finalidad convierte a los demás elementos del proyecto en flexibles, lo que evidencia otra característica populista del etnocacerismo. El discurso es flexible, variable y hasta contradictorio; el líder mismo, elemento principal del proyecto caudillista, también cambia. Incluso la historia se presenta como flexible, maleable en las manos del líder etnocacerista, que le da la forma más conveniente a su proyecto. En extremo, la flexibilidad llega hasta el punto de la invención, no solo de la historia sino también de la identidad, creando la categoría de los «cobrizos», protagonistas del proyecto etnocacerista.

Este componente de invención nos lleva a otro aspecto populista del etnocacerismo, la presencia de elementos arcaicos. De acuerdo con la literatura revisada, estos elementos, que a primera vista llevan a descartar el etnocacerismo como el proyecto irracional de un fanático, adquieren sentido como parte de una estrategia política. Vale la pena entonces citar a Hobsbawm y preguntarnos, «¿Hasta dónde son aspectos del relativo atraso del pueblo, o de regiones y capas particulares, que los movimientos políticos modernos deben comprender y en función de los cuales deben actuar si es que han de prevalecer, lo mismo que deben aprender el idioma del

pueblo si esperan que este les atienda?»[473]. Como hemos visto, los elementos arcaicos del discurso populista (el darwinismo social, el milenarismo, el manejo de la historia, el mesianismo, etc.) pueden ser funcionales a él, en la medida en que su líder busca vincularse a través de ellos con poblaciones que considera atrasadas.

No se trata entonces de un proyecto irracional, sino de uno moderno, organizado, con fines y estrategias establecidas, que utiliza elementos arcaicos de manera instrumental. En ese sentido, es interesante considerar que los elementos más peculiares del etnocacerismo, aquellos por los cuales ha sido rápidamente descartado, pueden ser también los que le hayan permitido tener cierta acogida. Por ello, hemos tratado de enfatizar a lo largo de este ensayo que las propuestas del etnocacerismo no tienen que ser reales para tener efectos reales. Basta con que las personas crean en estas invenciones, o en estos arcaísmos, para que actúen sobre la base de ellos, haciendo reales sus consecuencias.

Esto me lleva a mi última conclusión, la más general, que destaca los límites de la racionalidad en la política. Como señala Hobsbawm, la

[473] Hobsbawm, 1968, p. 279.

presencia de elementos arcaicos atrae «nuestra atención sobre las insuficiencias de los que convencionalmente llamamos ideas, instituciones y métodos políticos "modernos"»[474]. Así, los contenidos de este ensayo sugieren la necesidad de complementar las perspectivas de análisis basadas en el cálculo racional de los propios intereses como explicación principal de la acción política. En ese sentido, vemos, por un lado, cómo este cálculo puede estar presente tanto en los líderes que buscan alcanzar el poder como en los seguidores. Sin embargo, por otro lado, encontramos también la importancia del involucramiento emocional de las personas que se identifican con determinadas propuestas a partir de consideraciones que, si bien no excluyen la racionalidad, sin duda van más allá de ella.

De acuerdo con ello, las propuestas del etnocacerismo no tienen por qué ser coherentes ni racionales para llegar a las personas. La racionalidad y la coherencia son muchas veces sobreestimadas en el análisis académico de la realidad, sobre todo si consideramos que todos convivimos con altos niveles de contradicción en nuestras vidas. Especialmente en política,

---

[474] Hobsbawm, 1968, p. 277.

la irracionalidad y la pasión juegan un papel fundamental. Esto ya lo sabía Aristóteles, quien afirmaba que «las pasiones son, ciertamente, las causantes de que los hombres se hagan volubles y cambien en lo relativo a sus juicios»[475], por lo que sostenía que para persuadir a un auditorio es necesario emocionarlo, manipular sus pasiones. En un sentido parecido, Hobsbawm sostiene que la presencia de elementos arcaicos en un discurso político destaca la «importancia de elementos "irracionales" en el mantenimiento del tejido social [...]. El estudio intelectual de la política y la sociedad fue transformado por el reconocimiento de que aquello que mantiene unidas a las colectividades humanas no era el cálculo racional de sus miembros individuales»[476].

Este descubrimiento parece haber sido hecho por Antauro, quizás porque considera a los humanoides a los que se dirige como inferiores y atrasados, por lo que sus acciones se basarían en las emociones más que en la racionalidad. Por ello,

---

[475] Aristóteles, 1990, p. 310.

[476] Traducción propia del original: «*importance of "irrational" elements in the maintenance of the social fabric [...]. The intellectual study of the politics and society was transformed by the recognition that whatever held human collectivities together was not the rational calculation of their individual members*» (Hobsbawm, 1983b, pp. 268-269).

su discurso radical intenta apelar y explotar los sentimientos de nacionalismo y patriotismo, pero también de resentimiento y rabia de estos sectores excluidos de la sociedad. Sin embargo, resta explicar por qué, pese a utilizar una estrategia que teóricamente debía ser eficaz para lograr el apoyo de la población, esto no ha ocurrido.

La razón parece estribar en que los niveles de polarización y violencia interétnica en el Perú hasta ahora no han sido suficientemente altos como para dar cabida a un discurso tan radical y polarizante como el etnocacerista. En ese sentido, Antauro parece haber sobreestimado la fuerza de estos sentimientos, fallando, por tanto, en apelar más allá de un sector radicalizado de la sociedad. Asimismo, en su limitado éxito —hasta ahora— parecen intervenir dos factores adicionales. El primero es la dificultad de mantener un movimiento personalista desde la cárcel y con acceso limitado a la opinión pública nacional. A pesar de utilizar el periódico como vehículo de comunicación con sus seguidores, se hace muy difícil establecer un contacto directo con ellos, o llegar más allá de quienes leen el quincenario. El segundo tiene que ver con una característica adicional del populismo, como es el establecimiento de vínculos intensos pero

fugaces, de modo que, si no se dan resultados, el apoyo puede perderse rápidamente —o pasar a un estado de latencia—. En ese sentido, tras más de quince años en prisión, y pese a sus intentos de institucionalizar (y por tanto hacer estable) el apoyo a través de un partido, Antauro Humala, y con él el etnocacerismo, enfrentan fuertes retos.

Sin embargo, y volviendo a las preguntas que iniciaron este capítulo, en el futuro el etnocacerismo podría sorprendernos. Como hemos visto, cuenta con una serie de recursos políticos y organizativos valiosos. El más importante es un líder con un objetivo claro: alcanzar el poder por la vía electoral. Este líder cuenta con un significativo capital político que se deriva tanto de la notoriedad que ha ganado con sus levantamientos, como de la posibilidad de presentarse como la víctima de un Estado muy desprestigiado. Asimismo, cuenta con un periódico de difusión nacional y una red de militantes, que, si bien puede haber disminuido en número en los últimos años, probablemente haya aumentado en compromiso.



Sobre la base de lo que hemos visto del etnocacerismo, no debería extrañarnos que, si la estrategia desplegada hasta el momento no le permite alcanzar su objetivo, Antauro utilice los medios mencionados para reinventarse e intentar obtener el apoyo de sectores más amplios. En efecto, a lo largo de su trayectoria, Antauro Humala ha sabido adaptar el proyecto a los diferentes contextos políticos buscando extraer logros en cada uno de ellos. Es posible entonces que, en una próxima coyuntura, el etnocacerismo radicalice o modere su discurso, si esto le permite acercarse un poco más al poder. Sin embargo, este será el tema de otro ensayo.

REFERENCIAS

Anderson, Benedict (1993). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Ciudad de México: FCE.

Aristóteles (1990). *Retórica*. Madrid: Gredos.

Asociación Civil Transparencia (2008). *Archivo de resultados electorales*. http://www.transparencia.org.pe/pagina.php?seccion=228. Fecha de consulta: 4 de diciembre de 2008.

Basombrío, Carlos & Fernando Rospigliosi (2006). *La seguridad y sus instituciones en el Perú a inicios del siglo XXI*. Lima: IEP.

Baudin, Luis (1973). *El imperio socialista de los Incas*. Santiago de Chile: Zig-Zag.

Bourricaud, François (1970). Los militares, ¿por qué y para qué? *Aportes*, VI, 14-55.

Burga, Manuel & Alberto Flores Galindo (1994). *Apogeo y crisis de la república aristocrática*. En Alberto Flores Galindo, *Obras completas II* (pp. 7-364). Lima: Fundación Andina, SUR Casa de Estudios del Socialismo.

Cáceres, Eduardo (2005). Los fantasmas del etnocacerismo. *Quehacer*, 144, 35-40. http://www.desco.org.pe/quehacer-todas.shtml?x=631 . Fecha de consulta: 22 de mayo de 2009.

Callirgos, Juan Carlos (1993). *El racismo: la cuestión del otro (y de uno)*. Lima: Desco.

Caretas (2006). El ajedrez de Villacrez. *Caretas*, 1924, 11 de mayo. http://www.caretas.com.pe/Main.asp?T=3082&S=&id=12&idE=671&idSTo=0&idA=20118. Fecha de consulta: 4 de diciembre de 2008.

Chua, Amy (2003). *El mundo en llamas*. Barcelona: Ediciones B.

Comisión de la Verdad y Reconciliación (2003). *Informe final*. Tomo II. Lima: CVR.

Coronel, Omar (2009). «La heterogeneidad del proyecto nacionalista en el Perú» (tesis de licenciatura). PUCP.

Dagnino, Evelina; Alberto J. Olvera & Aldo Panfichi (2006). *La disputa por la construcción democrática en América Latina*. Ciudad de México: FCE, Ciesas, Universidad Veracruzana.

De Kadt, Emanuel (2003). Los militares en política ¿Vino viejo en odres nuevos?: Un intento de

inventario. En Kees Koonings y Dirk Kruijt (eds.), *Ejércitos políticos: las fuerzas armadas y la construcción de la nación en la era de la democracia* (pp. 442-468). Lima: IEP.

De la Torre, Carlos (2004). Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo. En Kurt Weyland, Carlos de la Torre, Gerardo Aboy y Hernán Ibarra, *Releer los populismos* (pp. 53-78). Quito: Centro Andino de Acción Popular.

________ (2007). The resurgence of radical populism in Latin America. *Constellations, 14*(3), 384-397.

El Comercio (2000a). No he cometido un delito ni me he sublevado. *El Comercio*. Lima, 30 de octubre, p. A3.

________ (2000b). Dicen que detrás del motín hay falta de institucionalidad y descontento. *El Comercio*. Lima, 30 de octubre, p. A4.

________ (2000c). Actividades militares se realizan con normalidad en provincias. *El Comercio*. Lima, 30 de octubre, p. A3.

________ (2000d). Quinientos efectivos cercaron a los amotinados. *El Comercio*. Lima, 31 de octubre, p. A3.

________ (2000e). Humala pide «diálogo con dignidad». *El Comercio*. Lima, 1° de noviembre, p. A10.

_________ (2000f). Cambio de mandos y destape bomba. *El Comercio*. Revista *Somos*. Lima, 4 de noviembre, p. 14.

_________ (2000g). Comandante Ollanta Humala pudo escapar del cerco militar. *El Comercio*. Lima, 1° de noviembre, p. A10.

_________ (2000h). Ollanta Humala habría intentado capturar un helicóptero MI-17. *El Comercio*. Lima, 2 de noviembre, p. A13.

_________ (2000i). Incierto es el paradero de Antauro Humala. *El Comercio*. Lima, 5 de noviembre, p. A19.

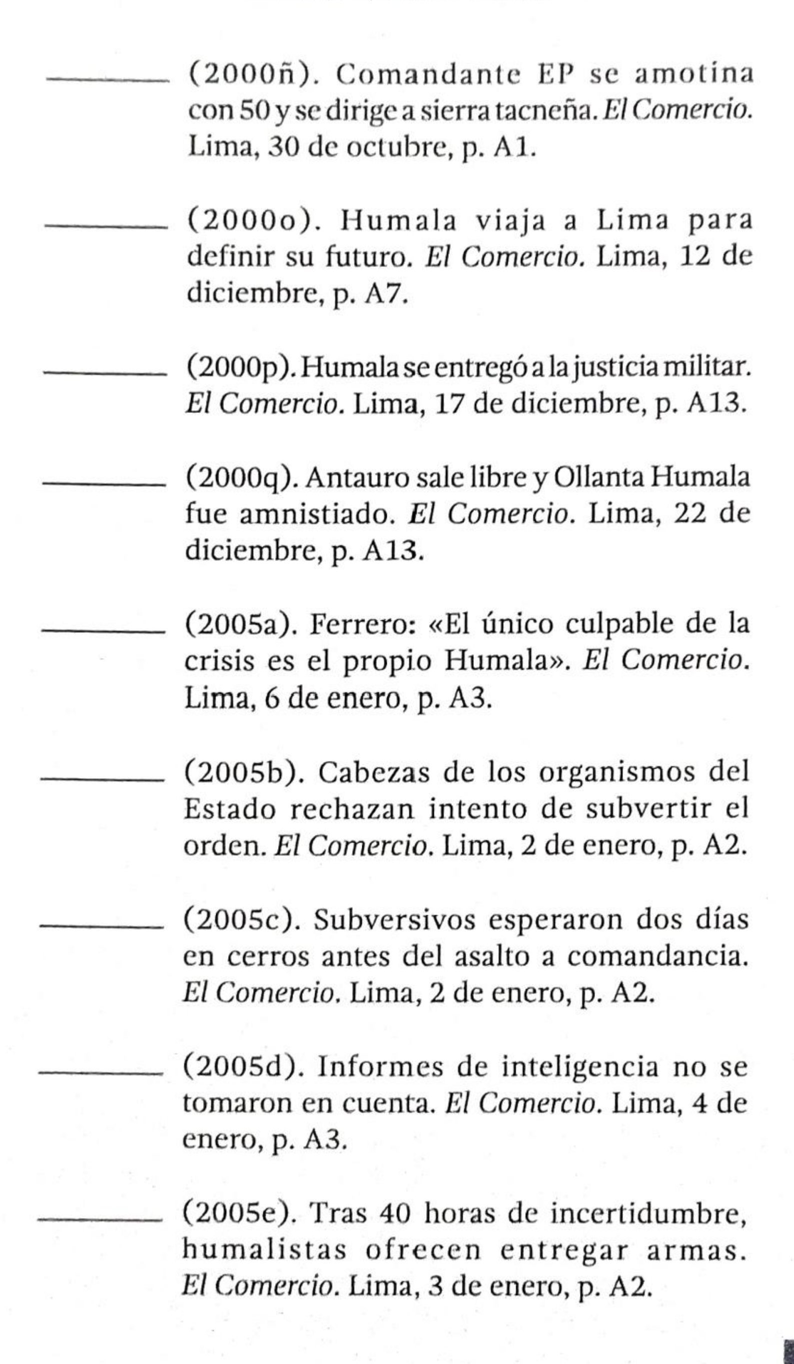
_________ (2000j). Ejército se repliega de la zona en donde estuvieron sublevados. *El Comercio*. Lima, 3 de noviembre, p. A10.

_________ (2000k). Ejército abrió instrucción contra el comandante Ollanta Humala. *El Comercio*. Lima, 4 de noviembre, p. A10.

_________ (2000l). Pasaron al retiro al comandante Humala. *El Comercio*. Lima, 4 de noviembre, p. A1.

_________ (2000m). Presidente Paniagua tuvo primer día de trabajo en Palacio de Gobierno. *El Comercio*. Lima, 24 de noviembre, p. A4.

_________ (2000n). Comandante Humala se entrega hoy. *El Comercio*. Lima, 11 de diciembre, p. A5.



———— (2000ñ). Comandante EP se amotina con 50 y se dirige a sierra tacneña. *El Comercio*. Lima, 30 de octubre, p. A1.

———— (2000o). Humala viaja a Lima para definir su futuro. *El Comercio*. Lima, 12 de diciembre, p. A7.

———— (2000p). Humala se entregó a la justicia militar. *El Comercio*. Lima, 17 de diciembre, p. A13.

———— (2000q). Antauro sale libre y Ollanta Humala fue amnistiado. *El Comercio*. Lima, 22 de diciembre, p. A13.

———— (2005a). Ferrero: «El único culpable de la crisis es el propio Humala». *El Comercio*. Lima, 6 de enero, p. A3.

———— (2005b). Cabezas de los organismos del Estado rechazan intento de subvertir el orden. *El Comercio*. Lima, 2 de enero, p. A2.

———— (2005c). Subversivos esperaron dos días en cerros antes del asalto a comandancia. *El Comercio*. Lima, 2 de enero, p. A2.

———— (2005d). Informes de inteligencia no se tomaron en cuenta. *El Comercio*. Lima, 4 de enero, p. A3.

———— (2005e). Tras 40 horas de incertidumbre, humalistas ofrecen entregar armas. *El Comercio*. Lima, 3 de enero, p. A2.

_______ (2005f). La situación se le iba de las manos. *El Comercio*. Lima, 4 de enero, p. A3.

_______ (2005g). Humala y sus 6 seguidores fueron detenidos sin realizar disparos. *El Comercio*. Lima, 4 de enero, p. A2.

_______ (2005h). Antauro Humala se habría rendido ante las autoridades. *El Comercio*. Lima, 5 de enero, p. A2.

_______ (2005i). Humalistas entregaron sus armas tras pedir garantías para sus vidas. *El Comercio*. Lima, 5 de enero, p. A2.

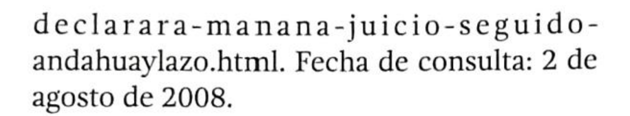
_______ (2005j). Detienen a sediciosos en diversas ciudades. *El Comercio*. Lima, 5 de enero, p. A2.

_______ (2005k). Hubo marchas en Tacna, Arequipa e Ilave pero la policía las disolvió. *El Comercio*. Lima, 3 de enero, p. A2.

_______ (2005l). Gobierno inicia acciones para desarticular al movimiento humalista. *El Comercio*. Lima, 5 de enero, p. A1.

_______ (2005m). Humala acusa a su segundo por muertes de los 4 policías. *El Comercio*. Lima, 6 de enero, p. A1.

_______ (2008). Antauro Humala declarará mañana en el juicio seguido por el Andahuaylazo. *El Comercio*. Lima, 8 de julio. http://www.elcomercio.com.pe/edicionone/HTML/2008-07-06/antauro- humala-



declarara-manana-juicio-seguido-andahuaylazo.html. Fecha de consulta: 2 de agosto de 2008.

________ (2009a). Archivan denuncia contra Ollanta Humala por el «andahuaylazo». *El Comercio*. Lima, 13 de enero. http://www.elcomercio.com.pe/edicionimpresa/html/2009-01-13/archivan-denuncia-contra-ollanta-humala-andahuaylazo.html. Fecha de consulta: 5 de marzo de 2009.

________ (2009b). Poder Judicial se enfrenta al TC. *El Comercio*. Lima, 17 de julio, p. A2.

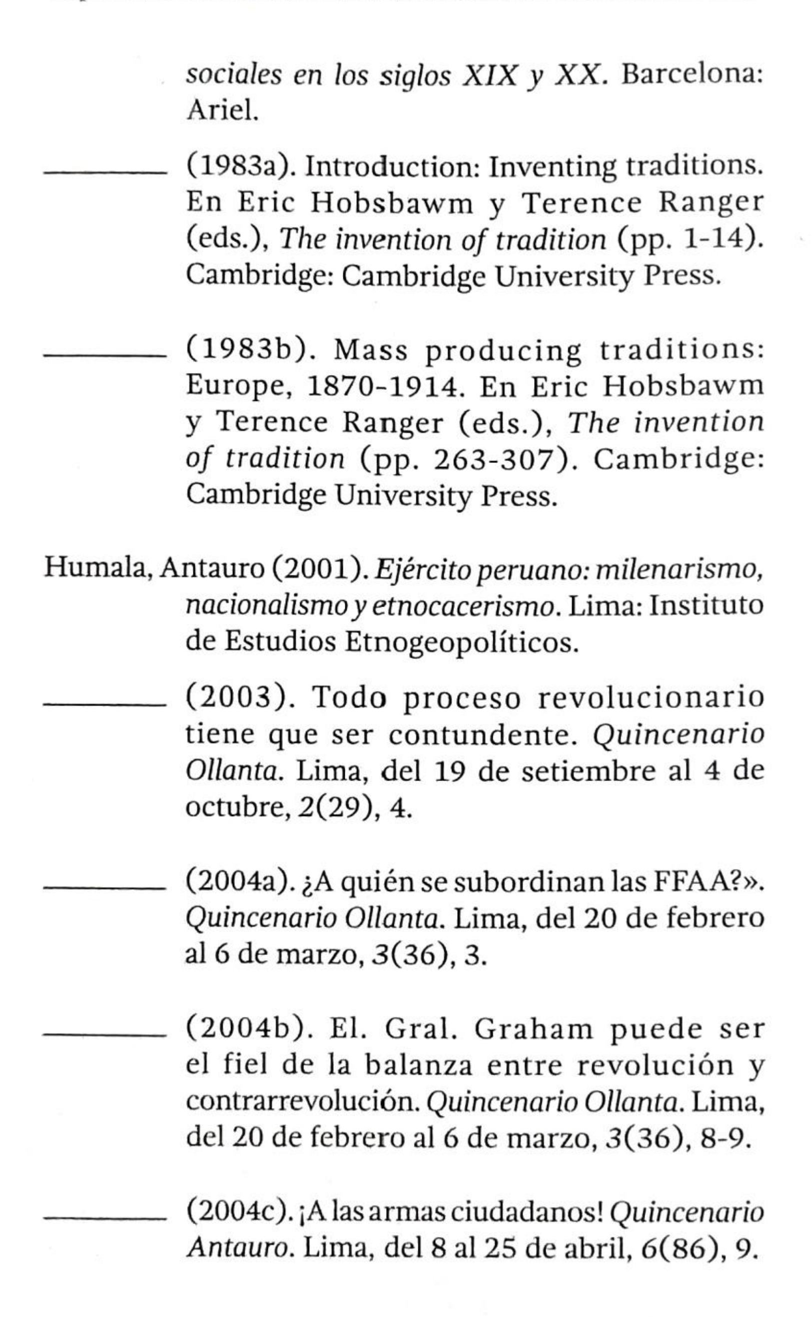
Fernández Salvatecci, José (1991). ¡Que no lo sepa nadie! Un mayor del Ejército secuestrado por la Dircote. Lima. http://fernandezsalvatecci.blogspot.com/. Fecha de consulta: 4 de diciembre de 2008.

Flores Galindo, Alberto (1994). *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*. Cuarta edición. Lima: Horizonte.

Fowks, Jacqueline (2012). La piedra en el zapato de Humala. *El País*, 26 de marzo. https://elpais.com/internacional/2012/03/26/actualidad/1332786082_915769.html

Harnecker, Marta (1973). *Los conceptos elementales del materialismo histórico*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Hobsbawm, Eric (1968). *Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos*



sociales en los siglos XIX y XX. Barcelona: Ariel.

________ (1983a). Introduction: Inventing traditions. En Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The invention of tradition* (pp. 1-14). Cambridge: Cambridge University Press.

________ (1983b). Mass producing traditions: Europe, 1870-1914. En Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The invention of tradition* (pp. 263-307). Cambridge: Cambridge University Press.

Humala, Antauro (2001). *Ejército peruano: milenarismo, nacionalismo y etnocacerismo*. Lima: Instituto de Estudios Etnogeopolíticos.

________ (2003). Todo proceso revolucionario tiene que ser contundente. *Quincenario Ollanta*. Lima, del 19 de setiembre al 4 de octubre, *2*(29), 4.

________ (2004a). ¿A quién se subordinan las FFAA?». *Quincenario Ollanta*. Lima, del 20 de febrero al 6 de marzo, *3*(36), 3.

________ (2004b). El. Gral. Graham puede ser el fiel de la balanza entre revolución y contrarrevolución. *Quincenario Ollanta*. Lima, del 20 de febrero al 6 de marzo, *3*(36), 8-9.

________ (2004c). ¡A las armas ciudadanos! *Quincenario Antauro*. Lima, del 8 al 25 de abril, *6*(86), 9.

———— (2005a). De Toquepala a Andahuaylas: 5 años de lucha y dignidad. *Quincenario Ollanta*. Lima, del 27 de octubre al 15 de noviembre, 5(55), 12 y 14.

———— (2005b). Si no hay cambio habrá otra rebelión. *Quincenario Ollanta*. Lima, del 27 de octubre al 15 de noviembre, 5(55) 16.

———— (2005c). El «outsider» es el pueblo peruano. *Quincenario Ollanta*. Lima, del 20 de noviembre al 8 de diciembre, 5(56), 3.

———— (2005d). Retornan las ideologías. *Quincenario Ollanta*. Lima, del 27 de octubre al 15 de noviembre, 5(55), 1.

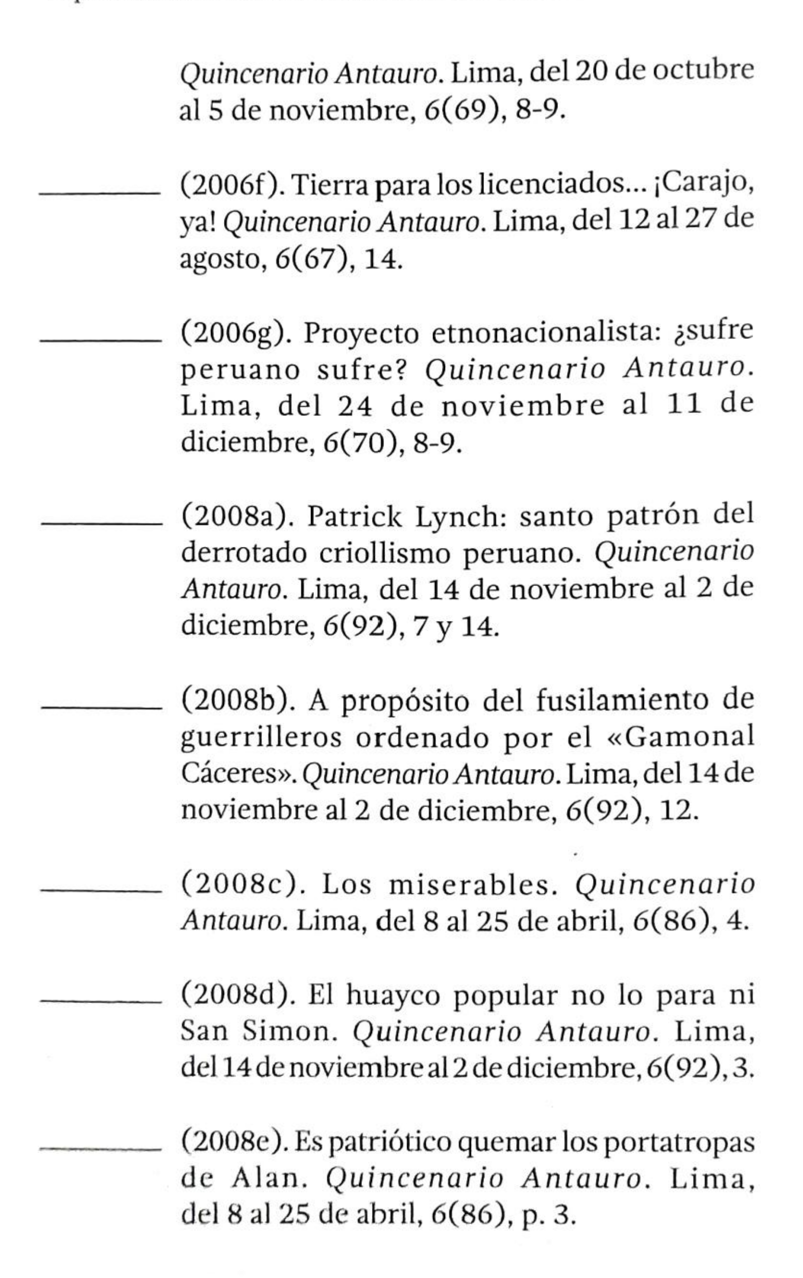
———— (2006a). *Etnonacionalismo, izquierda y globalidad (visión etnocacerista)*. Lima: Antaurpi.

———— (2006b). Etnosocialismo. *Quincenario Antauro*. Lima, del 13 al 28 de febrero, 5(60), 14.

———— (2006c). Tercera vuelta se dará en la calle. *Quincenario Antauro*. Lima, del 13 al 28 de febrero, 5(60), 1.

———— (2006d). ¡Nacionalismo cholo le ganará a la mafia extranjerizada! *Quincenario Antauro*. Lima, del 26 de mayo al 2 de junio, 6(64), 1.

———— (2006e). Evidentemente se trata de un traidor (Ollanta) en todo el sentido de la palabra.



Quincenario Antauro. Lima, del 20 de octubre al 5 de noviembre, *6*(69), 8-9.

——— (2006f). Tierra para los licenciados... ¡Carajo, ya! *Quincenario Antauro*. Lima, del 12 al 27 de agosto, *6*(67), 14.

——— (2006g). Proyecto etnonacionalista: ¿sufre peruano sufre? *Quincenario Antauro*. Lima, del 24 de noviembre al 11 de diciembre, *6*(70), 8-9.

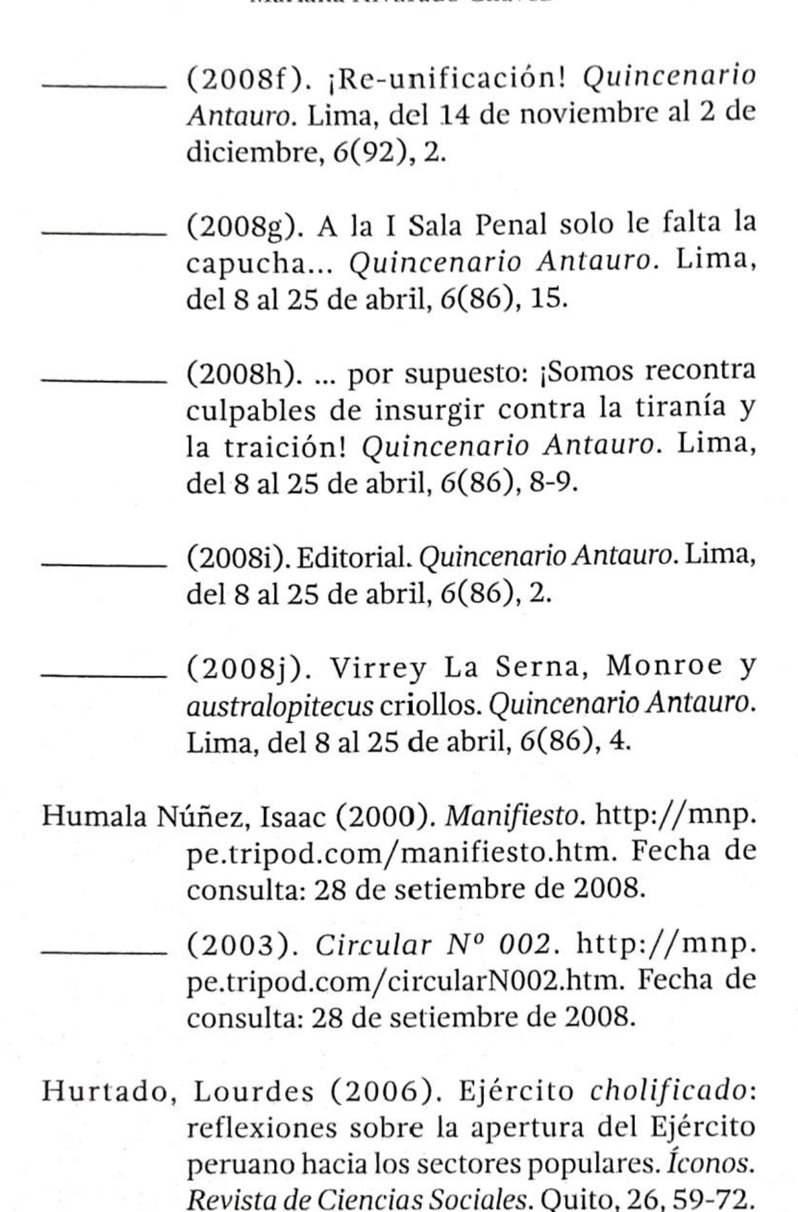
——— (2008a). Patrick Lynch: santo patrón del derrotado criollismo peruano. *Quincenario Antauro*. Lima, del 14 de noviembre al 2 de diciembre, *6*(92), 7 y 14.

——— (2008b). A propósito del fusilamiento de guerrilleros ordenado por el «Gamonal Cáceres». *Quincenario Antauro*. Lima, del 14 de noviembre al 2 de diciembre, *6*(92), 12.

——— (2008c). Los miserables. *Quincenario Antauro*. Lima, del 8 al 25 de abril, *6*(86), 4.

——— (2008d). El huayco popular no lo para ni San Simon. *Quincenario Antauro*. Lima, del 14 de noviembre al 2 de diciembre, *6*(92), 3.

——— (2008e). Es patriótico quemar los portatropas de Alan. *Quincenario Antauro*. Lima, del 8 al 25 de abril, *6*(86), p. 3.



——— (2008f). ¡Re-unificación! *Quincenario Antauro*. Lima, del 14 de noviembre al 2 de diciembre, *6*(92), 2.

——— (2008g). A la I Sala Penal solo le falta la capucha... *Quincenario Antauro*. Lima, del 8 al 25 de abril, *6*(86), 15.

——— (2008h). ... por supuesto: ¡Somos recontra culpables de insurgir contra la tiranía y la traición! *Quincenario Antauro*. Lima, del 8 al 25 de abril, *6*(86), 8-9.

——— (2008i). Editorial. *Quincenario Antauro*. Lima, del 8 al 25 de abril, *6*(86), 2.

——— (2008j). Virrey La Serna, Monroe y *australopitecus* criollos. *Quincenario Antauro*. Lima, del 8 al 25 de abril, *6*(86), 4.

Humala Núñez, Isaac (2000). *Manifiesto*. http://mnp.pe.tripod.com/manifiesto.htm. Fecha de consulta: 28 de setiembre de 2008.

——— (2003). *Circular Nº 002*. http://mnp.pe.tripod.com/circularN002.htm. Fecha de consulta: 28 de setiembre de 2008.

Hurtado, Lourdes (2006). Ejército *cholificado*: reflexiones sobre la apertura del Ejército peruano hacia los sectores populares. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*. Quito, 26, 59-72.

Ianni, Octavio (1975). *La formación del Estado populista en América Latina*. Ciudad de México: Ediciones Era.

Kahhat, Farid (2007). *Tras la Guerra Fría. Cambios en las mentalidades militares y nuevas políticas de seguridad en Sudamérica*. Lima: Fondo Editorial del Congreso.

Koonings, Kees & Dirk Kruijt (2003). *Ejércitos políticos: las fuerzas armadas y la construcción de la nación en la era de la democracia*. Lima: IEP.

Kruijt, Dirk & María del Pilar Tello (2003). De los reformistas militares a la dictadura civil. La política militar peruana desde los años sesenta hasta el presente. En Kees Koonings y Dirk Kruijt (eds.), *Ejércitos políticos: las fuerzas armadas y la construcción de la nación en la era de la democracia* (pp. 70-108). Lima: IEP.

La República (2005a). El camino del etnocacerismo es la insurgencia. *La República*. Lima, 2 de enero, p. 9.

________ (2005b). Ollanta Humala: «Veo que en el país hay una situación explosiva». *La República*. Lima, 2 de enero, p. 9.

________ (2005c). Humalistas tienen relaciones con los chavistas y cocaleros. *La República*. Lima, 6 de enero. Fecha de consulta: 19 de octubre de 2008. http://www.larepublica.pe/archive/all/larepublica/20050106/pasadas/15/107027

Maalouf, Amin (2001). *Identidades asesinas*. Madrid: Alianza.

Madrid, Raúl (2008). The Rise of Ethno-Populism in Latin America. *World Politics, 60*(3), 475-508.

Manrique, Nelson (2006). El sentido del 28 de julio. *Perú 21*, 17 de julio. http://peru21.pe/impresa/noticia/sentido-28-julio/2006-07-17/4497

Mamani, Hernán (2006). Insurge el comando universitario etnocacerista. *Quincenario Antauro*. Lima, del 13 al 28 de febrero, 5(60), 14.

Méndez, Cecilia (2006). Las paradojas del autoritarismo: Ejército, campesinado y etnicidad en el Perú, siglos XIX al XX. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*. Quito, 26, 17-34.

Millones, Iván (2006). El mariscal Cáceres: ¿un héroe militar o popular? *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*. Quito, 26, 47-57.

Movimiento Nacionalista Peruano (1997). *Acta de fundación del Instituto de Estudios Etno-geopolíticos*. http://mnp.pe.tripod.com/instituto.htm. Fecha de consulta: 28 de setiembre de 2008.

________ (2000). *Plan de gobierno*. http://mnp.pe.tripod.com/plandegobierno.htm. Fecha de consulta: 28 de setiembre de 2008.

ONPE (2006). *Resultados generales elecciones presidenciales*. http://www.onpe.gob.pe/modElecciones/elecciones/resultados2006/1ravuelta/index.onpe. Fecha de consulta: 13 de enero de 2009.

Panfichi, Aldo & Lino Pineda (2007). De la confrontación a la concertación en las provincias de Huanta en Ayacucho y Churcampa en Huancavelica. En Aldo Panfichi (ed.), *Participación ciudadana en el Perú: disputas, confluencias y tensiones* (pp. 45-94). Lima: Fondo Editorial PUCP.

Perú 21 (2009). Antauro Humala: Simon me pidió interceder. *Perú 21*. Lima, 16 de julio. http://peru21.pe/noticia/314820/antauro-humala-simon-me-pidio-interceder. Fecha de consulta: 16 de julio de 2009.

Pinchi, César (2003). Etnocacerismo y reservistas. *Quincenario Ollanta*. Lima, del 24 de agosto al 10 de setiembre, 2(28) 14.

Ranger, Terence (1983). The Invention of Tradition in Colonial Africa. En Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The invention of tradition* (pp. 211-262). Cambridge: Cambridge University Press.

Saldaña, Pedro (2007). *Conversaciones con Antauro Humala*. Lima: Juan Gutemberg Editores.

Sheahan, John (2001). *La economía peruana desde 1950: buscando una sociedad mejor*. Lima: IEP.

Terra (2004). *Toledo tiene 7% de aprobación a nivel nacional*, 17 de junio. http://www.terra.com.pe/noticias/articulo/html/act504020.htm. Fecha de consulta: 28 de noviembre de 2008.

Toche, Eduardo (2008). *Guerra y democracia: los militares peruanos y la construcción nacional*. Lima: Desco y Clacso.

Vilas, Carlos (1994). *La democratización fundamental: el populismo en América Latina*. Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Weyland, Kurt (2001). Clarifying a contested concept: Populism in the study of Latin American politics. *Comparative Politics*, *34*(1), 1-22.

________ (1996). Neopopulism and neoliberalism in Latin America: Unexpected affinities. *Studies in Comparative International Development*, *31*(3), 3-31.

Willer, Hildegard (2006). Etnocaceristas entre Ollanta y Antauro. *Ideele*. Lima, 177, 16-19. http://www.idl.org.pe/idlrev/revistas/177/18-21.pdf. Fecha de consulta: 13 de mayo de 2009.

Yuyali, Enver (2004). ¿Por qué soy etnocacerista y achorado? *Quincenario Ollanta*. Lima, del 20 de febrero al 6 de marzo, *3*(36), 14.

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Tarea Asociación Gráfica Educativa
Psje. María Auxiliadora 156, Breña
Correo: tareagrafica@tareagrafica.com
Teléfono: 332-3229 / Fax: 424-1582
Se utilizaron caracteres
Gandhi Serif en 10 puntos para el cuerpo del texto
diciembre 2022, Lima - Perú



MARIANA ALVARADO CHÁVEZ es investigadora en el Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad de Ginebra. Tiene un doctorado de la Universidad de Nueva York y maestrías del Politécnico de Zúrich y la Pontificia Universidad Católica del Perú. Sus proyectos de investigación buscan entender cómo diferentes formas de desigualdad afectan la relación entre los ciudadanos y el Estado, con un enfoque en América Latina.

¿Qué es el etnocacerismo? ¿Qué clase de proyecto político representa? ¿Cuáles son sus límites? Este ensayo busca responder estas preguntas sobre la base de un análisis de los contenidos del periódico y los libros de Antauro Humala. Con ese objetivo, rastrea los orígenes del etnocacerismo, y analiza las acciones y los discursos de su líder a la luz del contexto económico, social e institucional en el que se desarrollan.



